

Ayuntamiento de Madrid

Nº. 5072

**HEMEROTECA MUNICIPAL**

Número de registro: .....

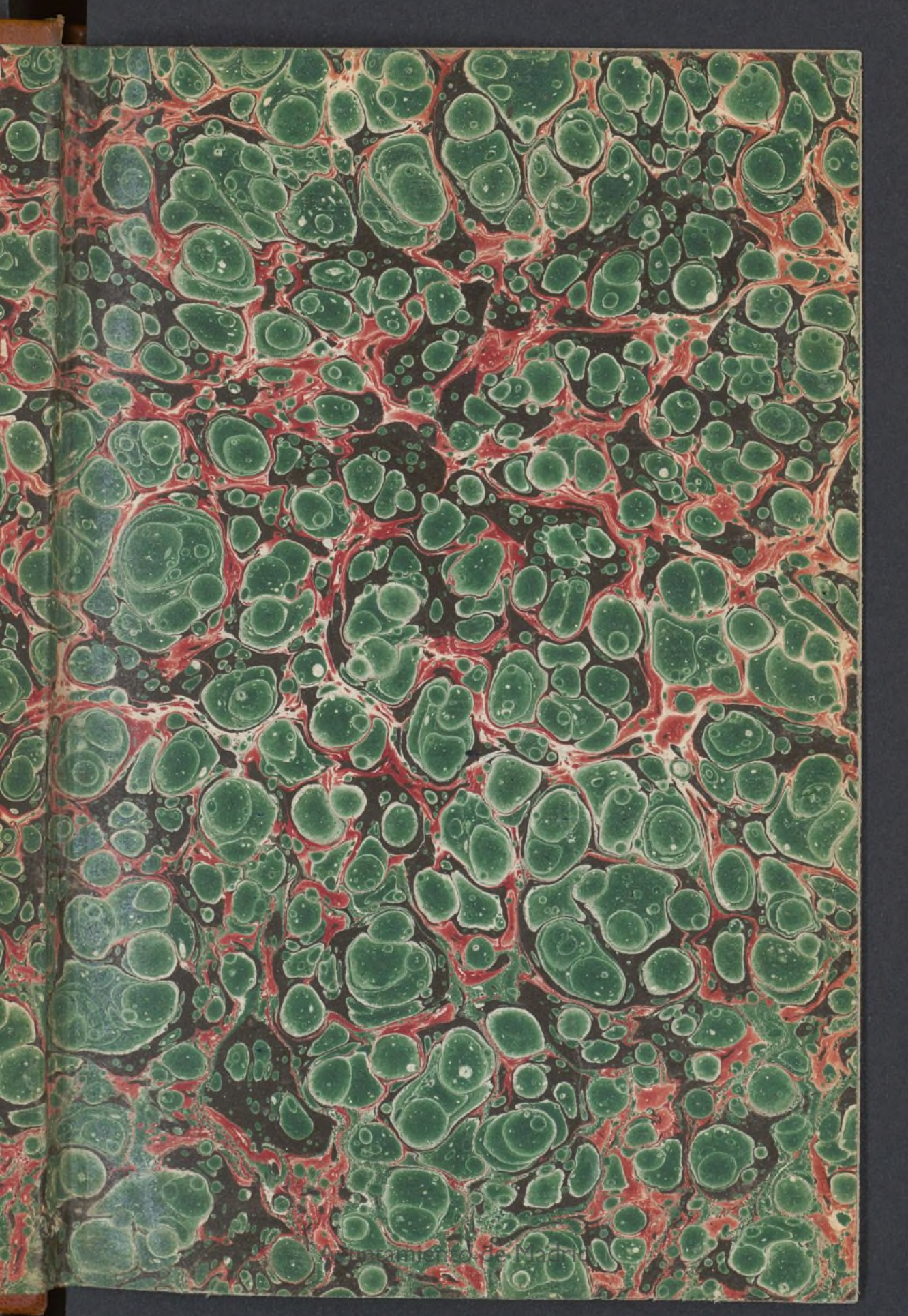
Estante: ..... *A.M. 32* .....

Tabla: ..... *5* .....

Número de volúmenes: *4* .....

Encuadernación: .....

I. M. -2.032.









# ESCENAS MATRITENSES,

POR

## EL CURIOSO PARLANTE.



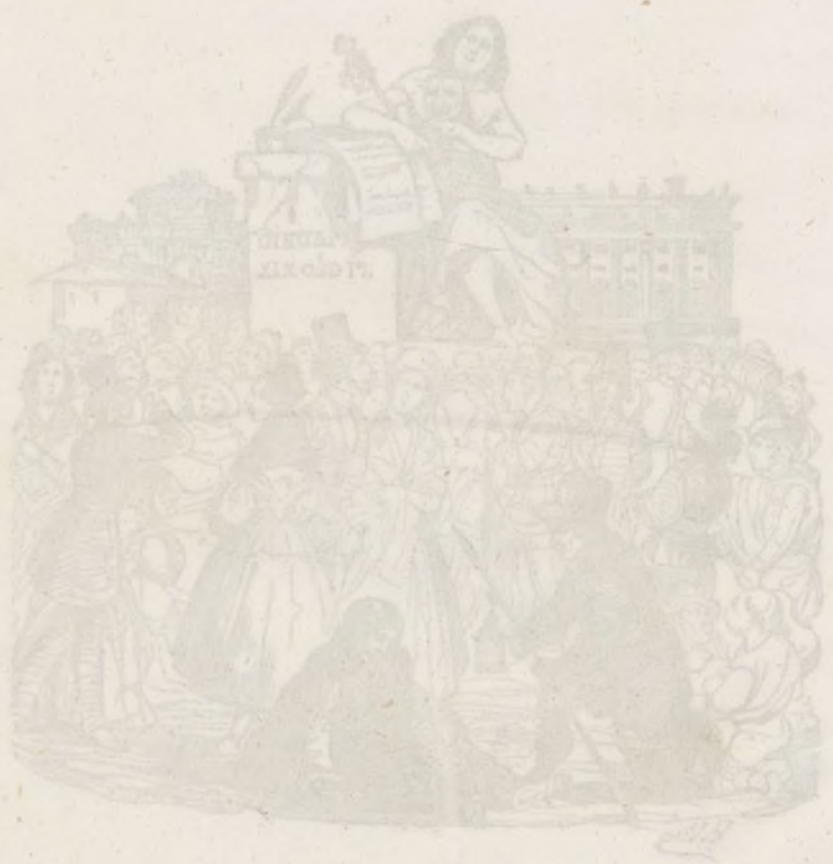
SEGUNDA SERIE.

—  
1837 á 1842.

Ayuntamiento de Madrid

ESSENAS MATRITENSES.

ET CURIOSO PARLANTE.



SEGUNDA SERIE.

1817 y 1818.

**ESCENAS**  
**MATRITENSES,**

POR

**El Curioso Parlante.**

**TERCERA EDICION,**

**CORREGIDA Y AUMENTADA POR EL AUTOR,**

**Y ADORNADA CON LÁMINAS.**



**TOMO IV.**

**MADRID :**

**IMPRENTA DE YENES, CALLE DE SEGOVIA, N.º 6.**

**1842.**

ESCEVAS  
MARTINIS

101

El Curioso Parlante

TERCERA EDICION

CORREGIDA Y AUMENTADA POR EL AUTOR

Y APROBADA POR LA ACADEMIA



TOMO IV

MADRID:

IMPRESA DE YRIBARRE, CALLE DE SEGOVIA, N.º 6.

1842

## ESCENAS MATRITENSES.

### LAS SILLAS DEL PRADO.

(COSTUMBRES CHARLAMENTARIAS.)

*"O sabe naturaleza  
mas que supo, en estos tiempos,  
ó muchos que nacen sabios  
son porque lo dicen ellos."*

Lope de Vega.

**E**n risueño ademan y galante apostura, sujetada la lira en la siniestra mano, y descansando la diestra, como quien ya no tiene gana de cantar, se alzaba el rubicundo Apolo en el término medio del Prado Matritense, dominando á las cuatro estaciones del año, que yacian acurrucadas á sus pies.

Era la noche, y la señora Diana, aunque algo soñolienta y ajada de amores, habia relevado al dios de Delo

en la guardia y centinela de este mundo pecador ; con que veíase el hijo de Latona libre aun por algunas horas de este cuidado ; que no lo es corto , ni discreto , el haber de consumirse por alumbrar á los demas , mientras cierran los ojos á la luz.

Es fama en el Olimpo que estas horas de reposo , en que el Dios de los membrillos cede á su hermana *la alta mision de propagar las luces* , las tenia consagradas de tiempo inmemorial á tomar las cuentas de cargo y data á las señoras Musas allá en el Parnaso , y á despachar el correo , espidiendo desde aquel *comité* central sendas remesas de inspiraciones á todos los poetas con quienes conservaba buena amistad y correspondencia ; ora fuesen príncipes y magnates , y supieran y pudieran acompañarse con lira de oro , ya rústicos y pecheros , y entonasen sus villancicos al son de cáramo pastoril.

Con esto el señor Apolo andaba tan ocupado que apenas le bastaban para la firma las largas horas de la noche ; y solíale acontecer á veces rendirse cansado al sueño , olvidando su obligacion matutina , hasta que ya muy corridas las horas , se levantaba todo atortolado y corria á los pies del padre Júpiter , el cual no dejaba de echarle una buena reprimenda , y decirle que la poesia habia de acabar por dejarle á buenas noches.

Hoy dia , bendito Dios , es otra cosa ; pues ó sea que el Númen Déléfico se haya desengañado de la inutilidad de semejante tragin , ó sea ( y esta parece la verdad ) que los señores poetas se hayan emancipado y proclamado sus derechos imprescriptibles , ello es que ha venido á

levantarse el abasto de las inspiraciones, declarándose estas comercio libre, y que cada cual pueda surtirse de ellas en cualquier parte y á poca costa, v. g. en los cafés ó en los cementerios; cosas todas mas fáciles y hacederas que no andarse un hombre toda su vida trepando por las escabrosidades del Parnaso, á riesgo de rasgarse el corbatin ó de ensuciarse los guantes. Con esto el dios indefinido ha venido á quedar tan holgachon y tan horror de todo trabajo, que se pasa una vida que ni un canónigo del antiguo régimen, limitado á pasear su reluciente carro por el Olimpo, y á presidir (con superior permiso) las prosáicas aventuras de nuestro Prado Matritense.

Queda dicho arriba que era una de estas noches de Agosto en que despues de haberse divertido el buen señor en tostarnos las mulleras descansando perpendicular sobre los tejados de Madrid, se hallaba sustituido por la *casta diva*, que con mas galanteria y benevolencia dejaba escapar una luz templada, y daba á los madrileños el grato espectáculo de su hermosa faz, pura, grande, serena, *senza nube é senza vel*.

Llegado era el momento, en que todos los heróicos ciudadanos se habian, en uso de su soberanía, retirado á acostar, y reinaba por todo el Prado el mas profundo silencio, cuando repentinamente se percibió un ruido armonioso, que por lo sobrenatural é inusitado pareció dar vida y movimiento á aquel solitario recinto; y no era otra cosa, sino que el dios Timbreo, viéndose solito y seguro de que nadie le escuchaba, habia tenido la ten-

tacion de pasear los dedos por las cuerdas de su lira, con que quedaron las estrellas suspensas en el firmamento, y los árboles inclinaron las venerables copas para mejor poderle escuchar.

Cualquiera creeria que estos no eran mas que preludios para empezar á cantar; pero ¿qué filarmónico ni qué poeta han visto ustedes que guste de cantar sin auditorio? S. M. Delfica tampoco era indiferente á una *comision de aplausos*, y hubiera dado en aquel instante un ojo de la cara por encontrar un poeta que quisiera escucharle; pero los poetas andaban todos á la sazón muy ocupados, cuáles buscando ideas en un bol de ponche, cuáles escribiendo desde un quinto piso un artículo contra el ministerio.

Despechado, pues, de verse tan redondamente escaso de auditorio, ocurriósele una idea que le pareció muy feliz; y fue, que pues que los seres animados rechazaban su inspiracion, debia acudir á dispensarla á los inanimados, y usando como si dijéramos de una licencia poética, inspirar á las sillas que le estaban mirando sin decir «esta boca es mia.»

Dicho y hecho; apéase de su elevada cúspide; baja de un salto hasta colocarse en el borde del pilon de la fuente, y esforzando cuanto pudo la voz.—«¿Eh... señoras sillas... ha de casa... (las dijo)... Apolo os llama, y os pide conversacion; vengan aqui todas, y entretenganme un rato, que ya me canso de tanta holganza; y tomen y reciban ese cacho de inspiracion que repartirán entre sí como buenas hermanas, y si no alcanzase á po-

der hablar en verso, vaya en prosa, con tal que sea clara, que en prosa habló Cervantes y no por eso deja de ser el primer poeta del mundo.»—Y súbito las sillas se vieron animadas, y agrupándose misteriosamente en ancho círculo en derredor del dios, dejaron entender un bishiseo confuso como el que ofrece un enjambre de abejas en presencia del colmenero, ó una escuela de muchachos en el punto en que el maestro da licencia de marchar.

Largo rato esperó Apolo el resultado de aquel acuerdo preliminar, hasta que viendo que nadie tomaba resueltamente la palabra, enderezó la suya al monton, y dijo no sin muestras de enojo mal reprimido.—¡ Ah, señoras alcornoques! ¿ será cosa de hablar todos á un tiempo y sin que nos lleguemos á entender? ¿ ó habrán ustedes de hacer el mismo uso que los hombres del don de la palabra que he tenido á bien concederles? Pues por vida de mi padre que si me enojo, suspendo del todo esta *garantía*, y las dejo tan mudas como antes. Pero, vamos á cuentas, que deseo que me diviertan, y para ello fuerza será poner orden, instruyéndolas en las prácticas parlamentarias que veo que no les son familiares. Por de pronto salga aquí la mas vieja, y cuide de hacerme una relacion clara y sucinta, sin ambages ni rodeos, entre tanto que las demas pueden irse formando en comisiones; y cuidado con las intrigas y con los tiquis-miquis, que no estoy, juro á Brios, con intencion de perder el tiempo.

Dicho esto se alborotó de nuevo el cotarro, acusándose

todas unas á otras como que ninguna queria ser la mas vieja, hasta que convicta y confesa de ello una, que por su traza denunciaba bien su fecha antidiluviana, agarró-la Apolo por la greñas con muy malos modos, y lanzándola en medio del corro volvió á encaramarse en el pilon de la fuente, y la intimó con entereza que empezase su narracion.

—Yo, señor Apolo (dijo la silla, un tanto medrosica y mohina), soy natural de Vitoria, y naci, si mal no me acuerdo, por los años de 95 al 96: fui destinada en mi tierna edad á autorizar con mi presencia la portería de un convento de monjas, y sostener la descuidada persona del demandadero, que me bautizó con el nombre de *la Carraca*, á causa de cierta analogia que pretendia encontrar entre mis suspiros y el desapacible sonido de aquel fúnebre instrumento. Mas entrada en años, y reconocida mi injusta colocacion, fui elevada al rango de silla capitana en una escuela de latin, en donde mi posesion era para los muchachos el último término de la felicidad; hasta que elegido el maestro por alcalde de su pueblo, me llevó consigo y me colocó como quien nada dice al frente de todo un ayuntamiento. Por este tiempo, el que regia perpétuamente los destinos municipales de esta capital (todavía no heróica) quiso introducir en ella una mejora que la proximidad del siglo XIX hacia ya necesaria; y entendiéndose para ello con mi alcalde, pudo recabar de él que me remitiera á la corte, para servir de modelo á la organizacion de los móviles asientos con que pensaba sorprender á los madrileños en la

famosa feria de la Plazuela de la Cebada. Vine pues á Madrid, y todos los ingenios silleteros de la corte se apresuraron á copiar mi estampa, en términos que me ví reproducida en sus manos, ni mas ni menos que si fuera edicion estereotípica, pasando con mis compañeras á autorizar un recinto en que tantas aventuras amorosas pudiera recordar. Entrado ya el siglo actual, y mas civilizadas las costumbres, creyóse oportuna nuestra presencia en el Prado; y ya en posesion de este mi último destino, asistí á coronaciones y entradas régias; presidí revistas y escuché serenatas; serví en las comidas cívicas; fui una de las víctimas del Dos de Mayo; escuché amores; ví aparecer y desaparecer grandezas; serví á conferencias políticas; miré ajarse bellezas y nacer otras nuevas; y con mis débiles fuerzas, mi constancia y sufrimiento, tolero hoy los sarcasmos de los hijos de los nietos de aquellos que en otro tiempo me miraron como un progreso. Unicamente me indemniza de tantas penas el cariño paternal con que me distingue mi usufructuario, cuando calculando mi edad y mis servicios, reconoce que se los he prestado por espacio de treinta y nueve años; que en ellos han descansado en mí ocho mil quinientas cincuenta y cuatro personas, y que habiendo cada una contribuídole con el alquiler de 8 mrs., he venido á producirle 68,432 mrs., ó sean 2140 rs. y 24 mrs.; esto es, unas cuatrocientas treinta y dos veces mi valor capital.—

Aquí calló la silla, interrumpida por un espresivo signo de desagrado del dios bermejo, á quien no pare-

cia complacer tan prosáica narracion. Con que despues de una breve pausa, severa encarando la faz á la preopinante:—Siempre fue de viejos charlatanes (esclamó) el aprovechar la ocasion de un tantico de auditorio, para relatar sus propias hazañas, sin tener en cuenta que las mas veces no interesan sino á ellos solos.

Y sino dígame, la máquina deslenguada, ¿qué tenemos acá con sus miserables vicisitudes, sus ponderados padecimientos, y toda esa tiramira de voluntarios encomios hechos de su persona, encomios que á nada conducen, que nada prueban, sino que tan leño es ahora como en el primer instante de su ser natural? ¿Parécela, pues, que aqui venimos para escuchar relaciones de méritos y *profesiones de fé* como las que ahora se estilan? ¿O cree acaso que somos ministros ú opinion pública, y que tenemos ahí á mano una intendencia de rentas ó cuatro cargas de aura popular? ¡Ay señora vieja, señora vieja! ¡y qué porro debió de ser el primero que enseñó á hablar á las cotorras, y cuánto mas lo parece aquel que tiene paciencia para escucharlas!

¡Alto ahí! (continuó el dios canicular, dando una patada en el suelo) alto ahí, repito; quédese esto entre nosotros, y callar y calleemos, que peor es meneallo. Sirva solo esta alocucion de advertencia piadosa, y ojo al margen, para que las demas post-opinantes no nos muelan con tales reclamos; que acá, hermanas, no hay nada que dar como no sean coplas, y ya me ven á mí, el padre de ellas, desnudo y en pelota, como mi ma-

dre me parió. Y ora tome la palabra la mas discreta, ya sea joven ó vieja (supuesto que vemos que la ton-tuna tambien crece con los años), y cuénteme cosas del oficio y de buen aprovechamiento; que no les será difícil, puesto que no hagan otra cosa que relatar sencillamente lo que cada dia oigan y vean, dejando de mi cuenta las reflexiones y los discursos de fondo, que cada cual tiene su alma en su almario para poner notas y sacar consecuencias.—

Y vuelta otra vez al clamoreo y á los dimes y diretes, como que todas querian tomar la palabra por mas discretas, hasta que en fin lo consiguieron las mas atrevidas, y las otras tomaron á bien callar y rabiarse. Pasada, pues, la lista de las oradoras, resultó haber mas que orejas para escucharlas; razon por la cual hubo de dar la palabra el señor Apolo á la mas cercana, *la Desvencijada*, sin perjuicio de que fuesen despues intercalando sus relaciones hasta donde alcanzase la paciencia las otras oradoras *Temblorosa*, *Andamios*, *La des-cosida*, *Tronera*, *Muletas*, *Columpio*, *Tres pies*, *Escotillon*, *Monserate* y otras varias, hasta unas cinco docenas, poco mas ó menos, que se hallaron como por ensalmo influidas de la ciencia de Demóstenes.

—Paréceme (dijo *Desvencijada*) que la voluntad del señor Apolo es escuchar de nosotras la crónica fiel y sucinta de nuestros sucesos contemporáneos, de aquellos que puedan hacerle formar una idea de algunas de las costumbres de la época, que en este paseo, punto central y máximo de la capital de la monarquía, vienen

á reflejarse en toda su viveza, como los rayos del sol en un espejo ustorio, ó los movimientos del péndulo en la muestra del reloj.

—Así es, dijo Apolo entre grave y risueño; y únicamente la advierto, hermana, que deje á un lado las comparaciones y metáforas, que sobre ser de gusto añejo, corren el evidente riesgo de hacernos dormir.

—Pues entonces, replicó la silla, procederé sin mas introito á narrar á vuesa merced, señor Apolo, una conversacion que he escuchado esta misma tarde, y que me ha dado á conocer una porcion no indiferente de nuestra sociedad moderna (y digo nuestra porque las sillas tambien formamos parte de esta sociedad).

En armonioso grupo estábame yo solazando con otras mis compañeras, ahí en el trozo de abajo, entre vuesa merced y señor Neptuno, cuando vinieron á ocuparnos cuatro apuestos mancebos, que por su locuacidad y desenfado calificamos desde luego de personas de importancia. Ella era sin duda tal, que apenas pasaba alma viviente que no saludasen y hablasen con llaneza y marcialidad; otros, al parecer de la misma clase, venian á incorporarse con ellos, y formar corro, que se iba ensanchando en términos formidables; pero por mas que hacíamos mis compañeras y yo, no podíamos adivinar qué gentes eran aquellas tan populares, tan decisivas, tan espontáneas. Aplicábamos, pues, nuestra atencion á sacar el ovillo de su profesion por el hilo de sus palabras, y unas veces los tomábamos por artistas, oyéndolos hablar de *colores* y *matices*; otras encarecian sus *articu-*

*los de fondo*, y al instante los calificábamos de almace-  
nistas de la plaza ó drogueros de Santa Cruz; discurrían  
á veces sobre la manera de propagar *las luces*, y tomá-  
bamoslos entonces por encargados del alumbrado; ora se  
decían *órganos* de no sé qué coro; ora se daban el título  
de opinion pública, y de *juicio del país*; y en medio  
de tantas confusiones, nosotras sin acertar ni qué jui-  
cio, ni qué luces, ni qué fondo, ni qué colores, ni qué  
órganos, ni qué palabrotas eran aquellas, hasta que  
quiso Dios que acertase á pasar un quidam, el cual vino  
como llovido á resolver nuestras dudas, saludándoles som-  
brero en mano con estas palabras:—«Salud, señores pe-  
riodistas.»—

—¡Voto á.....! (esclamó Apolo saltando espelusna-  
do como un gato sobre el borde del pilon) ¡ah hi de  
puerca, tú, y la madre que te parió, y qué gentes me traes  
á la rueda! ¡aquellos por quienes yo padezco y sufro  
confinacion y destierro; aquellos que me han arrancado  
el cetro y tornádome muda la lira; aquellos que me mi-  
ran como mueble clásico y pueril, y entretienen al vulgo  
con sus discursos originales, traducidos del frances! Ha-  
blárasle á Apolo de hereges judaizantes, ó de moriscos  
recien convertidos, de caribes antropófagos, ó de negros  
bozales; pero hablarle de periodistas, y de periodistas  
políticos sobre todo, tentacion es del demonio y que no  
se puede sufrir. Mas pues carezco de otro medio de co-  
municacion con esas gentes, gustoso habré de disimu-  
lar mi encono, aprovechando la ocasion que se me pre-  
senta de informarme de su condicion y travesura; y asi,

hermana silla, prosiga ya la comenzada historia, que cuando no de gusto, podrá servir á mi délfica persona de interés y aprovechamiento.—

—Tuvimosle y no poco yo y mis compañeras (volvió á replicar la silla) con el descubrimiento que al fin hicimos del carácter y circunstancias de aquel cónclave, pues siendo como á cada paso repetian la espresion *formulada* de la pública opinion, poniánnos en el caso de conocer á poca costa el estado de ella. ¡Pero ay, señor Apolo, y qué chasco tan estupendo nos llevamos!; y como no será menor el que se lleve, si le repito palabra por palabra el language convencional en que fue sostenido aquel diálogo; language tan de todo punto nuevo, que puesto que nacidas en Madrid, y súbditas ordinarias de vuesa merced, era para nosotras claro como el hebreo; y cuenta, que vuesa merced pueda interpretarle tampoco, sino há por ahí á la mano un diccionario de esta moderna greguería.

Porque ellos, á lo que pudimos entender, se clasificaban, en varios bandos (*comuniones*, como dicen ahora, y *compadrazgos*, como decíamos antes), apellidándose los unos *conservadores*, y los otros *progresistas*; cuáles *retrógrados*, y cuáles *estacionarios*; de los unos era la divisa *la soberania de la inteligencia*; de los otros *el instinto gubernamental*; aquellos estaban por la *aplicacion práctica*; estos por las *sublimes teorías*; los de allá se decian maestros de la *vieja escuela*; los de mas acá se proclamaban los nuncios de la *futura España*. Una vuesa merced á aquellas exóticas calificaciones con

las indefinibles palabras de *oposicion* y *resistencia*; el *poder* y las *masas*; la *interpelacion* y el *voto de confianza*; la *orden del dia* y el *bill de indemnité*; las *colisiones* y *pronunciamientos*; *fusiones* y *pasteles*; *derechos* y *garantias*; disuelva luego todos estos furibundos vocablos en una accion mas que medianamente enérgica y apasionada; descubra á vuelta de cada frase sendas pullas mas ó menos al alma contra la opinion contraria, todo revestido con cierto aire de autoridad providencial y arrogante, y tendrá vuesa merced una ligera idea de los órganos del pais; que el diablo me lleve si al pais no le sucede lo que á nosotras en cuanto á entenderlos.—

—Ya veo con dolor, repuso Apolo, que aun me quedan largos años de reposo por esta tierra; ya veo y conozco que cuando tan á poca costa y con cuatro frases pomposas puede aspirarse al título de sabio, y tras él á una direccion ó á un Ministerio, necio será el que se quiera consumir trabajando concienzudamente con solo el objeto de alcanzar fama literaria; ya reconozco la razon de tanto desvío hácia mi persona y que apenas haya quien quiera saludarme cuando me encuentra; ya, en fin, advierto que es tiempo de arrojar la lira, renegar de mis hermanas las musas, y marcharme por ese mundo adelante, proclamando principios y disfrazando fines, y riéndome de los necios humanos, que asi caen al cebo de las palabras como los pájaros al de la liga.

Y diciendo esto el afligido Dios levantóse resueltamente haciendo ademan de arrojar el instrumento en el pi-

lon de la fuente; viendo lo cual muchas de las circunstantes se abalanzaron á contenerle , y una mas atrevida que no sin harto trabajo habia callado hasta allí, saltó en medio del corro y exclamó :—

—Alto allá , señor Apolo , no hay que desesperarse y hacer una calaverada ; que por mi fé y palabra que aun existen por esta tierra celosos servidores de vuesa merced , bastantes á poblar todos los hospitales del mundo. No , sino éntrese cualquiera mañana por esa universidad adelante , y á poco que se revuelva, tropezará con dos ó tres centenares de vates desde los quince á los veinte de la edad ; entre la palmeta y el barbero, vamos al decir ; ingenios precoces y prematuros, que asi mascan y comentan el *fuero juzgo*, como entonan una jaculatoria á la eternidad ; ora sustentan un argumento *á priori*, ora dirigen á su querida un tratado de teología en quintillas ; que sueñan en sus versos nocturnos seres ideales , fantásticas mugeres, aéreas, vaporosas , sulfúricas , y por el dia corren en prosa tras las modistas de la calle de la Montera ; que todavía no han saludado mas que el salon de Oriente , y ya escriben dramas en que aspiran á pintar la sociedad sin máscara.

Pues descuélguese vuesa merced luego por esas oficinas , y á las pocas mesas tropezará en papelotes borragados llenos de rengloncitos desiguales que al pronto tomará por informes ó extractos ; pues tambien son coplas, mas ó menos malas, que de todo hay ; y el diablo me lleve si no topase con alguno de estos espedientes en

variedad de metros, en que venga á decirse poco mas ó menos, v. g.: «Escelentísimo señor := El escelentísimo señor secretario de Estado me dice con esta fecha lo siguiente := Escelentísimo señor := Al escelentísimo señor presidente de... digo con esta fecha lo que copio. = Escelentísimo señor. =»

¿Qué es el no amar? rodar en la agonía  
sin ensueños, sin gloria, sin temor,  
igualar con la noche al claro día,  
y dormir en fatídico estupor.....

Escelentísimo señor :=»

Pues si aun no está satisfecho, señor Apolo, dése luego una vuelta por los cafés, que son como si dijéramos los estanquillos del Parnaso (puesto que ya no haya tal Parnaso en el mundo), donde á cualquiera mesa que se acerque, está seguro de encontrarse en corro con media docena de notabilidades literarias, de estas que siempre andan pegadas con engrudo por las esquinas, y ocupan las lunetas del teatro, los folletines de los periódicos, y por último nos ocupan á mí y á mis compañeras todas las tardes dos ó tres horas, y por la miseria de los ocho maravedís de costumbre, nos encajan de memoria sus composiciones lastimosas, y sus dramas á grande espectáculo, con tales manoteos y entusiasmo, que mas quisiéramos sufrir la relación de las batallas de un militar pretendiente y recién llegado del ejército, ó las infinitas muecas y repulgos de una coqueta en un día

de revista, ó el simulacro de la defensa de Bilbao, hecho con nosotras por los chicos de la candela.—

—Cada cosa que os escucho, dijo Apolo, me da mas en qué pensar, y me afirma de nuevo en la idea que he llegado á concebir de la inutilidad de mi ministerio. Vosotras, por ejemplo, me hablais de una prodigiosa abundancia, de una generacion entera de sabios y poetas; y yo, Apolo, el dios del saber y de la poesia, apenas puedo decir que conozco de vista á media docena; me contais sus triunfos, y yo no he asistido á sus triunfos, ni siquiera de política convidado. Me encomiais sus numerosas obras, y yo apenas encuentro nada que leer, por mucho que me mato á recorrer esas librerías. Luego ¿qué es esto? ¿Son ellos los sabios, ó yo soy un porro? ¿Hablan ellos en castellano, ó yo soy hebreo?

—Eso consiste, replicó la silla, en que vuesa merced es poeta clásico, retrógrado y añejo, y está muy casado con su Aristóteles y su Horacio; libros por otra parte muy santos y muy buenos, pero que no son ningun evangelio. Además, señor Apolo, fuerza es confesar que su lira iba estando ya un si es no es destemplada y floja; y sus desmayados sonidos no son cosa para electrizar á una generacion educada al ruido del tambor y al humo de la pólvora, á los gritos de la plaza pública, y á la violenta agitacion de las revoluciones políticas. No sino vénganos V. ahora con sus *dulces caramillos* y con sus *Melámpos* y sus *Melibeos*, y quiéranos encajar su zamarrilla de pieles y su

cayado, cuando el que mas y el que menos anda por esas calles hecho un Bernardotte, y sabe muy bien manejar el fusil, ó sublevar á un pueblo desde la tribuna, ó derribar á un ministerio desde la redaccion de su periódico.—

—Calle, calle la maldecida, replicó impaciente el dios: y no hablemos mas en esto, ó si no la encajo la lira encima del espaldar, y entonces me dirá si es ó no de algodón cardado. ¡Habrás visto desvergüenza mayor! ¡Porque me ven solo y sin corte como rey cesante, todos han de querer, como quien dice, subírseme á las barbas! Pero ¡ay triste! que no las tengo, y hasta en esto me diferencio de los poetas del dia.

—Vaya, vaya señor ex-numen, no hay que llorar ni sonarse tan á menudo (saltó en este momento *Temblorosa*, otra de las oradoras inscriptas); déjelo con mil diablos, que no hay mal que por bien no venga: y si no inspira ya á los poetas, para eso luce sus inspiraciones en los anuncios del Diario: si le han mandado borrar hasta del techo del teatro, para eso sirve de muestra á un almacen de quincalla en la calle de la Montera; sino hace bailar á las musas en el Pindo, como de esas bordadoras bailan alegres bajo su tutela en la puerta de Bilbao, ó en los jardines de Chamberí. Con que no hay que desanimarse, sino tomar el tiempo como viene, y meter la cabeza donde se pueda aunque sea de mancebo de una tienda, ó de pasante del colegio nuevo; que dia vendrá en que pare la nube, y en que se cansen las gentes de es-

pectros y calaveras, volviendo á entusiasmarse con la *mariposilla incauta* y el *arroyuelo murmurador*, que es cosa buena y con que no se ofende á Dios.

Entretanto, para que no vaya vuesa merced á pasar por un mal criado, si gusta de meterse en el gran mundo, y ya que mis compañeras le han iniciado en el lenguaje político y literario, quiérole dar yo un repaso del de la buena sociedad, que aquí donde nos ve, no hay nadie que tenga mas roce de gentes, ni que encuentre por lo tanto mejor ocasion de aprender el moderno vocabulario.

—Eso me toca á mi de derecho (esclamó *Columpios*), que soy la mas joven, y como tal susceptible de la inoculacion intelectual de las novisimas doctrinas sociales.

—Yo (saltó á este punto *Monserate*), por mas aseada y pintoresca, soy favorecida de preferencia por las altas clases y...

—Nada de eso pega ya (replicó *Tronera*), que ya no hay clases altas ni bajas, y todos somos unos y libres, con que yo...

—¿Y me he de estar yo callando (interrumpió *Trespies*), yo que guardo en mis adentros cosas estupendas y dignas de ser puestas en sofá?

—Pido la palabra.

—Pues yo la tomo.

—Pues yo la agarro.

—Pues yo no la suelto.

—Pues yo...

—Pues tú...

—Pues sí...

—Pues no...

Y aquello se convirtió, como si dijéramos, en un verdadero parlamento en día de interpelación. Todo era interrumpirse y chillar, y ponerse roncas, y dar manotadas, y lanzarse pullas, y mirarse de través; hasta que el presidente Apolo, habiendo llegado á los 59 grados sobre cero de su despecho, ideó una diablura que ni el mismo Satanás en sus buenos tiempos; y fue quitarlas de repente el entendimiento y la voluntad, y dejarlas solo la memoria; y luego permitir que todas hablasen á un tiempo y sin oír á las demás; y que repitiesen como un eco, simplemente y sin comentarios, todas las palabras sueltas que habían escuchado aquella tarde en el paseo; con que se armó un confuso clamoreo de interrupciones, preguntas, respuestas, medias palabras y palabras enteras, como si todo el Prado se hubiera vuelto á la sazón á poblar de paseantes: en fin, una barbaridad tan discordante é inconexa como la siguiente.

—«¡Jesus qué calor...!—Diez y ocho años y soltera.»

—«¿Qué dice V. de la guerra...?—Este correo trae mas vuelo el figurin.»

—«¡Ay mamá! es preciso ensanchar este sombrero.

—El de mi marido tambien.»

—«¿Y no le parece á V. una injusticia que...—Dicen que era sobrino de S. E.»

—«Es escelente autor.—Discipulo de Vensano.»

—«Y aquella noche le cerró la puerta.—Porque porque no estaba en voz y...»

—«Hoy lo he leído en el Correo Nacional.—¿De qué color es esa tela...?»

—«Mira á la Fulana con sus niños y su marido...—Es el editor responsable.—Como no sabe firmar...»

—«¿Te subes á la otra vuelta?—Después de cenar.—Anoche estuvimos en Francia.»

—«Le han hecho intendente.—¿Y de qué sirven los libros...?—Porque en tiempos de revueltas políticas... Pierde el pan y pierde el perro.»

—«¿Y de cuántos meses estaba?—Era una ligera interpelacion.»

—«¿Con que se ha cansado de él?—Es una vida muy circular.»

—«Y el vestido es precioso.—Con prima á sesenta dias á voluntad del comprador.»

—«Dicen que el ministerio hace dimision.—¿Damos otra vuelta?»

—Basta, basta, canalla infernal, (dijo enfurecido el dios, apresurándose á trepar á su sitio acostumbrado); basta ya con vuestra diabólica gritería, (que cuento que aunque me suba al Olimpo no he de desechar tan pronto la pesadilla. ¡Cáscaras! y qué noche me han dado las perras, y qué amargas verdades me han encajado que quieras que no. Ea, bien; tiempo es de callar, que ya estoy viendo á la señora Diana que me hace señas de que vaya á relevarla, porque se quiere ir á dormir. Todo el mundo pare la lengua, y

vuelva por su camino sin chistar ni mistar, que si alguna otra noche me diere la gana de echarla á perros, se les avisará á domicilio, y veremos si entonces me ponen en limpio este borrador.—

Y todas las sillas marcharon á sus puestos sin replicarle; y cuando el sereno atravesó al amanecer el Prado, despues de haber dormido toda la noche en un banco, ya se las encontró á todas como si tal cosa, guardando sus puestos, mudas, y en correcta formacion.

(Agosto de 1838.)

DE TEJAS ARRIBA.

I.

MADRE CLAUDIA.

"..... á tus tiernas palomillas  
el vuelo peligroso las rehuses;  
Que andan muchos azores por asillas  
de cuyas uñas penden los despojos  
de otras aves incautas y sencillas."

*Bartolomé de Argensola.*

—Dios sea en esta casa.

—Y en la de usted, buena madre; santas noches,  
¿qué se ofrece?

—Nada, hijo, sino venir en cuerpo y en ánima á  
ponerme al su mandar, como vecinos que somos, y ami-  
gos que, Dios mediante, tenemos que ser.

—Por muchos años; y ya veo que si no me engaña  
el corazon que estoy hablando con la señora Claudia, la  
que viene á habitar la buhardilla núm. 7.

—Doña Claudia me llamaron en el siglo, y esa mis-  
ma soy, en buena hora lo cuente; pero tal me verás

ESCENAS MATRITENSES.



DE TEJAS ARRIBA.

SECRETARIA MUNICIPAL



DE JESUS MARIA

que no me conocerás, y yo misma me tiento y no me encuentro; ¡cosas del mundo!; hoy por ti, mañana por mí; y como dijo el otro, abájanse los adarves y álzanse los muladares; que hoy día nadie puede decir de esta agua no beberé; y mientras la viuda llora bailan otros en la boda... No digo todo esto por mal decir, que de menos nos hizo Dios, y viva la gallina y aunque sea con su pipita; sino esplicolo para dar á conocer á vuesa merced, señor vecino, que aquí donde me ve con estos trapos, yo también fui persona, y no como quiera, sino como suele decirse empingorotada y de capuz;... pero vive cien años y verás desengaños, y tras el día viene la noche, que lo que Dios da llevárselo há, y el caballo de regalo suele parar en rocin de molinero.

Pero dejando esto á un lado, y viniendo á lo que importa, ¿qué tal va la parroquia en la tienda nueva? ¡Válgame Dios, y qué aseada y qué provista está de cuanto el Señor crió...! Tal me vea yo á la hora de mi muerte... ¿Es rosoli ó aniseta...? gracias por el favor; ¡bien haya la Mancha, que da vino en vez de agua...! á la salud de ustedes, caballeros... ¡fuego de Dios y qué calorcillo tiene el espíritu...! ¡y qué bien le parecen al lado esos mantecadillos que están diciendo «comedme...» ¡Ah! si no estuviera una tan atrasada en esto que ahora llaman el porsupuesto, en Dios y en mi ánima que no había de pedir ayuda para dar buena cuenta de ellos... apostaría que son obra de aquellas manecitas que con tanto salero hacen ahora saltar á la aguja... gracias, hija mía, por el favor... bien se la conoce que es hija de tal pa-

dre... ¡ bendígala Dios , y qué hermosa es y qué garrida! ya me temo yo que han de llorar su venida todos los mozos del barrio.—

—Gracias, madre Claudia.

—Bien haceis , hija , en dar las gracias , que para eso las teneis , y aun para quedaros despues con ellas ; ¡ ay ! quién me tornára á mí de ese talle y esa frescura , y no me robára la esperiencia de mundo , que por el alma de mi padre que otro gallo me habia de cantar , y no me veria ahora en medio del arroyo , como quien dice ; pero asi somos todas ; mientras nos reluce el pellejo poco consejo , y luego que vienen los años llorar por los que son idos... ¡ Cuánto mas valiera mascar mientras nos ayudan los dientes , y... ¿ no es verdad , hija mia...? ¿ qué , no me entiendes ? ¡ picaruela ! ¿ pues á qué vienen esas colores que se te han asomado al rostro ? Pero ¡ pecadora de mí ! ya veo que no conviene distraerte de tu labor , pues que te has picado con la aguja , y.... ¡ válgame Dios...! ¡ qué no diera alguno que yo me sé bien , por atajar con sus labios esa gota de coral...!—

—¿ Alguno , madre ?

— Alguno digo , y no hay que hacerse la desentendida , sino ponerle el nombre que mejor le cuadre... pero bajemos la voz , que ya señor padre ha acabado de servir á los parroquianos y se viene derechito hácia nosotras ; por fin , hija mia , mas dias hay que longanizas , y cuando querais noticias de la tierra , sabed que allá cerca del cielo hay una vieja que os quiere bien . Y ahora me voy , señor vecino , que ya ha acabado de ser no-

che, y la vieja honrada su puerta cerrada, y cada uno en su casa y Dios en la de todos... A fê que ya me he de ver y de desear para subir la escalera, y á no ser por un cuarto roñoso de Segovia que traigo aqui para trocarlo por un palmo de cerilla... ¿Tambien ese favor?... muy obligada me voy, señor vecino; á bien que Dios es mayordomo de los pobres, y él se lo pagará con su tanto por ciento... Y pues ya me siento alumbrada por esas manos caritativas, iremos paso á paso caminando á mi chiscon, donde me espera el huso con deseos de bailar, y mi amigo Micifuz durmiendo al amor de la lumbre, sino es que se haya salido á los tejados en busca de las vecinas, salidas tambien como él; que amor con amor se paga, niña mia, y cuando nace él nace ella, y si no fuera por esto, ¿para qué estamos acá abajo los unos y las otras...? Con que buenas noches, vecino; y cuidado, niña, que no hay que olvidar á quien bien nos quiere, y que cuando quieras tomarte el trabajo de llegar al último tramo de la escalera, sabrás muchas cosas y habilidades, asi de punto y aguja como de cazo y sarten, que, gracias á Dios y á mis años, asi me da el naipe para aderezar un guisado, como para coser un zurcido... Con que, á Dios.—

La buena vieja, dicho esto, salió por la puerta de la tienda que daba al portal, y despues de persignada, y sosteniendo con la diestra mano la vacilante cerilla, colocada la siniestra entre ella y su rostro para evitar la ofuscacion de sus resplandores, subió pausadamente

los noventa y siete escalones que se contaban hasta su chirivivil, haciendo descanso en todas las mesetas ó tramos de los diversos pisos. Y llegada que fue arriba, sacó de su faltriquera la llave, y con temblona direccion la encajó en la cerradura; reunió todas sus fuerzas para dar las vueltas, y la puerta se abrió; mas desgraciadamente con un impulso muy superior á la resistencia de la cerilla, la cual negó en aquel momento sus reflejos, quiero decir, que se apagó; y la vieja que entraba, y el gato que se esperezaba sobre el fogon, se quedaron á buenas noches.

## II.

### LAS BUHARDILLAS.

Algunos dias eran pasados, y ya la buena madre sabia por puntos y comas las condiciones y semblanzas de todos sus convecinos, y mas especialmente de aquella parte de la tripulacion de la casa, que, á hablar con propiedad, cobijaba bajo un mismo techo.

Este quinto estado de aquel mecánico arteficio no distaba, como hemos visto, mas que unos cien palmos de

la superficie de la calle, y por lo tanto tocaba ya en la region de las nubes, con lo cual no habrá de estrañarse si tal cual tormenta solia de vez en cuando alterar la uniformidad de aquella atmósfera. Semejantes tormentas, de que apenas tenemos noticia los habitantes del centro, son harto frecuentes en las alturas; sino que nuestra pequeñez microscópica no sabe distinguir las, ó bien afectamos desdeñarlas por el ningun interés que nos inspiran; pero no han faltado por eso arriesgados aereonautas que ascendieron de intento á estudiarlas; y de uno de estos, que logró bajar, aunque con una pierna menos, es de quien hube yo en confianza las noticias y observaciones que de suso y de yuso son y serán esplicadas.

Dividiase, pues, el elevado recinto que queda señalado, en un doble callejon á diestra y siniestra mano, que prestaba paso y comunicacion á ocho ó diez celdillas ó habitaciones, tan cómodas como cepo veneciano, y tan anchurosas como nichos de cementerio. En ellas, mediante sendos treinta reales nominales de alquiler mensual, habian hallado medio de colocarse otros tantos grupos de figuras, reducidas á tal extremo, cuáles por las desdichas pasadas, cuáles por las miserias presentes.

Sabia, por ejemplo, la madre Claudia, que en la primera buhardilla de la derecha, conforme vamos, vivia un pobre empleado, entrado en nueve meses, reloj descompuesto apuntando á marzo, y con cuatro chiquillos por pesas, que tiraban hácia la próxima Navi-

dad. Sabia que en la de mas allá existia una honrada viuda , fuera de cuenta , clamando en vano por los dividendos del Monte pio , y sustentada escasamente por el trabajo de tres hijas doncellas , que todo el mundo sabe lo poco que en estos tiempos vale una honrada doncella. Mas allá cobijaba con dificultad un matrimonio jóven , zapatero y ribeteadora; él mozo garrido , de chaquetilla redonda y sortija en el corbatin; ella airosa y esbelta estampa , de zagalejo corto y mantilla de tira.

En el agujero del rincon que formaba el ángulo de la casa , habia entablado su laboratorio un químico del portal , gran confeccionador de agua de Colonia y rosa de Turquía , y bálsamo de la Meca , y aceite de Macasar ; vendia ademas corbatines y almohadillas , fósforos y pajuelas , cajetillas y otros menesteres , para lo cual mantenia relaciones con todos los mozos de los cafés , y cuando esto no bastaba , corria con los empeños de alhajas , y negociaba por cuenta de algun anónimo cartas de pago y billetes del tesoro ; ó bien acomodaba sirvientes ó limpiaba botas en el portal. El , en fin , era un verdadero tipo de la industria fabricante y mercantil ; y tan pronto se traducia en francés , como se trocaba en italiano ; y ora se adornaba con un levitin blanco y una enorme corbata como *il Dottore Dulcamara* , ora corria las calles con sombrero de calaña y agraciado marsellés.

Frontero de la habitacion del químico habia dado fondo una física criatura , que sin mas preparaciones que sus gracias naturales era capaz de volatilizar la

cabeza mas bien templada. Valencia, el jardin de España, habia sido la cuna de este pimpollo, y con decir esto no hay necesidad de añadir si seria linda, pues es bien sabido que en aquel delicioso pais es mas difícil encontrar una fea que en otros tropezar con una hermosa. El contar las aventuras por donde ésta habia venido desde las riberas del Turia á los del Manzanares, y á las sombrías tejas de Madrid desde los pajizos techos del Cabañal, fuera asunto para mas despacio; baste decir que vino ella ó que la trajeron; y que la abandonaron, ó que se abandonó; en términos que en el dia era tan romanescamente libre como la bella *Esmeralda* de Victor Hugo, aunque si va á decir la verdad, algo mas positiva que ella; efectos todos del siglo prosáico en que vivimos, en el cual no se matan los hombres por las muchachas de la calle, ni se contentan estas con bailar y tocar el pandero.

Pared por medio de la valenciana vivia un viejo adusto y regañon, escribiente memorialista á dos reales el pliego, que por el dia detras de su biombo en un portal, escuchaba las relaciones de los pretendientes, y les ensartaba memoriales, y seguia la correspondencia de media Asturias, y recibia las confesiones de todas las mozas del barrio; y sucedióle á veces, como veia poco, á pesar de los anteojos, trocar las frenos, quiero decir, los papeles, y asentar una declaracion de amor en un pliego del sello cuarto, ó pretender un estanco en una orla de corazones y Cupidos. Con lo cual, y otras desazones que le proporcionaba su ofi-

cio, traía la cabeza tan llena de embolismos y de bilis, que siempre venía á casa regañando, y como solteron y que no tenía muger con quien pegarla, la solía pegar con toda la vecindad.

Ultimamente, en el ángulo opuesto, y para que nada faltase á este risueño drama, tenía su mansion un hombre de presa (*corchete*, que suele decir el vulgo), el cual cuando creía que nadie le miraba, solía hacer sus escursiones por el tejado á correr con los gatos, por inclinacion y natural simpatía. Hombre de rostro enjuto y sospechoso, cuerpo sutil y mal configurado, manos negras como su ropilla, nariz torcida como la intencion, antípoda del agua como un hidrófobo, amante del vino como el mosquito, vara enroscada como sus palabras, oído listo á las promesas y cerrado á las plegarias, multiplicado á veces como edicion estereotípica, y tan invisible é impalpable otras, que no pocas llegaron á dudar los vecinos si subía por la escalera ó por el cañon de la chimenea.

Con tan opuestos elementos, combinados ingeniosamente por la casualidad, déjase conocer si podría estar ociosa la imaginacion de nuestra Claudia, ó si mas bien llegaría en breves dias á ser como si dijéramos, el centro de aquel sistema; planeta fijo que girando únicamente sobre si mismo, obligara á los demas á girar dentro de la órbita que les señaló en su derredor.

## III.

## DRAMA DE VECINDAD.

La primera atencion de la vieja se convirtió naturalmente hácia la valencianita, que como la mas sola é indefensa oponia menos obstáculo á sus ataques...

—¿Es posible, hija mia, que tan jóven y hermosa como plugo hacerte al Señor, gustes enterrarte viva en ese zaquizami, sin buscar un apoyo en este pícaro mundo que te defienda de sus recios temporales, y haga sacar de tus gracias el partido que merecen? En buen hora sea, si el mundo te lo agradeciese y tomara en cuenta; ¿pero quién será el que te crea bajo tu palabra y que no sospeche de ese tu recato alguna mengua de tu virtud? Mira que la hermosura es flor delicada que todos codician, y no puede permanecer oculta y entregada á si misma; antes bien conviene esponerla con precauciones entre guardas y cercados, que no es ella nacida para crecer como el cardo en medio de los campos, sino para ostentar su elevacion como el jazmin en finos búcaros

:

y en cerradas estufas. Mira que la inocencia busca naturalmente su apoyo en la esperiencia, la debilidad en la fortaleza, la tierna edad en el consejo de la vejez. La yedra puede sostenerse si se abraza al olmo erguido, y el débil infante caería indudablemente al primer paso, si no hubiera una mano amiga que cuidase de sostenerle. Mal estás así, hija mía, tierna y hermosa, sin olmo que te defienda, sin mano que cuide de tu sosten. Yo seré, si gustas, este arrimo protector, ese escudo de tu niñez; y así como la barquilla sabe burlar las furiosas tormentas, confiando su timon á un habil marinero, así tú en mis manos experimentadas, podrás atravesar sin pena este piélago del mundo, y reírte de los furores de los vientos desencadenados contra ti.—

Yo no sé si fue precisamente en estos términos ú otros semejantes como habló la vieja, ni acierto á decir si ella era tan fuerte en esto de las comparaciones para dar robustez y persuasiva á su discurso; pero lo que sí podré decir es que debió revestirle con argumentos irresistibles, cuando á los pocos dias consiguió su objeto, y atrajo á su red la incauta mariposa, formando con ella una sociedad mercantil bajo la razon de *Amor Venus y Compañía*; sociedad en que una ponía la prudencia y otra la presencia; una el capital industrial y otra el positivo; á partir por supuesto el beneficio que de ambos habia de resultar.

Desde entonces la buhardilla de madre Claudia no se veía ya tan solitaria como de costumbre; antes bien

se entabló entre ella y la calle una regular y periódica comunicacion; y no era nada extraño oírse en el interior algunos sonidos de voz varonil, ó encontrarse en la escalera tal cual embozado hasta los ojos, que bajaba con la debida precaucion.

La niña por su parte es de suponer que seguía en un todo los consejos de su madre adoptiva, la cual sin duda la recomendaba la mayor amabilidad y cortesania con todo el mundo; pero en una sola cosa hubo de oponer una resistencia fatal, resistencia que pudo desde sus principios comprometer aquella naciente sociedad; tal fue la obstinacion con que se negó á admitir los obsequios de su vecino el alguacil, que puesto que recortado de uñas y atusado de greñas, todavía conservaba en su aspecto un no sé qué de siniestro y repugnante, que no pudo neutralizar la natural aversion de la criatura, la cual temblaba de pies á cabeza, y huía á esconderse cada vez que le miraba acercarse á su puerta.

Y era, como lo veremos mas adelante, formidable enemigo este alguacil; pues ademas de las condiciones anejas á su profesion, envolvía la personal circunstancia de ser el instrumento de que se servía el casero para sus ejecuciones y despojos, con que venia á parecer el alma de un propietario, encarnada, por decirlo así, en la persona de la justicia. Ahora vayan ustedes á profundizar todo el poder de un casero alguacilado, monstruosa aberracion, con los ojos de acreedor y las manos de ministril.

Hartos desvelos habia ocasionado á la vieja esta terrible consideracion; pero ya que no podia evitarla, pensó como buena política en prevenir en lo posible sus efectos, y para ello siempre andaba, como quien dice, bailándole el agua, siempre su mes adelantado por escudo, siempre las mayores precauciones de prudencia para que él no tuviese modo de malquistarla.

No contenta con esto, ideó un plan de defensa que no hubiera desdeñado el mismo Talleyrand, y fue el formar con los demas vecinos una décuple alianza, que pudiera ofrecerla en su caso una benéfica cooperacion contra la alguacilesca enemistad.

Las simpatías naturales de la vieja reparadora y la niña reparada, se inclinaron por de pronto, como era de esperar, hácia el ingenioso químico que cobijaba en el rincon, el cual no se hizo mucho de rogar para prestar á entrambas el apoyo de su espíritu, y colocar su laboratorio bajo la tutela y proteccion de ambas deidades. Aqui tenemos ya un triángulo no menos romántico que el de los dramas modernos, es á saber:—la gracia, la esperiencia y la ciencia—ó en otros términos;—una muchacha, una vieja y un doctor.—Y digo doctor, no porque lo fuera, ni pudiera gloriarse de poseer una de esas borlas que tan frecuentes se dan en las universidades, á trueque de algunos reales y de unos cuantos latines, sino porque estaba cursado en la ciencia de plazas y callejuelas, ciencia desdeñada por los sabios, pero que suele ser

mas positiva que todas las que contienen sus libros.

El zapatero no tardó tampoco en entrar en la confederacion, merced á algunas copillas de mosto y sus correspondientes buñuelos, ofrecidos oportunamente cuando se retiraba por las noches; y su esposa tampoco se hizo esperar gran cosa para venir de vez en cuando á escuchar los chistes de la madre, ó á recibir de manos del químico algun frasquito de elixir con que curar de las muelas ó añadir á las mejillas un benéfico rosicler; todo lo cual, animado con la grata conversacion de tal cual caballero que por casualidad solia hallarse alli, prestaba ciertos ribetes á aquella sociedad muy propios á escitar la simpatia de la alegre ribeteadora.

El vetusto empleado ofrecia alguna mayor dificultad, por lo inaccesible de su edad á los sentimientos mundanos; pero al fin era padre de cuatro chiquillos, que puesto que alborotaban toda la casa, y rompian los vidrios con la pelota, y escaldaban al gato, y quebraban las tejas, y rodaban con estrépito por la escalera, eran todavia agasajados con sendas castañas y soldados de pastaflora, (que buena falta les hacia á los pobres para engañar el atraso de pagas del papá), el cual por su parte, agradecido á tantos favores recibidos en la persona de sus hijos, cerraba los ojos á lo demas del espectáculo, y achacaba justamente á su miseria aquella capitulacion con sus principios.

La pobre viuda y sus hijas eran tambien un gran obstáculo á los planes de aquella veneranda dueña; ¡pe-

ro qué no pueden la astucia de un lado y la miseria de otro! ¡y qué la virtud, cuando tiene que disputarla á la hermosura y al amor! Estas niñas eran jóvenes y lindas, y habian sido educadas con primor en vida de papá, aprendiendo á figurar en bailes y tertulias, sin pensar que muerto aquel, habian de parar en los estantes de un Monte pio, y todo el mundo sabe que una vez empeñada pierde mucho de su valor la alhaja mas primorosa. En vano recurrieron por apelacion á las habilidades de la aguja que hasta alli habian mirado como adorno ó pasatiempo; desgraciadamente todo el trabajo de una muger, no logra al cabo del dia un resultado comparable con el del mas misero albañil. Y luego, que como eran tres á trabajar y cuatro á consumir (entrando en cuenta la mamá), resultaba un *déficit* por lo menos equivalente á la cuarta parte del presupuesto; lo que en buen romance quiere decir que si comian escasamente tres dias tenian que ayunar el cuarto, cosa ciertamente que no es facil de combinar con ninguno de los sistemas filosóficos. Añádase á esto que como jóvenes aun y amigas del bullicio y los amores, no habian podido renunciar á sus relaciones antiguas, y gustaban todavia de concurrir á las fiestas y diversiones, con lo cual habia tambien que perder mucho tiempo, y otro tanto para preparar guarniciones y prendidos en que lucir la brillantez de su imaginacion y disimular los rigores de su fortuna. —«¿Quién sabe? (decian ellas) quizás estos trapillos colocados oportunamente sirvan de reclamo á algun rico

mayorazgo ó algun viejo capitalista , que nos estienda su mano y nos saque de esta angustiada situacion. ¿Sería acaso por mal este inocente engaño, y seríamos nosotras las primeras que le usáramos en Madrid?—No, á fé mia, respondian todas; y sino ahí están Fulanita y Zutanita, que cualquiera que las mire darse tono en nuestra tertulia, por fuerza las ha de tomar por escelencias, ó cuando menos señorías; pues lléveme el diablo si sus padres son otra cosa que un portero de no sé qué grande, ó un meritorio de no sé qué oficina. Y con todo eso se ven muy obsequiadas y servidas, y van á los toros en coche, y en el teatro están abonadas en delantera... No, sino vistámonos de estameña, y acostémonos con las gallinas, y vendrán á buscarnos los novios aqui encerradas en este caramanchon. A fé que, como decia ayer la vecina madre Claudia, que Dios dijo al hombre, ayúdate y te ayudaré, y el cristal engarzado en oro parece diamante, y el diamante en un basurero parece cristal.—

Madre Claudia sabia muy bien estas bellas disposiciones de las niñas, y no tardó en advertir que por una consecuencia natural de ellas mediaban ya relaciones *extramuros* con tres galanes fantasmas, los cuales luego que descubrieron el buen corazon de la vieja, aprovecharon su mediacion para entablar con seguridad su triple correspondencia. Pasaron, pues, por aquellas yertas y disecadas manos, primero los billetes en papel barnizado con cantos de oro; luego las coplas de *fatalidad*

y de *ataud*; mas adelante los paquetes de merengues y las sortijas de *souvenir*; las petacas de abalorio y las cadenitas de pelo; por último, pasaron los mismos galanes en persona, y pudieron reiterar de palabra sus juramentos y maldiciones, mientras mamá dormía la siesta, ó daba una vuelta al puchero.

Con que tenemos en conclusion que por estos y otros caminos, la suprema inteligencia de la vieja Claudia dominaba, por decirlo así, en toda la vecindad, si se exceptuan el alguacil y el viejo memorialista, á los que de modo alguno halló forma de reducir. Pero en cambio cultivaba sus primeras relaciones con la planta baja, esto es, con el honrado tendero y su hermosa niña, que eran para ella, como veremos, la accion principal, el verdadero interés de su argumento.

## IV.

### PERIPECIA.

**U**na noche... ¡qué noche...! llovía á cántaros, y los vientos desencadenados amenazaban arrancar la miserable techumbre de la buhardilla de madre Claudia; roda-

ban las tejas y caían á la calle con estrépito, envueltas en torrentes de agua; por los ángulos del desvan aparecían goteras interminables, cansadas, que llenaban las cofainas, los barreños, las artesas, y prometían inundar aquel miserable recinto, disolviendo su mecánico artificio; y de vez en cuando un brillante relámpago venía á iluminar todo el horror de aquella escena, y una prolongada detonación concluía por hacerla mas terrible é imponente.

Rezaba la vieja, y pasaba de dos en dos las cuentas de su rosario, puesta de hinojos delante de una estampa de Santa Bárbara, pegada con pan mascado en el comedio de la pared. De tiempo en tiempo entreabría cuidadosa el ventanillo, por ver si serenaba la tormenta, y volvía á rezar y á darse golpes de pecho, y se asustaba de ver al gato que saltaba por las paredes, y temblaba creyendo haber oído andar en la puerta, y retrocedía al mirar su sombra, viendo en ella temblar su espantable figura, á las trémulas ondulaciones del candil.

En esto un trueno horrisono estalló, y el gato dió un brinco hácia la chimenea, y cayó la luz, y todo quedó en la mas profunda oscuridad... La vieja despa-  
vorida corre á la puerta, á tiempo que esta se abre por sí misma, y al fulgor de otro relámpago se ve entrar con precaucion á un bulto negro y embozado, que alarga la mano y cierra la puerta detras de él.  
— ¡Jesus mil veces! — grita la vieja, y cae en el suelo sin voz ni esfuerzo para decir mas.

—Nada tema usted , madre Claudia... soy yo... ¿no se acuerda usted de lo que me prometió para esta noche...?

—En el nombre sea de Dios , señorito ; el Señor le perdone á usía el susto que me ha dado , pues pienso que en tres semanas no me lo han de sacar del ánima.

—Vaya , buena madre , álcese del suelo y encienda una luz , que nos veamos las caras , y pueda yo colgar la capa , que la traigo como sopa de rancho.

—¡ Ay , señor ! pero con esta noche que parece que va el cielo á juntarse con la tierra... mas cuenta , que como estoy toda azorada , ni sé qué me hago , ni dónde puse la pajueta.

—A bien que aqui traigo yo el fósforo y...

—Alabado sea el Señor , Dios me dé luz en el alma y en el cuerpo ; traiga , traiga , aqui , y endiñaré el candil... ; pero ¿qué es esto ? ¿usía tiembla tambien...?

Y así era la verdad , que el osado mancebo al alargar la luz á la vieja , y mirar su lívida faz y desencajada , no pudo menos de hacer un movimiento de retroceso.

Encendido ya el candil , restablecida la calma , y serenado por fin el ruido de la tormenta , pudo entablarse un diálogo misterioso entre la vieja y el señorito , en que este porfiaba , y la vieja se hacia de rogar , y aquel juraba , y esta se reía , y luego sacaba aquel un bolsillo , y esta se ponía á discurrir.

—¿ Pero no ve usía , señorito , que me pide un imposible ? Yo no diré que ella no le quiera á usía , y mu-

cho, que á mis años y á mi esperiencia no lo ha podido ocultar; pero al fin usía es usía, y ella es una pobre muchacha, hija de un tendero de bien, que se mira en ella como en las niñas de sus ojos, y aunque pobre, tambien tiene su aquel, y si él llegara á sospechar la intencion con que por usía he venido á esta casa... ¡Dios nos libre!

—Todo eso está bien, replicó el caballero, pero es lo cierto que ella me quiere, porque yo lo sé, porque ella no me lo ha disimulado, y luego tú me prometiste convencerla...

—Y mucho, que varias veces la he tanteado sobre el particular; pero, amiguito, una cosa es apuntar y otra caer el gorrion; que no se ganó Zamora en una hora; y para el hierro ablandar, machacar y machacar... No sino aguarda la breva en enero y verás si cae.

—¡Maldita seas con tus refranes y con tu eterno charlar! ¿Pues no me dijiste, vieja del diablo, que esta noche...?

—No es esto decirle á usía que yo no ponga de mio hasta donde se me alcance al magin, que Dios deja obrar las segundas y aun las terceras causas, y por falta de voluntad ni aun de memoria no me ha de pedir cuenta el Señor; pero nunca la pude reducir á bondad, y eso que la conté el oro y el moro, y la pinté, como quien dice, pajaritas en el aire; pero así es el mundo; para unas no basta el *só*, ni para otras el *arre*, y muchas conozco yo que no se harían tan remolonas.

—No me vayas á hablar de otras, como sueles, bruja maldita... Yo no he venido aqui á escuchar tus graznidos, ni por todas tus protegidas hubiera subido un solo escalon de esta escalera infernal... Vengo solo á que me cumplas tu promesa... y ya tú sabes que yo no tengo cara de que se me hagan en balde.

—Pues á eso voy, señor : ¡cáspita ! y qué vivos de genio son estos boquirrubios, y qué...

—Perdona, buena Claudia, pero mi impaciencia...

—Despues que una se desvive por servirlos, haciéndose ( como quien dice ) piedra de molino, para que ellos coman la harina.

—Pero...

—Ande usted de aqui para alli como un zarandillo, por la gracia del Señor, cuando á él le convenga; deje usted su cuarto entresuelo de la calle de las Huertas, que bien me estaba yo en él sin estos trampantojos; súbase usted á las nubes como el gavilan, y póngase desde alli en acecho de la perdiz... y todo ¿para qué...?

—Tienes razon, Claudia, tienes razon; pero como tú me dijiste...

—Y ya se vé que dije y no me vuelvo atrás, que bien sé lo que me tengo que hacer, pero...

—Mira, toma lo que llevo conmigo, y esto será nada mas que principio de mi eterno agradecimiento; pero por tu vida que bagas porque yo la vea esta noche, aqui mismo, en tu casa, y... su padre está de guardia, ya ves tú que mejor ocasion...

—¿Y por quién sabe usía todo eso sino por mí?

—Es verdad, dices bien, mucho tengo que agradecerle.

—Quiera Dios que dure y que á lo mejor no me muestre las uñas.

—No lo temas, amiga Claudia, mi protectora, mi esperanza ; hora baja, que se va haciendo tarde, y me pesan los momentos que dilate el mirarla en mi presencia.

—Vaya, ya bajo, y para la subida me encomiendo á Dios ; pero sobre todo, señorito, me encomiendo tambien á su prudencia y... ; Ah ! mejor será que os escondais tras de la puerta, porque el susto de veros no la incline á volver atrás...

—Bien, bien, como querais, madre mia.

Y la vieja se santiguó, y ayudada de su cerilla comenzó á bajar pausadamente la escalera, y llegada á la tienda, entabló un diálogo, al parecer indiferente, con la inocente criatura, que, como hemos sabido, estaba sola con un hermanito de pocos años ; y como se quejase de dolores en las sienes á causa de la tormenta, luego la brindó la vieja con que subiese á su buhardilla, donde la pondria unos parches de alcanfor que la remediasen, con que la prometió que la habia de dar las gracias ; y la inocente creyó al pie de la letra el consejo de aquel maligno reptil, y luego emprendió con ella la subida de la escalera, encargando de paso á su hermanito el cuidado de la tienda.

Llegadas que fueron arriba, abre Claudia la puerta

cuidando de cubrir con ella á su cómplice; vuelve entonces á cerrar, y este ya descubierto se arroja precipitado á los pies de la jóven, y la renueva con los mas vivos colores sus juramentos y sus deseos. La sorpresa y la indignacion privaron por un momento á la niña del uso de la voz; despues lanzó una mirada suplicante á la vieja, la cual con su diabólica sonrisa la dió á conocer lo que podia esperar de ella; entonces aquella alma pura recobró toda la energía propia de la virtud; en vano la vieja y el galan quieren detenerla; en vano son los juramentos, las promesas, las amenazas; arráncase violentamente de sus manos, corre desalada á la puerta, hace saltar los cerrojos, y aparece en lo alto de la escalera gritando: «*Favor, vecinos, favor...*»

En el mismo punto se abren simultáneamente las puertas de las demas habitaciones; y mientras los mas próximos acuden á preguntar á la niña, se oye acercar un estrepitoso ruido de un hombre armado de pies á cabeza que subia los escalones cuatro á cuatro, gritando desaforadamente...

—«Mi hija... mi hija... ¿quién me la ofendé...?»

—A esta pregunta contestan el memorialista y el alguacil trayendo de las orejas á madre Claudia hasta plantarla de rodillas á sus pies, en tanto que el galan anónimo habia tenido por conveniente escapar por el tejado...

El zapatero, que subia á este tiempo la escalera en amor y compañía con la valencianita, mira esca-

par á su esposa de la buhardilla del químico, y se enfurece de veras, sin reparar que él tambien tenia por qué callar; en tanto los chicos del cesante gritan que en el callejon de las esteras hay tres bultos escondidos que sin duda deben de ser los facciosos; y súbito el alguacil y el memorialista, y el tendero y el cesante, corren á verificar su captura, á tiempo que las niñas de la viuda salen despavoridas gritando que no los maten, que no son los facciosos, sino sus novios, que á falta de otro sitio estaban hablando con ellas en el callejon.

El químico, que desde su chiscon observaba aquel embrollado caos, no halla otro medio para poner término á semejante escena, que reunir multitud de mixtos de salitre y plata fulminante, con que produce un estampido semejante al de un tiro de cañon, y á su horrisono impulso ruedan por la escalera todos los interlocutores de aquel drama; el tendero con su hija; el memorialista y el cesante con los chicos; estos agarrados de la vieja; las niñas de sus galanes; el zapatero de la viuda; la ribeteadora del químico; y el alguacil de la valenciana, gritando *«Favor á la justicia; dejadme á esta pecorilla que es el cuerpo del delito...»*

## V.

## DESENLACE.

Ocho dias eran pasados, y el alguacil, en virtud de providencia de su merced el señor alcalde del barrio, habia hecho desocupar toda la casa y colocado á la vieja en una buena reclusion; el tendero habia cerrado su almacén y caminaba con su hija hácia las montañas de Santander; las niñas de la viuda, por disposicion de esta, trabajaban entre vidrieras bajo la direccion de *Madama Tul Bobiné*; el zapatero habia apaleado á su muger y estaba en la carcel; y esta se habia colocado bajo la proteccion del químico; finalmente, la valencianita alquilaba un cuarto entresuelo calle de los Jardines, y al tiempo de estender el recibo daba por su fiador... al alguacil.

(Enero de 1838.)

## EL TEATRO POR FUERA.

«Si hacen de mi humor desden  
no tienen mas que gustallo,  
mientras por tonto echo el fallo  
á quien no le sepa bien.»

*Iglesias.*

**L**a escena cómica, así como la gran escena del mundo, tiene dos aspectos. Uno interior, privado y reducido al estrecho círculo de sus sacerdotes y comensales; el otro público, exterior, y que dice relación con la sociedad entera. Para entrar en aquel, es necesario hallarse iniciado en sus misterios, y tener una parte mas ó menos directa en su acción; para conocer este, basta solo ser espectador constante, y estar dotado de una dosis regular de observación.

El teatro *por dentro* comprende, pues, á los autores dramáticos, á los artistas, empresarios, empleados, espectáculo material, decoraciones, transformaciones, vuer-

los, música y acompañamiento. El teatro *por fuera* le constituye únicamente el público espectador. Puede, pues, mirarse la cuestión de ambos modos; ó bien dando la cara á la escena y fijando la vista y la imaginación en la fingida ilusión del espectáculo, ó ya volviéndole la espalda y asestando el catalejo á la animada realidad de los espectadores. Bueno será por hoy prescindir de la primera cuestión, para ocuparnos exclusivamente de la segunda; abandonar el interés dramático por el interés social, el mundo de cartón por el mundo positivo, y buscar en el espectáculo cómico lo más cómico del espectáculo; que, si no lo ha por enojo, no es otra cosa que el público espectador.

A la verdad que, considerado el asunto bajo este aspecto, no puede ser más animado y profundo, y manejado por diestra mano no dejaría de producir un asombroso interés. ¡ Ahí que no es nada! mil ó dos mil personajes de todos sexos y condiciones; vírgenes y matronas; viudas y reincidentes; niños y viejos; solteros y maridos; Mesalinas y Lucrecias; Marcos y Colatinos; patricios y plebeyos; sombrerillos y zagalejos; chaquetillas y gaban. Y todo esto visual y gerárquicamente ordenado; por clases, según el blason heráldico; por familias, siguiendo el sistema de Linneo; por precios, al tenor de la balanza mercantil; por sexos, á la manera fisiológica de Russel; por trages, según el método de Utrilla; por genios y condiciones, conforme á la craneoscopia del doctor Gall.

Las seis y media... entremos en el teatro... Media

hora falta aun para comenzar el espectáculo... ¡qué cosa tan triste es un teatro sin gente...! Es como si dijéramos un cuerpo sin vida, un cadáver yerto é inanimado... Y si el teatro es uno de los teatros de Madrid, ¡qué cosa tan fea además! Mirada desde las alturas la mezquina y económica *platea*, parece por sus diversos compartimentos una caja de estuche ó *necesaire* sin las piezas correspondientes; mirando desde la platea los costados del edificio, recuerda las anaqueleras de nuestras boticas, ó los simétricos nichos de nuestros cementerios.

La misma soledad, el mismo silencio que en estos, y á la escasa luz de algunas mechas encendidas provisionalmente en la lámpara central, se ven allá cerca del techo los retratos de algunos de nuestros célebres autores, los cuales solo despues de muertos han adquirido el derecho de asistir gratuitamente al espectáculo; y aun esto tan limitado y en sitio tan poco conveniente, que mas parece que aspiran á escapar á las troneras por entre las enormes piernas de un Apolo, que mas que Apolo parece un tambor mayor.

Conforme se va acercando la hora, empieza aquel solitario recinto á dar señales de vitalidad: ya es una puerta que se abre para dar entrada á un bulto negro que aparece en la arteria de las *lunetas*, el cual mira con interes á todas partes, hace un movimiento de impaciencia, y vuelve á salir precipitado; ya son algunas pausadas sombras que van á colocarse aisladas aqui y allá, quebrando asi la uniformidad de las *gradas* late-

rales, de los *bancos* céntricos, y de la altísima *tertulia*. Ora se escucha un animado diálogo femenino en los hondos abismos de la *cazuela*; ora el ronco sonido de unos catarral y aguardentosa, revela al observador que algún ser viviente respira sepultado en los últimos confines del *patio*.

El nuncio de la luz aparece, en fin, por un agujero, y saltando por encima de los bancos con una cerilla en la mano, se acerca á la lámpara y comunica su influencia al círculo de *quinquets*, con lo cual, y concluida su tarea, avisa á los de arriba para que den vuelta á la máquina, y sube el luciente fanal con pausa y gravedad hasta quedar colocado á la media altura del espacio. Magestuosa operación que observan con sorpresa y entusiasmo las tiernas criaturas que han asomado á los palcos, y de que huyen por precaución todos los desdichados á quienes tocó sentar perpendiculares bajo la influencia de aquel mecánico planeta.

Quedan, pues, al descubierto las sombrías paredes del edificio, el ahumado techo, los mezquinos bancos y sillas; y sucesivamente van dando la cara las misteriosas parejas de los palcos *por asientos*, que no ven con buenos ojos aquella iluminación, aunque escasa; luego ocupan la delantera de la *cazuela* todas las diosas de nuestra mitología matritense, y detras de ellas se van agrupando las modestas beldades á quienes no es necesaria tanta publicidad. Harpócrates, el dios del silencio, como todo lo perteneciente al género masculino, está desterrado de aquel bullicioso recinto, y mil y mil vo-

ces, si quier gangosas y displicentes, si quier melífluas y atipladas, se confunden naturalmente en armónico diapason, y mas de una vez sobresalen por entre los diálogos de los actores, ó sobre los *crescendos* de la orquesta.

Dos campos iguales en dimension, diferentes en calidad, se dividen económicamente el elevado recinto conocido bajo el nombre de *tertulia*. Del lado de la izquierda, el sexo que solemos llamar bello, ostenta sus gracias peregrinas, sus ingeniosos adornos y su amable coquetería. En el de la derecha, el otro sexo feo, juega las armas que le son propias, el desenfado, la galantería y la arrogancia. Crúzanse, pues, de la una á la otra banda las ojeadas, las ante-ojeadas, los suspiros, las sonrisas, y otros signos espresivos de inteligencia, y volando á estrellarse en el techo comun, tornan á descender convertidos en vapor simpático, eléctrico, que extendiendo su influencia por todos los rincones de la sala, impregna y embalsama á toda la concurrencia en igual amoroso sentimiento.

Suspicaaz y meticoloso por extremo debió ser el primero que tuvo la ocurrencia de la separacion de los sexos en nuestros teatros... ¿y dónde?... precisamente en un pais en que se miran reunidos en los templos, en el circo, y demas espectáculos públicos. A la verdad, nada se arriesgaba en apostar á que no fue marido celoso el que tal imaginó, pues si él lo fuera, á buen seguro que conviniere en abandonar bajo su palabra tres ó cuatro horas á su esposa donde apenas alcanzara á divisarla. Sin embargo, sea dicho en verdad, esta costumbre, co-

mo todas las de este mundo, tiene su contra y tambien su pró; la mitad de los hombres dicen que es mala; la mitad de las mugeres la defienden por buena; y las otras dos mitades piensan en sentido contrario... Vayan ustedes á entenderlos, ni á adivinar las razones que cada cual alegará. De todos modos, no puede negarse que cuando no sea otra cosa, presta cierto saborete de originalidad á nuestro teatro madrileño que no es de des- deñar para el curioso observador.

Excepcion de esta austera conformidad es la triple fila de aposentos, donde á par que los sombrerillos y mantel- letas, vienen á colocarse las placas y bordados, las ele- gantes corbatas y los guantes amarillos; lo cual hace á esta seccion la mas armoniosa y variada del espectácu- lo. La luneta con sus aristocráticas pretensiones, los si- llones y gradas con su público atento, inteligente y de buena fé, y el patio con su humilde modestia, sirven co- mo si dijéramos de base á todo aquel artificio mecánico de centro de aquellos opuestos polos.

En esta region principal es donde tiene su asiento *el abonado*, especie de planeta teatral, mitad hombre y mitad luneta, que viene periódicamente á efectuar su conjuncion con ella todas las noches, y á formar las mas veces entrambos una sustancia homogénea de palo y de baqueta, para quien son indiferentes el compás clá- sico ó el romántico vuelo, y en quien suelen embotarse las magnéticas sensaciones con que pretendiera el poeta electrizar al auditorio. Este obligado adorno de las filas mas avanzadas de la luneta, es de rigor que ha de entrar

con solemnidad á la segunda escena del segundo acto, y atravesar en movimiento ondulatorio por el estrecho límite que permiten las piernas de los demás espectadores, no sin desagrado de estos, que en tal momento miran interponerse aquel cuerpo extraño entre sus ojos y la escena; pero la política exige el mayor disimulo, y que se repriman las muestras de aquel enojo, para corresponder con afectada sonrisa al elegante Adonis, que reparte sendas cabezadas á todos sus compañeros de banco. Llegado despues á su término final, á su luneta, que le espera para recibirle en sus brazos, es indispensable que ha de bajar el asiento con notable estrépito, y de este modo atraer hácia su persona la puntería de todos los anteojos de los palcos; á cuya interesante atención corresponde el abonado, permaneciendo en pie largo rato con la espalda hácia la escena, componiendo simétricamente el cabello con el anteadado guante, sacando despues el pañuelo, impregnado en *patchouly* y *bálsamo de Turquía*, limpiando cuidadosamente los cristales del doble antejo, y dirigiéndoles despues circularmente á todos los aposentos, la cazuela y la tertulia. Verificadas todas estas operaciones, el abonado se vuelve, en fin, á la escena, y si en tal momento alcanza á atraer una rápida sonrisa de alguna actriz, ó tal cual disimulada cortesía de algun cantante, es como si dijéramos el bello ideal de la fortuna, la suprema dicha teatral.

El abonado por lo demás presta poca atención al espectáculo, y como este nunca es nuevo para él, por-

que si es segunda representacion asistió igualmente á la primera, y si es primera vió tambien el ensayo, nada puede interesarle; antes bien mira con desden y aun con lástima la obligada atencion del auditorio, y el efecto imprevisto que sobre él suelen ejercer las distintas situaciones del drama; y cuando estas lleguen á su mayor interes, afectará volver desdeñosamente la cabeza, ó hablará con los músicos, ó se dirigirá á cualquiera de sus colaterales, diciéndole:—«Ahora el tirano va á darle la copa envenenada...»—Y cuando esto sucede, y todos los espectadores revelan en sus semblantes lo angustioso de la situacion, se ve reir la faz tranquila del abonado, y escúchase su voz harto perceptible que dice:—«No tengan ustedes miedo, porque ahora va á salir la dama á matar al tirano con un agudo puñal.»—

Durante el entreacto, el abonado sube á visitar los palcos, y como bola de cubilete entra y sale de una en otra casilla, y ora le vemos en un palco bajo hablando en frances, y afectando la seriedad diplomática entre dos longanísimos extranjeros, ora en un principal, siendo la causa de la bulliciosa alegría de una coleccion de beldades que se disputan sus respuestas, sus miradas, y son exactamente del mismo parecer sobre el mérito de la pieza.

No menos interesante y animada otra seccion del auditorio sienta por lo regular en las filas céntricas; esta es la seccion de *los inteligentes*, y se compone, como quien nada dice, de los autores dramáticos, los escritores folletinistas, y tal cual actor en descanso que

aquella noche no le tocó figurar. Esta seccion es bulliosa de suyo, comunicable y expansiva; sus decisiones son absolutas y sin apelacion; pronúncianse *ex-cátedra*; comision de aplausos la llaman unos; sociedad de seguros la dicen otros; pero los unos y los otros esperan con atencion las muestras inequívocas de su sentencia, y aplauden si aplaude, y silban por simpatía cuando escuchan á la inteligencia silbar.

Los demas compartimentos de la planta baja son ocupados en simétrica variedad por aquella parte del *respectable público*, que en el Diccionario moderno solemos llamar *las masas*: en cuya confeccion entran indistintamente los drogueros de calle de Postas, y el honrado ropero de la calle Mayor; el empleado vetusto, y el imberbe meritorio; el inesperto provincial, y el pacífico artesano; todos los cuales vienen al teatro los domingos y fiestas de guardar á divertirse con la mejor fé del mundo, y á pillar de paso, si pueden, una leccioncita moral; y la diversion que encuentran no es nada menos que tres ajusticiados y un tormento; y la moral que suelen beber, la que se destila de un suicidio ó un par de adulterios.

Con lo cual, concluida la *diversion*, vuélvese á casa el honrado ciudadano, bien persuadido de que todas las mugeres son cortadas por el patron de *Catalina Howard* ó *Lucrecia Borgia*, y que todos los hombres son poco mas ó menos á la medida de los *Antoni* y *Ricardo Darlington*; de todo lo cual viene á deducir que la peor gente del mundo son los hombres y las mugeres,

que toda sociedad es una picardía, todo gobierno un embrollo, toda religion una farsa, y toda existencia una pura calamidad.

Y á la verdad que la consecuencia no puede ser mas natural; porque *si el hombre ó la muger* que se les ha representado en la escena ha sido un príncipe, por fuerza ha de haber tiranizado á sus pueblos, y ha de reunir el fanatismo y la crueldad, la hipocresía y el dolo; si ha sido princesa, habranla visto dar convites envenenados, y entregar sonriéndose al verdugo la hermosa cabeza de su amante, ó arrojar al rio á los favoritos con quienes ha pasado la noche; si ha sido hombre del pueblo, por fuerza seria hijo de un verdugo, y habrá conspirado contra su mismo bienhechor, y se habrá levantado á fuerza de bajezas á las altas dignidades de la república; si ha sido juez, naturalmente habrá sido seductor de su víctima y perjuro, venal y corrompido; si ha sido esposa, habrá enterrado vivo á su esposo para dar la mano á su rival; si ha sido madre, se habrá enamorado de su propio hijo; y si fuere hijo, habrá ensangrentado su acero en el autor de sus dias; si ha sido religioso, habrá abusado de su santo ministerio para seducir la inocencia ó para ejercer sus venganzas; si ha sido, en fin, amante, por fuerza ha sido movida por un amor vergonzoso y criminal.

Semejantes primores de la moderna escena son como si dijéramos el cotidiano alimento que se da á un pueblo incauto á quien se pretende instruir y deleitar; de esta manera se le enseña la historia en caricatura;

se le familiariza con las escenas patibularias; se le aparta de toda creencia; se le arrastra, en fin, á un abismo sin limite conocido.

Por fortuna esta exageracion de colorido, esta brillantez de la mentira, lleva su correctivo en su misma demasia, y una vez disipadas las primeras impresiones, la razon va recobrando su imperio, y convirtiendo en ridiculo aquello mismo que un momento se admiró como sublime. El observador filósofo no puede menos de reconocer esta benéfica reaccion, y mira con placer á la concurrencia, no ya agitada y entusiasta ante las formidables peripecias del drama inmoral, sino distraida é indiferente, como quien no cree lo que mira, no pocas veces respondiéndolo con burlona sonrisa, en vez de las violentas lágrimas que la demandaba el poeta:

*«On ne voit pas pleurer personne ;  
pour notre argent nous avons du plaisir ;  
et le tragique qu'on nous donne  
est bien fait pour nous rejouir.»*

Pero veo con dolor que arrastrado por lo importante del argumento, me aparto insensiblemente de mi estilo y propósito, y como que parezco volver la cara á la escena, abandonando mi objeto, que es pintar al público espectador. Sin embargo, tiene tal relacion el efecto con la causa, que apenas es posible tratar de aquel sin rozarse algun tanto con esta. Afortunadamente en este momento cae el telon y el drama desaparece; unas

cuantas varas de lienzo se han interpuesto entre la sociedad fantástica y la sociedad positiva; los *Hernanis* y las *Tisbes* huyeron de nuestra vista, y ya solo tenemos delante las *Tomasas* y los *Pedros*; *el hombre y la muger* se han convertido ya en mugeres y hombres; el castillo feudal en un menguado coliseo, y los canales misteriosos de Venecia, en los animados callejones de palcos y cazuela.

Aqui quisiera yo tener una pequeña dosis de la imaginacion poética de nuestros autores, para bosquejar aunque de lijero esta escena final, que aunque para algunos podrá parecer insignificante, es para muchos la que forma el principal interés del drama.

Los que conocen la estructura de nuestros teatros madrileños, saben ya lo menguado y oscuro de sus escaleras, sus estrechas puertas y pasillos, su taquigráfico portal. Pues bien; en aquellas escaleras, en aquellos callejones, y á la luz de aquellos farolillos, se verifica en el acto solemne de la salida la reunion misteriosa y armónica de quinientas parejas, que suben, que bajan, que cruzan, que corren de aqui para allá, buscando cada uno su cara mitad, y mirando de paso á las mitades ajenas....

De aqui puede inferirse sustancialmente el interés y fuerza cómica de semejante desenlace, la animacion y el movimiento de tal escena final.

El rápido mozalvete, que volando en alas de su amor y su deseo, atraviesa por sobre las piernas de los lacayos dormidos en la escalera, y va á situarse á la sa-

lida del palco, para tener ocasion de arreglar una manteleta ó correr á avisar al cochero; el pausado esposo, que detenido por la gente que sale de las lunetas, se agita y desespera por llegar á recibir á su esposa, cuando ésta baja ya cortesmente sostenida por una mano anteaada que casualmente se encontró al paso; el amante desdichado, que al ir á ofrecer la suya al objeto de su ternura, se siente asir por una harpia de siglo y medio, que empieza ya de antemano á ejercer los rigores de suegra; los formidables lacayos asturianos cargados de almohadas y mantones que cruzan bárbaramente, abriendo un ancho surco en aquella apiñada falange; los celosos papás que tratan de poner á cubierto las gracias de sus hijas, robándolas á las indiscretas miradas de los jóvenes que coronan en correcta formacion ambos limites de la escalera; las viejas, que llaman al gallego con voz nasal y angustiosa; los niños, que lloran porque los pisan, ó que dominados por el sueño van tropezando en todos los escalones; los reniegos de los que van á tomar el coche contra los que no les dejan llegar á él; las imprecaciones de los que esperan ir á pie, contra los coches que obstruyen la salida; las pérdidas improvisadas de alguna dama; los hallazgos repentizados de algun galan; los chascos de tal cual amador que esperaba por una escalera, mientras el objeto de sus esperanzas descendia por la otra; las curiosas glosas del drama, que se escuchan en boca de un mozo de Lavapies ó de una manola del Barquillo; aquel eterno disputar sobre si la

escena del veneno era mas bonita que la del tormento, ó si la comedia estaba en prosa ó en verso; aquel decir picardías del traidor, y salir poco satisfechos porque aunque se dice que le ahorcaron, no le vieron ahorcar; aquel comparar mentalmente al romántico galan ideal con el clásico marido efectivo; aquella rápida transición desde las imaginaciones poéticas á las prosáicas, desde la historia fingida á la historia verdadera; todos estos son objetos dignos de observacion, y tan gustosos de ver como imposibles de describir.

El teatro, en fin, vuelve á quedar en silencio, y el alcaide cierra cuidadoso las puertas del templo de la ilusion; el poeta regresa á su modesta habitacion á dormir al arrullo de los aplausos ó de los silbidos; el actor depone mantos y coronas, y toma paraguas y sombrero para dirigirse á cenar; el viento fresco de la noche disipa las quimeras en la agitada mente del espectador, y cuando éste al poner el pie en la calle piensa todavía escuchar la terrible campana de San Marcos, reconoce con placer que no es nada de esto, sino que dan las doce en el reloj de la Trinidad.

*(Febrero de 1838.)*



ESCENAS MATRITENSES.



EL RECIEN-VENIDO.

## EL REGIEN-VENIDO.

### I.

Caminando calle arriba por la de Segovia de esta corte, y siguiendo fielmente con sus plantas la línea ora recta, ora curva del arroyo; encogidas las rodillas, alta la cabeza, y las manos encajadas en las aberturas del calzon, se adelantaba paso á paso un hombre cuyas miradas codiciosas, y otras señales de estúpida admiración, daban luego á entender serle del todo nuevos los objetos que por entonces herian sus sentidos.

De contado, la rústica villanía de su traje, los groseros alpargates, su calzon corto, pardo, flojo y desco-sido, su faja de estambre, chaquetilla ó chupetin también pardo, y sombrero chato del mismo color, dejaban inferir su procedencia del riñon de Castilla, así bien como su enorme vara de fresno atravesada á la espalda, ha-

ria sospechar su profesion de traginante, si ya no la demostrasen claramente tres pollinejos y un mulo que á guisa de batidores le abrian el paso, casi escondidos entre los enormes sacos que pesaban sobre sus lomos.

Esta figura, cuyo aspecto semi-humano hubiera puesto espanto á quien la hubiera hallado en el interior de un bosque de América, dando mucho que pensar al viajero para clasificarle entre las diversas especies de mandriles, jimios, macacos y jockos, que describe Buffon, no era sin embargo nada de esto, sino una criatura casi racional, con sus tres potencias distintas, puesto que la del entendimiento, harto entumecida por falta de uso, casi casi hacia dudar de su existencia; era en fin, un ciudadano español, con sus derechos imprescriptibles y su cacho de soberania, el cual ciudadano, en prueba de estos derechos, acababa de pagarlos á la puerta por los garbanzos y judías que acarreaba. Sabía tambien hablar (que no es poco), y en la misma puerta habia declarado llamarse *Juan Algarrobo* (alias *Cochura*), y ser natural de la villa de Fontiveros, provincia de Avila, sexmo de san Juan, de edad de 25 años cumplidos en la última Navidad, de oficio arriero, y de religion católico-apostólico-romano.

Como era la vez primera que pisaba los angulosos guijarros de esta noble capital, ignoraba de todo punto la direccion de sus calles, y embebido en sus pensamientos (que tambien los solia tener á veces) dejábase guiar por su mulo, fiando al instinto de éste el conducirle á punto donde pudieran comer y reposarse.

Ya había llegado al fin de la calle, y hecho la señal de la cruz delante de la de Puertacerrada, cuando le vino á la memoria que la consigna que traía de la tierra era á la posada del *Dragon* en la Caba baja; por lo que llamando cariñosamente á sus pollinos, los encarriló hácia la puerta de un barbero, el cual viéndolos entrar así tan sin ceremonia, arremetió á las navajas, y hubiérales señalado de mano maestra, á no haberse visto interpelado por nuestro arriero, que con sombrero en mano y el *Deo gratias* de costumbre, le preguntaba las señas de la Caba baja.

Vaya el bárbaro (dijo el barbero) mucho de enhoramala, y átese en fila con sus burros para no incomodar á las gentes de bien.—Y cerró de un golpe las persianillas de su tienda, con que dejó á los recién-venidos en la misma perplejidad. El mulo, sin embargo, no debía ser lerdo y no por eso se desconcertó; antes bien dirigiendo el paso hácia una taberna, saludó con los hocicos varios platos de abadejo que á la puerta estaban, y que sin duda hubieron de parecerle bien; mas la intrépida guisandera (que por mas señas era una vizcainota gorda que se llamaba la señora *Juliana Arrevaygorregoyquirrumizaeta*) saltó de su asiento cazo en mano, y arremetiendo alternativamente, ya al mulo, ya al arriero, los echó de sus posesiones con una descarga cerrada de vocablos facciosos que tan claros fueron para el amo como para los mismos pollinos.

En magestuoso conclave reposaban tranquilos tomando el sol sentados encima de sus cubetas hasta

:

cuatro docenas de mozallones gallegos y asturianos, los cuales viendo el aturdimiento del castellano y lo fuera de razon de la vizcaina, reian hasta mas no poder, hasta que uno mas caritativo indicó al forastero que la calle que buscaba se encontraba sobre su derecha. Mas fuese que el castellano no entendiese el language de Castilla, ó que el otro se lo dijese en gallego, hubo de tomar el rábano por las hojas, y comprender que habia de seguir la calle derecha y no la derecha de la calle, con que siguió magestuosamente por toda la plaza arriba, puerta del Sol, calle de la Montera y de Fuencarral, buscando la Caba baja; verdadero emblema él y su recua de la actual generacion española caminando con igual acierto al punto término de su felicidad.

Dejo á la consideracion del lector los muchos lances, siquier grotescos, siquier trágicos y fatales, que el pobre recién-venido hubo de experimentar en tan larga travesia; hasta que viéndose ya cerca del cementerio, empezó á sospechar que no era por alli el camino de su posada. Por fin, despues de muchas preguntas y respuestas, dares y tomares, idas y venidas, tomó la vuelta de la Puerta del Sol, y al fin de dos horas cumplidas dió consigo y su comitiva en la Caba baja.

Luego que se vió en su posada, rodeado de racionales é irracionales compatriotas, despachado en comun mesa un razonable pienso de menudos y pimientos, amen de la cebada y la paja que con noble generosidad cedió á los pollinejos, hechos cuatro mimos á estos en señal de buena amistad, y cambiadas cuatro interjccio-

nes machos con el mozo de la posada, acomodó sus alforjas y su manta en un rincón del último piso, y cedió al sueño los cansados miembros, quiero decir, que se durmió, sin dársele un ardite de la crisis ministerial ni de toda la demas batahola que por entonces traía alborotada á la corte.

## II.

Aquella noche como las demas, despues de la cena habíase dispuesto por la noble compañía que ocupaba la posada una partidilla honrada de *truquiflor* y *se-cansa*, interpolada de sendos tragos de lo tinto, y amenizada con el agradable ruido de una alegre conversacion. Admitióse tambien en la rueda con notables muestras de benevolencia al recién-venido Avilés, ayudándole á fuer de franqueza y amistad á desechar el empacho que sin duda debia imponerle aquella nueva sociedad; con que muy luego se olvidó de todo punto que estaba en Madrid, y trasladóse en imaginacion á aquel ameno establo donde sus ojos vieron la primera material luz.

Tan engolfado iba estando en la partida, y tan sin penas ni desconcierto dejaba rodar sobre la mesa las

medallas segovianas, que hubo de llamar la atención de un viejo provector y cari-acontecido que observaba aquella escena desde un ángulo de la mesa; el cual viejo no era nada menos que un honrado ordinario de Salamanca, el *tio Facó*, hombre de bien y chapado á la antigua, que solia pasar su vida en el espacio que media entre el Rollo del Tormes y la puente Segoviana; acarreador perpétuo de trigo candeal y de garbanzos de Cuarto de Armuña, de teólogos y filósofos en embrión, grandes guitarristas y futuras notabilidades del púlpito y del foro. Con lo cual y la buena ayuda de su entendimiento, habia llegado á ser un horroroso latino, como que sabia de memoria desde el *Musa Musa* hasta el *X et Zeta*, y todos teníanle por hombre ademas prudente y sabidor, y aun hubo tiempos en que casi casi se vió espuesto á ser, como quien nada dice, sacristan de Calvarrasa.

Sea de ello lo que quiera, este tal Facó tenia como queda dicho á su cargo hasta un par de galeras que hacian periódicamente el viage de Salamanca á Madrid, y como saben muy bien los que tal viage hubieren hecho, es cosa consiguiente el pasar por la villa de Fontiveros, y siéndolo era preciso que el *tio Facó* hubiese en ella conocido á nuestro Juan Algarrobo, alias *Cochura*; siendo esto tan cierto, que varias veces se cruzaron en el camino y cambiaron las botas, ó se dirigieron de comun acuerdo á casa del Juan á herrar una mula, ó á arreglar las varas de la galera; razones todas mas que poderosas para tener y sostener una razonable amistad.

Conoció, pues, el viejo Facó que era la ocasion llegada de aventurar algunos paternales consejos á aquel incauto pajaruco caido voluntariamente y por primera vez en las sutiles redes de la corte, y asi llamándole aparte y llevándole á un rincon del zaquizami, escupió dos veces ó tres, hizole sentar, y le habló de esta manera.

—Amigo Juancho, ya tú sabes las obligaciones que nos debemos, como paisanos que somos y como amigos, y lo mucho que nos queremos tu madre Forosa y yo; asi que no estrañarás que venga aqui á ocupar su lugar y á darte consejos que en esa tu edad y en esta villa, luego luego habrás menester. Escúchame, pues, atento, sin jugar con la faja, ni mirar á los dedos, y clava en el magin todo lo que de mí oyeres, que dia vendrá, y no está lejos, en que lo recuerdes con agradecimiento, y pagues con él al viejo que te está hablando.

Has llegado, Juancho, á un lugar en que la precaucion y el consejo son necesarios para no perder un hombre el juicio escaso que Dios le dió; lugar en cuyas calles se aprende mas ciencia que la que enseñan nuestros doctores salamanquinos á los que frecuentan sus escuelas: lugar en que los chicos son bachilleres, las mugeres lincenciadas, y doctores los hombres, sin mas gramática que la parda, ni otras borlas ni mucetas que un poco de garabato en los ojos y en el pico. Con esto, y un exterior amable y lisonjero, tienen en sí la ciencia suficiente para enseñar al forastero lo que ellos llamau

cortesania, y hacerle conocer que es á su lado ciencia inútil toda la que contienen sus libros. Pero no creas Juancho, que tan benéfica pasantía se dispensa aqui *gratis et amore* y sin su correspondiente por qué. Colegio es este en que mas que en los *mayores* pelagra el bolsillo, y cuenta, si su apetecida beca no nos cuesta tambien la salud de cuerpo y ánima.

Quiérote decir todo esto porque sepas á punto fijo á qué lugar te han traído tus pecados ó tu codicia, que quedará satisfecha si lograres vender algunos reales mas caros esos frutos que acarreas, y no tomará en cuenta los peligros á que te esponen en semejante expedicion tu entendimiento ralo, tu memoria torpe, y lo arriesgado y simple de tu voluntad.

Esto supuesto, desconfiarás, Juancho, de tí propio y de los demas, hasta aquel grado que es lícito desconfiar, no tomándolo todo por el peor lado, ni echando juicios temerarios de que tu conciencia haya de acusarte, sino suspendiendo por lo menos el tuyo hasta cerciorarte de ser verdad lo que se te dice y aun aquello mismo que por tus ojos vieres y palpares con tus manos.

Recelaráste de los amigos fáciles, y que te hallares como suele decirse por bajo del pie, que no es fruta la amistad que nace espontánea, sino á fuerza de cultivo logra estender y hacer frondosas sus ramas. Todos en la corte te harán risueño el semblante; todos llamaránse tus amigos, si te vieren inocente y no poco dadivoso y desprendido; pero á vuelta de tus es-

paldas reiranse muy luego de tu mentecatez, y holgaránse con tus favores para mejor burlarse de ti.

A cada paso que dés hallarás gentes de tu condicion, de tu pais, y aun de tu parentela, que en este laberinto de la corte todas vienen á ser confundidas, por lo que habrás oido decir aquel dicho «*Madrid, patria comun, tierra de amigos.*» Aqui hallarás en efecto muchos ó mas sutiles, ó mas experimentados que tú, que te brindarán con sus consejos, te darán la mano en tus especulaciones y tratos, y llenarán con nuevos proyectos tu cabeza de dudas, tu pecho de codicia y de ambicion. Huye, amado Juancho, huye esas relaciones peligrosas, y si aprecias tu tranquilidad no des oidos á consejos pérfidos de los que sobre tu ruina piensan levantar el edificio de sus medros.

Ni faltará tampoco á tentar tu flaqueza en esta cueva de los vicios aquella formidable enemiga de los humanos, la lujuria, que aqui en este lugar tiene su principal asiento y trono; y quiérola llamar por su nombre para que no vayas á confundirla, Juancho, con aquel otro amor sencillo y honrado de nuestras aldeas; no, otros son sus colores, y preciso te será aprender á distinguirlos. No fies, por de pronto, en los halagos que alguna de estas encantadoras te prodigue á tu paso; ni escuches sus ruegos; ni creas de sus palabras; pues que ni tu figura está hecha para enamorar de un tiro, ni aunque fueras el mismo Adonis (de lo que distas muy bastante), seriate licito ni conveniente creerlo asi.

No juegues juegos de azar, que no es bien arriesgar

á una sota el fruto de nuestro trabajo, y si alguna vez lo hicieres, cuenta que no es el azar tu solo enemigo, sino la mayor ciencia de tus compañeros, que en esto del juego los hay grandes profetas en la corte para predecir y acertar á quien le ha de favorecer el albur.

No compres género que no conozcas, ni creas todo lo que vieres, ni te pares en todos los corrillos, ni quieras informarte de lo que nada te importa. Advierte que llevas en el semblante el sobrescrito de la villanesca simplicidad, y que de ella viven muchos de los entonados mercaderes y caballeros de la corte.

Cuando salgas á la calle procura seguir tu camino derecho y sin tropiezos ni atajos peligrosos; no disputes sobre el paso, ni armes quimeras de preferencia ó por consecuencia de tu incivilidad; cuenta que es cierto aquel refran del «gallo que canta en su gallinero,» y tú eres de otro corral, y á cualquiera lance no faltarán gallinas que te desplumen.

No des tu dinero á préstamo por alto que sea el interés, á menos que no te convenga ganarlo en el cielo; ni entres en mas negocios de los que por tí puedas manejar; y advierte que lo que en otros ves motivo de engrandecimiento y riqueza, serialo en tu nimia comprension de completa ruina; que el talento, Juancho, es el capital mas positivo, aunque á las veces suele ganarle por la mano esto que llaman la fortuna.

Tú, en fin, harás y procederás con buen consejo pi-diéndolo al cielo en aquellos casos en que mas te vieres apurado, que el Señor es verdadero amigo que nunca en-

gaña , ni se hace el sordo cuando de buena fe se llega á implorar su auxilio. Y ora callo , aunque mucho mas pudiera decirte , á ley de anciano , y en fuerza del cariño que te profeso; pero veo que perderia el tiempo en esta ocasion , ó acaso acaso la daria para que tú reconciliaras mejor el sueño que preparas al arrullo de mis consejos.—

Y asi era la verdad, que el buen Juancho, en quien la voluntad, como queda dicho, era lo mas, escuchó atentamente y sin pestañear la primera parte del discurso de Facó, hasta aquel punto en que remontando este un tanto su vuelo, llegó á oscurecerse del todo á la vista de aquel, por lo cual dando licencia á los párpados, aunque parecia aprobar mudamente con las inclinaciones frecuentes de cabeza, no era otra cosa en realidad sino que á la sazón dormia un sueño mas que medianamente reposado, en tanto que el consejero trashumante esforzaba sus últimas razones para pintarle los peligros de Madrid.

## III.

Otro día por la mañana salió Juancho á acompañar y despedir al tío Facó que regresaba á su tierra, y luego que le hubo dejado mas allá de Aravaca, rico de advertencias y consejos que por el camino le había ido aquel repitiendo, volvió á entrar en Madrid; deseoso aunque no fuera mas que por curiosidad de conocer y desafiar esos lazos y peligros que su viejo consejero le había tanto encarecido.

Como era tan de mañana, parecióle bien entrar á misa en la primera iglesia que topara, con lo cual pensaba santificar el día, y prepararse con nuevas armas á sufrir los combates que ya empezaba á barruntar. Pero el diablo, que no duerme, y por consecuencia madruga aun mas que un arriero, hubo de escuchar este propósito, y prometerse allá en su interior jugar una morisqueta al buen Cochura.

Dispuso, pues, para ello, que el sacristan de Santa Maria (que fue la iglesia á donde aquel se dirigió) se hubiese dormido alguna cosa mas aquella mañana, con que la puerta permanecia aun cerrada; visto lo cual por Juancho, se determinó á esperar hasta que abriesen pa-

ra oír la primera misa. Con esta intención habíase sentado descansadamente en la escalera de piedra que sube á la iglesia, cuando de allí á un rato acertó á pasar un hombre de equívoca catadura, que fijando sus ojos en aquel descansado villano, como quien quería conocerle, compuso y compungió su semblante, y vino á él con amabilidad, saludándole cortesmente. Tomando luego la palabra, extrañó que aun no estuviese abierto el templo, y manifestó su intención, igual á la de Juancho, de escuchar la primera misa, cosa que todas las mañanas hacia, según dijo. Seguidamente, como reparando en su traje y acento, informóse del forastero de qué lugar era, y luego que hubo dicho de Fontiveros, empezó á contar aventuras que en él le habían acontecido, y á relatar grandezas de aquella tierra, y lo mismo hubiera sido si le hubiesen nombrado la China, puesto que ni una ni otra éranle absolutamente conocidas.

El simple Juancho contestaba á todas las preguntas con gran espontaneidad, en términos que á los pocos minutos sabía el interpelante tanto como él mismo de su objeto en venir á la corte, su condición, carácter y demás circunstancias. Creció con esto la franqueza y correspondencia entre los dos *paisanos*, que así se llamaban ya, y tanto se engolfaron en su plática, y tanto por otro lado tardaba en abrirse la iglesia, que el dialogante propuso á Juancho una vueltecita por detrás del Consejo, con que harían un rato de ejercicio, y de paso le mostraría aquella parte más antigua de Madrid que llaman *la Morería*, en donde á la sazón dijo haberse ha-

llado indicios mas que medianos de cuantiosos tesoros allí escondidos por los pícaros moros, en cuyo descubrimiento se ocupaban entonces todos los vecinos de aquel barrio, y quizás quizás pudieran ellos llegar tan á punto que les viniera á tocar una buena tarja en el reparto.

Creyóselo todo el inocente Juan al pie de la letra, con lo cual los dos compadres se dirigieron por aquellos sitios solitarios hácia el punto en donde decian hallarse el tesoro, y en llegando á lo mas apartado y escabroso, —«Esta en que ahora entramos (dijo el madrileño) sepa vuesa merced que es llamada la *Cuesta de los ciegos*; aunque mas de cuatro han visto en ella lo que no querian; y supuesto que á ella hemos llegado, y supuesto tambien que á la ocasion la pintan calva, vuesa merced, señor castellano, se servirá de darme todo aquello que en su cinto le huela á moneda, que estos son los tesoros árabes que en semejantes sitios solemos buscar los inteligentes.»—

Pasmado se quedó nuestro arriero al escuchar aquella apóstrofe inaudita, cuya esplicacion dudosa al pronto, le fue luego mas clara á la vista de una enorme navaja de cachas, desenvuelta en las manos del amigo; conque no tuvo otro remedio sino acudir á las agujetas del calzon y desembarcar de él hasta unos veinte y siete reales que entre plata y cobre, migas de pan y puntas de cigarro, pudo llegar á reunir. Hecho lo cual, el burlador saludó irónicamente á su víctima, y desapareció, dejándole entregado á sus tristes reflexiones.

No era malo el aviso para primero, pero no por eso

Juancho se desanimó, antes bien achacándolo á la casualidad antes que á su propia simpleza, determinó en adelante no andar, sino reunido con los amigos que ya habia grangeado en la posada. Dirigióse, pues, á ella, y les contó su mala andanza, de la que no poco se holgaron, prometiéndose continuar enseñándole á despavilar los sentidos. Propusieronle trasladarse á almorzar á un famoso figon que estaba allí cerca, y el mas grave se acomodó al lado de Juan como para aconsejarle todos sus movimientos. Comieron y bebieron como era de esperar, á la salud del recién-venido, y luego de satisfechos, fueron desapareciendo, dejándole solo con el ama de la posada, la cual con corteses modales le intimó el pago del gasto que montaba hasta diez y ocho reales y catorce mrs., satisfaccion á que Juancho no pudo negarse, por ser, segun le habia dicho su Mentor, ordinario agasajo y deber prescrito á los forasteros recién llegados, el convidar á los que gustan de acompañarles.

Estando otro dia en el mercado con su saco de garbanzos por delante, llegó á él un caballero bien portado seguido de un mozo, el cual caballero, mirado que hubo en la mano la calidad de los garbanzos y calculado sin duda con la vista la del mozo que los vendia, entró luego en ajuste en que muy pronto se convinieron, diciéndole.—«Déselos á ese mi criado que él los conducirá acompañándole usted á donde le sean satisfechos.»—Acordóse en este instante Juan del lance del tesoro, y cosiéndose de todo punto al lado del mozo conductor, determinó no perder su pista, como así lo ve-

rificó, hasta llegar á una casa, en que subiendo uno tras otro la escalera, llegaron á un callejon en donde dijo el mozo á Juan que mientras llamaba á la puerta esperase de la parte de afuera. Siguió en esto por el callejon adelante, y pasáronse minutos y minutos, y luego horas y horas, y el mozo ni el dinero no parecian; conque alarmado un si es no es el castellano, siguió por el mismo callejon, y dió consigo en otra escalera que comunicaba á distinta calle; esto le dió sospechas, llamó á todas las puertas, nadie le daba razon, antes bien le tenian por impertinente, y echábanle fuera con malos modos; hasta que tropezó con unos chicos que le dijeron que hacia ya dos horas que habian visto bajar por aquella escalera al mozo cargado con el costal, con lo cual no dudó ya de su mala ventura, y pelóse las barbas, y torcióse los puños, derramando unos lagrimones como nube de agosto, y haciendo unos gestos que dieron no poco que reir á todos los chicos del barrio.

Cabizbajo y meditabundo regresaba nuestro Cochura á la posada, cuando vino á herir sus ojos un objeto que alegró su corazon, hizo nacer su esperanza, y borró con húmeda esponja todos los negros colores de su tétrica imaginacion. Como llevaba fijados los ojos en el suelo, parecióle ver relucir entre las piedras una cosa que primero se le antojó cristal, luego boton, luego medalla, hasta que conoció claramente ser un escudo de á ocho que por acaso alguno debió dejar caer en el suelo.

No salta con tanta rapidez el emboscado gato á la súbita presencia del tímido ratoncillo, como el aventu-

do Juancho se abalanzó con todos sus sentidos á apoderarse de aquel inesperado presente; pero por mucha que fue su prisa, no pudo evitar el que otro hombre (que sin duda estaba allí de intento) adivinando su intencion corriese simultáneamente al mismo punto y pusiese mano á la moneda en el mismo punto en que Juancho la tocaba tambien. Encontráronse, pues, ambas cabezas con un choque nada comun, aunque con pérdida del desconocido, por la mayor solidez de la de Juan; encontráronse los dedos agarrando cada cual por su lado la medalla; encontráronse en fin las malas razones sobre la propiedad respectiva de ella. Cada cual alegaba las suyas, cada cual decia haberla descubierto antes, cada cual lo echaba á mala parte y parecia disponerse defender su conquista. A las voces acuden varios curiosos, y uno de ellos, llamado de encargo, se erige en nuevo Salomon, y oidas las partes manda dividir aquel tesoro; conviéndose en ello; dá Juan á su contrario cuatro pesos en plata, mitad del hallazgo, y marcha brincando á su posada con la medalla original. Quiere sin embargo, cambiarla, para atender á sus menesteres, entra en un estanquillo á comprar unos cigarros; el cigarrero la mira y la pesa, la prueba, la ensaya y rasguña, y echando sobre el inocente Juan una mirada de indignacion:—«Pícaro labriego (le dice), ¿á mí me vienes con moneditas falsas? ahora verás lo que hago con ella, y cuenta con tu lengua no la suceda la propio.»—Y sin mas preliminar agarra en una mano un clavo, en otra el martillo, y clava la moneda en el mostrador, á vista y

no con paciencia del desesperado Juan, que hasta entonces no reconoció todo el embuste del hallazgo, de la disputa, y del juicio del reparto.

#### IV.

Estos y otros semejantes lances enseñaron en fin á Juan á recelar de todos los hombres, en términos que huía de su encuentro y pareciale ver en cada uno un enemigo nato de su bolsillo y seguridad. Pero al fin era un ser humano, hecho para vivir en esta que llamamos sociedad, y no podia por lo tanto pasarse sin el humano trato y comunicacion.

Una tarde entre otras, que se habia engolfado en las vueltas y revueltas del famoso cuartel de *Lavapiés*, buscando en la humildad de sus casas alguna analogía con la de su villa natal, vió sentadas á la puerta de una de ellas, dos figuras, aunque de igual sexo, de bien distinto aspecto y catadura.

Era la una, vieja, arrugada y mezquina; con sus tocas por la cabeza, las manos en el rosario, y los ojos clavados en el suelo; parecia la otra moza como de veinte y dos, esbelta y rozagante, con su zagalejo corto, mantilla de tira echada á la espalda, peineta terciada y cesto de

trenzas en la cabeza. Mirando á la primera, enfermá-  
ra de espanto el pecho mas valiente y denodado; consi-  
derada la segunda, tembláran las rodillas mas sólidas y  
robustas. Juan, como era de pensar, apartó rápida-  
mente los ojos de la vieja, y descansólos un breve rato  
en la moza, y ya el aspecto de esta iba empezando á  
obrar una revolucion completa en su físico interior,  
cuando creció de todo punto su turbacion viéndola de-  
jar su silla precipitada, y correr á él con los brazos  
abiertos, diciéndole.

—«Juancho, Juancho, el mi borrego, el mi pachon;  
¿quién diablos te ha traído por esta tierra de Madril?  
Mírame bien, ¿no me conoces? ¿no te acuerdas de  
*Carmela*, la hija de la tia Ursula y del tio Pepon, nieta  
de *Traga cepillos* el sacristan? ¿Te acuerdas de cuan-  
do jugábamos juntos en el corral del tio *Purgatorio*,  
y aquella tarde que matamos todas las gallinas de la  
ama del cura? ¿te acuerdas? ¡bobon...!»—

Y dábale cariñosamente en la barba con la punta de  
los dedos, y Juan con una cara risueña y como bur-  
ra delante del prado, nada respondía, sino estábala  
mirando todo embelesado y suspenso, y así acertaba á  
hablar como si tuviera pegada la lengua.

La buena vieja que permanecía sentada ocupada  
con su rosario, hubo de reparar en aquella escena, y  
sin levantar los ojos del suelo.—«Niña, niña (la decia),  
cuidado con lo que se hace, que en la calle estamos y  
casa hay, á Dios gracias, donde no dar que decir: deja,  
deja á ese mozo, y no le encandiles, que aqui á nadie se

obliga á nada, y únicamente se sirve á los que lo piden, con amor y buena voluntad como Dios manda.»—

—Déjeme V., madre Claudia, decia la muchacha, déjeme V. que le hable, que es muy querido mio y de mi mismo pueblo, para servir á Dios y á mí, y en un tris estuvo el que hubiéramos sido matrimonio, á no ser por aquel pícaro de don Luis el estudiante, que me sonsacó y me llevó consigo á Salamanca.»—

A todo esto ya habia vuelto Juan de su letargo y reconocido puntualmente á su antigua propincua, la que con licencia de la vieja le entró en la casa, donde á vuelta de un par de copas de aguardiente le contó toda su historia, que era por manera entretenida, desde que salió de Fontiveros á cursar á Salamanca, hasta graduarse de doctora en el Lavapies de Madrid.

Y estando en esto entró por la puerta adelante y con determinada franqueza un hombre que luego al punto reconoció Juan por aquel que le habia enseñado el tesoro de la Morería. Empezó á temblar como un azogado, figurándose que ya le veia con la de las cachas en la mano; pero Carmela que conoció su turbacion, mandó al otro con imperio que se saliese á la calle, y que fuese á esperarla á la taberna de enfrente. Hizo ademan de obedecerla, y ya empezaba Juan á respirar á sus anchuras, cuando en esto un «¡Dios nos asista!» pronunciado enérgicamente por la vieja que se habia quedado de la parte afuera, vino á interrumpir de nuevo aquel duo casi casi en el momento de empezar el alegre.

—«¿Qué es eso? exclamó rápidamente la moza, asomando la linda faz á la puerta de entrada.

—Nada, nada prenda (dijo un hombre vetusto y cuadrado con su baston de puño blanco en la mano, señal de autoridad); no hay que asustarse que no hay para qué; todos somos conocidos, y VV. muy particularmente de todo el barrio: aqui no hay mas sino venir yo en busca de este pájaro que de aqui salia, y que hace ya dias buscaba la justicia por estafador y bribon de á folio; en cuanto á VV. todo el mal será por de pronto el mudar de habitacion, y seguirme con los demas presentes á la de la villa, en donde podrán á su sabor proseguir la pláctica comenzada.—

Aqui fueron los inútiles gritos de la vieja, las lágrimas poderosas de la moza, los juramentos del galan fantasma, los berridos de Juan Cochura; pero de nada sirvieron; antes bien formando armonioso grupo de vieja hechizera, muger falsa, espia, víctima, corchetes, guardas y acompañamiento propio de un drama romántico, fueron todos conducidos á la casa comun, de la cual á vuelta de algunos meses, sustanciada la causa y desustanciado el Juancho, pudo salir al aire libre y regresar á su pueblo, donde era cosa de oirle contar sus aventuras de recién-venido en la corte, en esta que suelen llamar *la patria comun, la tierra de amigos.*

(Agosto de 1838.)

## LA ESPOSICION DE PINTURAS.

*«Anch' io son pittore.»*

Correggio.

Al estampar el título de este discurso, ya veo mentalmente á mis lectores abrirme paso y dejarme marchar delante, con la intencion sin duda, de recorrer conmigo las salas de la Academia, y escuchar benévolutamente las observaciones críticas que sobre cada cuadro haya de estampar en mi cartera. Veo tambien á los artistas y aficionados torcer el gesto, y formar corro enfrente de mí, como demostrando desconfianza de mi pobre opinion, y aguardando que la someta á la suya inteligente. Escucho tambien las insinuaciones de los amigos de los enemigos, y de los enemigos de los amigos, que quieren piadosamente intercalar entre renglones de mi discurso los suyos propios, y aspiran á convencerme con el piadoso objeto de que yo convenza á los demas de lo que ellos

no están convencidos... Los unos me intiman magistralmente la superioridad de tal cuadro... los otros me escitan la bilis sobre la incongruencia del otro. . . cual quiere que empiece por el orden cronológico ó de antigüedad; cuál por el de títulos académicos; aquel aboga por las composiciones históricas; este por las descriptivas y pictorescas; y estotro, en fin, por las comparables, y de *d' apres nature*...

Alto allá, señores míos, que no todo ha de ser para ellos. Vuestas mercedes me perdonarán por hoy, pero no puedo servirles como quisiera, porque no traigo bastante provision de elogios en el tintero. Dia vendrá, y no está lejos, en que componga su licor con arabesca goma y azucar cristalizado, y entonces me tendrán al su mandar para hablar de sus producciones con aquel entusiasmo que es del caso... Lo que es por hoy no vengo á ver la esposicion, sino á tomar parte en ella; quiero decirles que *yo tambien soy pintor* (si no lo han por enojo) y en prueba de ello—zis... zas...—Y abrí mi envoltorio, desarrollé mi lienzo, y se le presenté con el debido respeto á la comision revisora de profesores, permanente en el entresuelo de aquel templo de la inmortalidad.

Y como espero que la decision de aquel artístico jurado habrá sido favorable, y habrá acordado esponer al público la dicha obrilla de mi débil pincel, paréceme del caso dar aquí á mis lectores el testo ó programa de ella, con las convenientes notas y ampliaciones para que los menos inteligentes puedan comprenderla.

Mi cuadro representa el interior de un noble edificio que en tiempos atrás construyó un célebre arquitecto llamado *Ribera*, á quien estamos convenidos en apellidar *oprobio del arte*, porque hizo cosas que no estaban escritas en Vitrubio ni en Paladio; y cuya sombra, picada contra los diarios anatemas que resuenan contra él en aquella casa, responde, no se diga victoriosamente, con la casa misma, y aun se ríe de los que se ríen de él, y de muchas obras modernas, escondiéndose entre los caprichosos follages de la fachada del Hospicio.

En cuanto al edificio que representa mi cuadro, fue construido con destino á *Estanco del Tabaco*, hasta que el señor D. Carlos III (de gloriosa memoria), dispuso estancar en él cosa de mas interés, reuniendo para ello con la mejor intencion «*naturaleza y arte bajo un techo*» como dice la inscripcion de la puerta, con lo cual y desde entonces permanecen allí estancadas, estrechas y sin poder medrar. Pero volvamos á mi lienzo.

Un patio cuadrilátero y á cielo abierto, forma su primer término (porque es de advertir que este mi cuadro no pertenece á la escuela clásica, antes bien es un mosaico de grupos y perspectivas que de término en término le hacen interminable.) Véanse en el dicho patio colocados al aire libre, y como desafiando las iras del cielo, diversas pinturas... pero no; las pinturas de los otros no se ven en la mia, porque de intento he procurado yo estender la sombra, allí donde aquellas deberian estar colocadas. Solo se ve, pues, el piso plano, reflejado perpendicularmente por la luz de mi paleta, y un pueblo nume-

roso, que viene, que va, que entra, que sale, que habla, que mira, que rie, que bulle, que tose, que murmura, que confunde, en fin, y arrebatada la vista del espectador. Si éste sigue con ella los demas puntos terminos del cuadro, hallaráse alternativamente con los dobles ramales de una magnífica escalera, con pisos bajos y altos, salas estrechas y espaciosas, callejones y galerias al Norte, al Sur, á Levante y Poniente; cuales diáfanas y transparentes; cuales sombrías y misteriosas, segun su respectiva situacion; pero todas ellas cubiertas de pinturas sus paredes, de pueblo numeroso su pavimento.

Supongo al espectador colocado en el sitio que ocupan los cuadros... Es claro que no puede ver estos.—Pues entonces ¿qué es lo que ve?—Ya he dicho que verá el mio.

Abran los ojos y miren, y aunque al principio se ofusquen con la confusion de mi brocha desaliñada, ya irán buscándo las luces, y colocándose á la distancia conveniente para abrazar el conjunto.

Ese corro que ven VV. ahí á la izquierda, de figuras llenas de vida y espresion, es el *circulo inteligente*; el mismo que distribuye y niega las reputaciones artisticas. Compónese de maestros jubilados del arte, y antiguos aficionados que acostumbraban á ir con Goya á los toros, y por consecuencia son muy conocedores en pintura: gente vetusta y poco pintoresca en sus personas, malos contornos, peor espresion, y rematado colorido, como que el que menos cuenta seis decenas debajo del peluquin. Si pudiéramos escuchar lo que parecen decir,

verian VV. como luego sacaban la conversacion de Roma y de Bolonia, adonde fueron, y de donde volvieron hechos unos Rafaeles (vamos al decir), y llenas las cabezas de Marco Antonios y Cleopatras, y Danaes y Mercurios, y Rómulos y Coriolanos; con aquellas caras y aposturas de dolor artistico, y de amor ó de alegría arreglados á escala romana; aquellos pliegues cuidadosos como los de sobrepelliz cardenalicia; aquellas cielos en que no es facil averiguar que hora es; aquellos muslos, aquellos brazos contorneados y puestos allí de intento como diciendo «miradme;» aquel colorido arreglado á receta, y en que no se atreveria á entrar un dracma ni de menos ni de mas; aquella accion, en fin, tan única, é indivisible como la república francesa.

Miren VV. allá mas abajo reproducido el mismo grupo, que marcha en convoy, y se ha parado delante de un cuadro nuevamente espuesto, que sin duda debe pertenecer á algun artista de diversa comunión. Ahora ya no hablan de la vieja escuela; hablan, sí, de la nueva, y echan sus ojeadas oblicuas al lienzo, y sonrien y manotean, y señalan con el dedo, y algunos mas decididos hacen como que dibujan ó contornean con él, segun su estilo, lo que le falta ó le sobra á la pintura representada; y otros mas serios suspiran y fruncen el gesto como lamentándose de la profanacion del arte; y por último, aquellos de mas allá parecen contemporizar diciendo—*«Es buen muchacho el autor.... tiene chispa.... promete bastante... sino estuviera viciado... Y con estas ó semejantes espresiones ábrense paso por en medio*

de la concurrencia que se apresura á admirar el cuadro, y dejan escapar sobre aquella y sobre este una mirada alternativa de compasion y de desprecio.

¶ Pues volvamos la cabeza á ese otro círculo mas agitado que observa al primero... Repárenles VV. bien... Sombreritos ladeados, levitines románticos, barbas y melenas... edad entre los veinte y los treinta, fruta de este siglo inquieto y mercurial... charla sempiterna, mucha espresion de ojos... mucho manoteo... mucha risotada...; pues esa es la España artística del dia, quiero decir, el círculo nuevo, la escuela flamante, idólatra de las almenas y puentes levadizos; de las aceradas cotas y del blanquísimo cendal; que solo acierta á ver á la pálida luz de la luna; que solo sueña escenas terroríficas, combates horribles, adulterios y asesinatos; que ilumina sus cuadros al resplandor de las llamas que consumen la ciudad, del rayo que rasga las nubes, ó á la trémula luz de la lámpara sepulcral. Ellos, esos jovencitos alegres y bulliciosos, son los que nos trasladan al lienzo los rostros patibularios, las sonrisas infernales, *la abominacion de la desolacion*; que gozan y se recrean en colocar la sanguinosa daga en el seno de la inocente virgen, ó salpicar de sangre el desgarrado manto de la matrona; que ponen en las manos del héroe el desnudo puñal ó la fatídica pistola, al ave agorera sobre las ventanas labradas del palacio, ó las borrascosas olas batiendo las rotas murallas del castillo feudal.

¶ Pero apartemos la vista de tan singulares escenas, y descendamos á esta sociedad práctica y positiva, prosái-

ca y risueña, bulliciosa y amiga de sensaciones de todos géneros... Busquémosla, por ejemplo, en aquel triunvirato de bellezas que se adelanta de frente, contemplando con igual indiferencia las románticas catástrofes y la clásica beatitud... Para ellas y para el numeroso séquito de apasionados que las rodean, en vano Murillo adivinó la pureza virginal del rostro de la madre de Dios; en vano Velazquez sorprendió el secreto de la naturaleza; en vano Rivera trasladó sus dolores y su mas violento padecer.

—¡Ay Jesus! mamá, qué cuadro tan asqueroso... yo no sé porque le miran tanto... no parece sino que Murillo había sido practicante de algun hospital (y esto lo dicen tapándose las narices y apartando la vista del magnifico lienzo de Santa Isabel).

—Por cierto, (exclama alguno de aquellos celosos almirarados) que estos españoles antiguos no sabian pintar mas que santos y mendigos.

—Sin duda debian de ser muy feos nuestros pasados (prorumpo otro como creyendo decir un chiste), porque todas las caras que nos representan sus pinceles son tan inverosímiles que hacen horror.

—Si hubieran tenido delante (replica el primero) los modelos que nosotros alcanzamos la fortuna de mirar...

—¡Ah.... ah.... ah....! (interrumpen riendo las señoritas), vaya Carlitos, que no pierde V. ocasion de hacer un agasajo.

(Y el mozo se contonea y se arregla la corbata, y pasa su anteado guante por entre los rizos de sus melenas.)

—A propósito de bellezas (dice otro), y dejando estos santos en su paraiso, vean VV. ese hermosísimo rostro que delante tenemos, trasladado con verdad de un mas hermoso original.... ¿No la conocen VV.? ¡Qué magestad! ¡qué nobleza! ¡qué transparencia de tez! ¡qué perfeccion de facciones!

—Cierto, don Enrique, (una de las bellezas interrumpe picada al orador) cierto que es muy hermosa; pero lo es mas en el retrato que en el original... ya ve V.... no era el leon el pintor....

—Señorita...

—¿Pues no ve V. esos labios y ese pecho, y...? luego, que yo no me acuerdo de haberla visto ese vestido tan elegante; y ademas que tampoco el peinado está de moda.

—¡Oh! pues entonces no hay mas que hablar, Enrique; Matildita tiene razon, y yo no sé como tú puedes alabar...

—Señoras, no es decir que... pero yo solo hablaba de la pintura.

—Vamos, vamos de aqui, niñas (grita la vieja): ¡ay Jesus! y qué empujones, y qué mal olor... ¿Por qué dejarán entrar á estas gentes en la Academia?

—A la verdad (replica un mancebo), que no será por falta de *originales*.

(Y dirialo sin duda por aquella falange de Alcorconeros que alli aparece, los cuales, como amigos de las artes, han venido á dar un vistazo á la Academia, mientras otros, sus compañeros, arreglan el puesto para la

venta en la feria de sus obras de escultura de cocina.

—«Míala, míala, que garrida y que frescachona está... el dimoño me lleve sino es la virgen.

—La virgen es, que tien una cosa á manera de rosario en el pecho y toa la mano llena de sortijas: ¡ay quien la levára á nuestro señor cura...

—Calla, bruto, que pue que mos oiga algún alcalde, y luego coja y mos embargue los pucheros, que por menos suelen hacerlo estos señores de Madril.

—Abate el otro que bigotes tiene y que uniforme tan majo y tan... apostaria que es aquel comendante que antañazo pasó por el puebro en busca de las ficciones...

—¡Quia é ser, si aquel corria como un gamo y á esto tro no se le ven las piernas!

—¿Y qué hacen ahí esos flaires con sus capuchas... ¿pues no hician que los han distinguio...?

—Calla, tonto, si estos son como aquellos que hay en la iglesia del puebro, que se están siempre quietos y no tienen mas que sus presonas... por eso no les han quitao...»

Y por este estilo siguen sus comentarios, marchando en columna cerrada por todas las salas, cogidos de las manos, la nariz al viento, los ojos y la boca de par en par... Lo que mas suele incomodarles es que los cedadores de las salas no les dejen tocar los cuadros; pero siempre que miran algun retrato de señora se persignan y dan golpes de pecho y miran en derredor como buscando la pila del agua bendita.

Imposible seria seguir este armonioso cuadro en todos sus infinitos detalles; en el patio como en la escalera, en las salas como en los callejones, la misma animacion, el mismo movimiento, iguales preguntas, respuestas semejantes.

Ya es un honrado mercader con su levita cumplida y reluciente, paño de Tarrasa tinto en lana, fruta del almacen, que se pasma y estasia delante de las miniaturas de la sala baja, y de las infinitas traducciones libres del *Cuadro de las lanzas y el Pastor de la Cabra*, ordinario pasatiempo de los nuevos aficionados; y en tanto que admira el primor imitativo del pincel, no siente ni echa de ver que otro ingenio precoz le saca con mucho cuidado el pañuelo del bolsillo; itemas, la caja del tabaco, y un melocoton que le habian regalado en la feria.

O bien es un abuelo veterano, ex-individuo de no sé que ex-cuerpo, que conducido diestramente por una nietecilla de quince abriles, linda como una esperanza, se pára de pronto sorprendido y petrificado delante de una cabeza da Medusa, dibujada al lapiz, y elegantemente encuadrada en laboreado marco, por bajo del cual se ve esta patética dedicatoria:

A su amado abuelo  
dedica esta cabeza de Medusa  
su nieta

Falanita.

Ya se escucha un refuerzo saliente al confuso bisbiseo de la conversacion general, y lo produce el encuentro casual dispuesto en la tertulia de la noche anterior, entre dos lindas bailadoras y sus dos parejas de cotillon; los cuales se deshacen á cumplimientos con los esposos respectivos que marchan á distancia; y les hablan con entusiasmo del claro oscuro y de los matices: y los llaman la atencion hácia un cuadro, y miran por detras de él á los originales que delante tienen; y abren paso á estos por entre la inmensa concurrencia; y se precipitan á darlas la mano y sostenerlas en la infinita combinacion de subidas y bajadas de la tal casa; y dicen pestes de sus callejones, entre tanto que debieran bendecirles...

Mas allá es un grupo de futuros ciudadanos, que lloran porque los pisan ó porque los estrujan el sombrero nuevo, y dicen que no ven, y el papá les coge en los brazos y les dice:

—«Ese que allí veis, es Alejandro, un rey muy poderoso que hubo en España en tiempo de los moros, que conquistó la Alemania, y por eso le llamaron el Magno, y cuyo sepulcro se encuentra en las Salesas nuevas al lado de la epistola.»—

Luego se escuchan las risotadas de ciertos mozalvetes que han estado haciendo anatomia de un mísero retrato de vieja, muy grave y muy circunspecto, y cuando vuelven la cabeza echan de ver que tenian por oyente al original.

Ya es un mancebo que se atusa los bigotes y se

coloca en posicion en el quicio de una ventana, procurando conservar la misma actitud que en el retrato que delante tiene, para que todos los transeuntes puedan hacer la comparacion.

Ya, en fin, es un artista que enseña los pies por entre los del caballete que sostiene su cuadro, y escucha allí á su sabor el juicio contemporáneo del pais.

«¿Han visto ustedes á la Fulanita qué bien está?

—De mi cuadro hablan (dice el pintor).

—Admirable, contesta con entusiasmo un apasionado al modelo.

—¡Valiente cabeza! (esclama el artista).

—¿Lo dice usted por mal? (contesta el amante).

—No, señor mio, antes bien digo que es un rostro muy bien pintado.

—Caballero, eso parece tener un doble sentido, y es menester que usted sepa que el rostro en cuestion no se pinta y...

—¡Cómo que no se pinta!

—No señor.

—¡Pues si la he pintado yo!»—

Toca en esto mi cuadro á su extremo término; desaparece prontamente la luz por el sencillo medio de cerrar los balcones; mirase deslizar la concurrencia agolpándose hácia el portal; quedan desiertas las salas, el patio y escalera; suenan llaves y cerrojos, y al bullicio y movimiento sucede un silencio sepulcral... No hay que

estrañarle; el reloj de la Aduana acaba de dar *las dos*, y los estatutos de la Academia *previenen* que á aquella hora se comia en tiempo del fundador.

Hé aqui mi cuadro. ¿Querrán los señores directores darle un lugarcito en la *Esposicion*?

(Setiembre de 1838.)

100

TENGO LO QUE ME BASTA.

---

*«Le peu qu' on travaille c'est pour  
parvenir á ne rien faire ne rien fai-  
re est ici le bonheur.»*

Dupati.

**T**odos los autores que han tratado de nuestra España han pretendido pintar á su manera el caracter nacional. Conviniendo casi todos, por lo regular, en nuestra poca afición al trabajo, cada cual ha motivado esta circunstancia en diferente causa. Unos, por ejemplo, dijeron, que era debida á la influencia de un clima ardiente y voluptuoso; otros á la falta de estímulo y galardón; cuál la achacó á orgulloso desden; cuál á invencible pereza.

Tambien yo he solido participar alternativamente de tan distintas opiniones; pero reflexionándolas bien y combinadas en mi imaginacion aquellas causas, me in-

:

clino á creer que las que llamamos tales, no son sino efectos, y que este vicio de nuestro caracter consiste en que no participamos de otro vicio mayor, que es el de la ambicion; sin cuyo poderoso estímulo todos los tratados morales ni las leyes civiles son y serán insuficientes para hacer al hombre transigir con la obligacion de trabajar constantemente.

Ahora bien; ¿por qué esta falta de ambicion en los españoles, cualidad escepcional que les distingue entre todos los pueblos de la moderna Europa? ¿Será acaso nacida de virtud ascética que imponga un rígido freno á los desmandados deseos del corazon? ¿Será por filosofia práctica y sincero desengaño de las ilusiones del mundo? ¿Será, en fin, por hallarse todos constituidos en tan feliz situacion que nada tengan que envidiar, nada que trabajar para conseguir?

Reflexionemos, pues, y echaremos de ver que hay algo de todo; de virtud, de filosofia, y de bienestar. Me esplicaré.

Hay algo de virtud, porque virtud es aquella dignidad del alma, que otros llamarán arrogancia, que nos hace repugnante la idea de cometer una bajeza; aquel sentimiento de amor propio que nos inclina á amar la independenciam, y nos traba la lengua si intentamos dirigir espresiones de lisonja y sumision á otro ser que miramos como igual; aquel invencible tedio con que solemos mirar toda ocupacion en que creamos ver rebajada la dignidad del hombre, toda sujecion que llegue á comprometer su preciada libertad.

Hay algo de filosofía, porque filosofía es la moderación de los deseos, y la tranquilidad del ánimo, la reducción de nuestras necesidades al menor término posible, el desprecio de los falsos oropeles, y la uniformidad sistemática, en fin, de nuestro pálido existir.

Hay algo de bienestar; porque bienestar es el hallarnos acostumbrados á la frugalidad y aun la miseria; comer con alegría el pan moreno; vivir contentos en una mezquina habitacion; envolver nuestra descuidada persona en una parda capa, y recibir sentados largas horas el gratuito beneficio de la presencia del sol.

En sociedades mas avanzadas ó mas codiciosas, los hombres se agitan continuamente para llegar á aumentar la série de sus goces, que muy luego convierten en otras tantas necesidades. Cuál riega con copioso sudor una tierra ingrata, para obligarla á producir variados frutos con que haga mas regalada su existencia; cuál modifica y combina las invenciones de las artes, para cautivar la atencion de un público exigente y caprichoso; hay quien mira blanquear prematuramente sus cabellos á impulsos de largas vigiliass, de constantes estudios, para producir una obra que asegure su inmortalidad; hay en fin, quien sueña con la idea de fijar la atencion del pais, dominar su destino, é imponer el sello de su nombre á la época en que vive.

Ninguno allí está satisfecho con lo presente; todos aspiran á mas grande porvenir; el labrador, el artesano, el comerciante, el escritor, el político; todos se sienten agujonear por una necesidad dominadora, por un ins-

tinto irresistible hacia un *mas allá* que estienda el círculo de sus satisfacciones, que le haga dejar atrás á los que marchan á su nivel.

Y de esta agitacion, y de este movimiento, y de estos vicios, considerados tales á los ojos de la severa filosofía, vienen á resultar sin embargo grandes adelantos, y tal vez la riqueza y la prosperidad de una nacion. A la ambicion de los individuos suele deberse la fertilidad y abundancia de los frutos de su suelo, la actividad del comercio, las ingeniosas combinaciones de la industria fabril; el lujo, que arranca de la tierra los metales preciosos, hace mover las ponderosas ruedas á impulso del vapor; la vanidad que crea las distinciones y los palacios, suele dar vida y alimentar á las bellas artes, y transforma en parques deliciosos los temerosos yermos y los incultos matorrales; y el amor propio, y el orgullo que presidieron á las tareas del sabio, son capaces de producir las obras inmortales que eternizan su memoria.

Quitad, pues, á una sociedad entera este orgullo, este amor propio, esta ambicion, este lujo, esta vanidad; inspiradla el desprecio de los placeres mundanos, la moderacion y el contento con las mas exigüas necesidades. Veréisla convertir muy luego en un cuerpo raquítico y apocado, en un silencioso yermo en que solo alcance á percibirse de vez en cuando el saludo fatal de los discípulos de san Bruno « ¡ *Que morir tenemos!* »

No permita el cielo que yo, español por cuatro costados, y amante de mi patria como el que mas, trate de

exagerar hasta este punto su indiferente apatia, ni desconozca los agigantados pasos con que camina ya por la senda de los útiles progresos; pero baste para mi propósito sentar que esta indiferencia existe, y existe aun bastante generalizada para que los extranjeros, interesados fiscales de nuestras acciones, continuen mirándonos con el mismo lente desdeñoso que hasta aquí: á ellos responderá la España moderna con mil acciones generosas, con mil virtudes positivas que prueban sus esfuerzos para luchar contra dos siglos de constante adversidad; responderán las orillas de nuestros mares, las escarpadas cumbres de nuestras montañas, no ya descuidadas ni exentas del peso del arado, ni de la planta del labrador; responderá nuestra industria renaciente, cerrando cada día la puerta á un nuevo artículo de los que antes nos abastecía el extranjero; responderán en fin algunos hombres verdaderamente sabios, á par que modestos, que sin ambicion y sin estímulo trabajan con ahinco para contribuir á la pública felicidad.

Sin embargo, como las leyes y otras causas poderosas formaron las costumbres generales, y estas costumbres no son cosa que pueda variarse en solo un día, reconozcamos como distintivo todavía bastante característico de las nuestras, aquella apatia ó pereza de que hablábamos al principio; y ya nacida de influencia del clima, ya de consecuencia de las leyes, ya de virtud filosófica, ya de refinado egoismo, combatida sea por las armas del raciocinio, por las del ridículo, si aquellas no fueren suficientes, y persigamos con todas nuestras

Ya se escucha un refuerzo saliente al confuso bisbiseo de la conversacion general, y lo produce el encuentro *casual* dispuesto en la tertulia de la noche anterior, entre dos lindas bailadoras y sus dos parejas de cotillon; los cuales se deshacen á cumplimientos con los esposos respectivos que marchan á distancia; y les hablan con entusiasmo del claro oscuro y de los matices: y los llaman la atencion hácia un cuadro, y miran por detras de él á los originales que delante tienen; y abren paso á estos por entre la inmensa concurrencia; y se precipitan á darlas la mano y sostenerlas en la infinita combinacion de subidas y bajadas de la tal casa; y dicen pestes de sus callejones, entre tanto que debieran bendecirles...

Mas allá es un grupo de futuros ciudadanos, que lloran porque los pisan ó porque los estrujan el sombrero nuevo, y dicen que no ven, y el papá les coge en los brazos y les dice:

—«Ese que allí veis, es Alejandro, un rey muy poderoso que hubo en España en tiempo de los moros, que conquistó la Alemania, y por eso le llamaron el Magno, y cuyo sepulcro se encuentra en las Salesas nuevas al lado de la epístola.»—

Luego se escuchan las risotadas de ciertos mozalvetes que han estado haciendo anatomia de un misero retrato de vieja, muy grave y muy circunspecto, y cuando vuelven la cabeza echan de ver que tenian por oyente al original.

Ya es un mancebo que se atusa los bigotes y se

coloca en posicion en el quicio de una ventana, procurando conservar la misma actitud que en el retrato que delante tiene, para que todos los transeuntes puedan hacer la comparacion.

Ya, en fin, es un artista que enseña los pies por entre los del caballete que sostiene su cuadro, y escucha allí á su sabor el juicio contemporáneo del pais.

—¿Han visto ustedes á la Fulanita qué bien está?

—De mi cuadro hablan (dice el pintor).

—Admirable, contesta con entusiasmo un apasionado al modelo.

—¡Valiente cabeza! (esclama el artista).

—¿Lo dice usted por mal? (contesta el amante).

—No, señor mio, antes bien digo que es un rostro muy bien pintado.

—Caballero, eso parece tener un doble sentido, y es menester que usted sepa que el rostro en cuestion no se pinta y...

—¡Cómo que no se pinta!

—No señor.

—¡Pues si la he pintado yo!—

Toca en esto mi cuadro á su extremo término; desaparece prontamente la luz por el sencillo medio de cerrar los balcones; mirase deslizar la concurrencia agolpándose hácia el portal; quedan desiertas las salas, el patio y escalera; suenan llaves y cerrojos, y al bullicio y movimiento sucede un silencio sepulcral... No hay que

estrañarlos; el reloj de la Aduana acaba de dar *las dos*, y los estatutos de la Academia *previenen* que á aquella hora se comia en tiempo del fundador.

Hé aqui mi cuadro. ¿Querrán los señores directores darle un lugarcito en la *Esposicion*?

(Setiembre de 1838.)

100

TENGO LO QUE ME BASTA.

---

*“Le peu qu’ on travaille c’est pour  
parvenir á ne rien faire ne rien fai-  
re est ici le bonheur.”*

Dupati.

**T**odos los autores que han tratado de nuestra España han pretendido pintar á su manera el caracter nacional. Conviniendo casi todos, por lo regular, en nuestra poca afición al trabajo, cada cual ha motivado esta circunstancia en diferente causa. Unos, por ejemplo, dijeron, que era debida á la influencia de un clima ardiente y voluptuoso; otros á la falta de estímulo y galardón; cuál la achacó á orgulloso desden; cuál á invencible pereza.

Tambien yo he solido participar alternativamente de tan distintas opiniones; pero reflexionándolas bien y combinadas en mi imaginacion aquellas causas, me in-

clino á creer que las que llamamos tales, no son sino efectos, y que este vicio de nuestro caracter consiste en que no participamos de otro vicio mayor, que es el de la ambicion; sin cuyo poderoso estímulo todos los tratados morales ni las leyes civiles son y serán insuficientes para hacer al hombre transigir con la obligacion de trabajar constantemente.

Ahora bien; ¿por qué esta falta de ambicion en los españoles, cualidad escepcional que les distingue entre todos los pueblos de la moderna Europa? ¿Será acaso nacida de virtud ascética que imponga un rígido freno á los desmandados deseos del corazon? ¿Será por filosofia práctica y sincero desengaño de las ilusiones del mundo? ¿Será, en fin, por hallarse todos constituidos en tan feliz situacion que nada tengan que envidiar, nada que trabajar para conseguir?

Reflexionemos, pues, y echaremos de ver que hay algo de todo; de virtud, de filosofia, y de bienestar. Me explicaré.

Hay algo de virtud, porque virtud es aquella dignidad del alma, que otros llamarán arrogancia, que nos hace repugnante la idea de cometer una bajeza; aquel sentimiento de amor propio que nos inclina á amar la independenciam, y nos traba la lengua si intentamos dirigir espresiones de lisonja y sumision á otro ser que miramos como igual; aquel invencible tedio con que solemos mirar toda ocupacion en que creamos ver rebajada la dignidad del hombre, toda sujecion que llegue á comprometer su preciada libertad.

Hay algo de filosofía, porque filosofía es la moderación de los deseos, y la tranquilidad del ánimo, la reducción de nuestras necesidades al menor término posible, el desprecio de los falsos oropeles, y la uniformidad sistemática, en fin, de nuestro pálido existir.

Hay algo de bienestar; porque bienestar es el hallarnos acostumbrados á la frugalidad y aun la miseria; comer con alegría el pan moreno; vivir contentos en una mezquina habitacion; envolver nuestra descuidada persona en una parda capa, y recibir sentados largas horas el gratuito beneficio de la presencia del sol.

En sociedades mas avanzadas ó mas codiciosas, los hombres se agitan continuamente para llegar á aumentar la série de sus goces, que muy luego convierten en otras tantas necesidades. Cuál riega con copioso sudor una tierra ingrata, para obligarla á producir variados frutos con que haga mas regalada su existencia; cuál modifica y combina las invenciones de las artes, para cautivar la atencion de un público exigente y caprichoso; hay quien mira blanquear prematuramente sus cabellos á impulsos de largas vigiliass, de constantes estudios, para producir una obra que asegure su inmortalidad; hay en fin, quien sueña con la idea de fijar la atencion del país, dominar su destino, é imponer el sello de su nombre á la época en que vive.

Ninguno allí está satisfecho con lo presente; todos aspiran á mas grande porvenir; el labrador, el artesano, el comerciante, el escritor, el político; todos se sienten agujonear por una necesidad dominadora, por un ins-

tinto irresistible hácia un *mas allá* que estienda el círculo de sus satisfacciones, que le haga dejar atrás á los que marchan á su nivel.

Y de esta agitacion, y de este movimiento, y de estos vicios, considerados tales á los ojos de la severa filosofía, vienen á resultar sin embargo grandes adelantos, y tal vez la riqueza y la prosperidad de una nacion. A la ambicion de los individuos suele deberse la fertilidad y abundancia de los frutos de su suelo, la actividad del comercio, las ingeniosas combinaciones de la industria fabril; el lujo, que arranca de la tierra los metales preciosos, hace mover las ponderosas ruedas á impulso del vapor; la vanidad que crea las distinciones y los palacios, suele dar vida y alimentar á las bellas artes, y transforma en parques deliciosos los temerosos yermos y los incultos matorrales; y el amor propio, y el orgullo que presidieron á las tareas del sabio, son capaces de producir las obras inmortales que eternizan su memoria.

Quitad, pues, á una sociedad entera este orgullo, este amor propio, esta ambicion, este lujo, esta vanidad; inspiradla el desprecio de los placeres mundanos, la moderacion y el contento con las mas exigüas necesidades. Veréisla convertir muy luego en un cuerpo raquítico y apocado, en un silencioso yermo en que solo alcance á percibirse de vez en cuando el saludo fatal de los discípulos de san Bruno « *¡ Que morir tenemos!* »

No permita el cielo que yo, español por cuatro costados, y amante de mi patria como el que mas, trate de

exagerar hasta este punto su indiferente apatia, ni desconozca los agigantados pasos con que camina ya por la senda de los útiles progresos; pero baste para mi propósito sentar que esta indiferencia existe, y existe aun bastante generalizada para que los extranjeros, interesados fiscales de nuestras acciones, continuen mirándonos con el mismo lente desdeñoso que hasta aquí: á ellos responderá la España moderna con mil acciones generosas, con mil virtudes positivas que prueban sus esfuerzos para luchar contra dos siglos de constante adversidad; responderán las orillas de nuestros mares, las escarpadas cumbres de nuestras montañas, no ya descuidadas ni exentas del peso del arado, ni de la planta del labrador; responderá nuestra industria renaciente, cerrando cada día la puerta á un nuevo artículo de los que antes nos abastecía el extranjero; responderán en fin algunos hombres verdaderamente sabios, á par que modestos, que sin ambicion y sin estímulo trabajan con ahinco para contribuir á la pública felicidad.

Sin embargo, como las leyes y otras causas poderosas formaron las costumbres generales, y estas costumbres no son cosa que pueda variarse en solo un día, reconozcamos como distintivo todavía bastante característico de las nuestras, aquella apatia ó pereza de que hablábamos al principio; y ya nacida de influencia del clima, ya de consecuencia de las leyes, ya de virtud filosófica, ya de refinado egoismo, combatida sea por las armas del raciocinio, por las del ridículo, si aquellas no fueren suficientes, y persigamos con todas nuestras

fuerzas esta exagerada moderacion de deseos, este «*Tengo lo que me basta*» que impide á la mayoría de los españoles trabajar constantemente en mejorar su suerte, en acrecer su fortuna, y prepararse un porvenir mas halagüeño.

¡*Tengo lo que me basta!* esto dice el misero labrador, que en toda su vida ha querido escuchar los consejos de la ciencia, que le dicen que variando sus frutos podria doblar su precio, podria habitar una casa mas cómoda; podria abandonar por otro nuevo el vestido que heredó de sus padres; podria entregarse el dia festivo á un halagüeño recreo; podria resistir con confianza á una mala cosecha, una tormenta, una enfermedad ó otra cualquiera desgracia.

¡*Tengo lo que me basta!* esclama el descuidado jornalero, que cuenta sus necesidades por el valor de su soldada; que mira en sus callosas manos la única garantía de su existencia; sin querer recurrir á su cabeza á buscar los medios de hacerlas valer mas; que reduce todos sus placeres á la ominosa taberna, y mira el término de sus esperanzas en las salas de un hospital.

¡*Tengo lo que me basta!* prorumpie tambien el atareado doméstico, que regalado con las sobras de la mesa de su señor, hace gustoso cesion de su albedrío, y desoye la voz de su razon que le grita que por sí propio pudiera acaso proporcionarse una situacion independiente y feliz.

¡*Tengo lo que me basta!* replica el mezquino mercader, no bien ha dado á su comercio alguna clientela,

que le asegura una existencia medianamente cómoda; por eso no cambia sus géneros por otros nuevos; por eso no da mayor vuelo á sus especulaciones; por eso en fin no contribuye como pudiera á la riqueza y civilización del país.

*¡Tengo lo que me basta!* repite el autor á quien sus obras ó sus malos pecados proporcionaron un empleillo ó una herencia regular; y por esto renuncia á la gloria de su nombre, y por esto cesa de estudiar y de instruir á sus semejantes; y deja colgada su péñola, y se envuelve y ofusca en la concha de su egoísmo.

*¡Tengo lo que me basta!* claman en coro el elocuente abogado, el famoso médico, á quienes el trabajo de algunos años ó una boda ventajosa aseguraron una módica renta, una pequeña propiedad; y renuncian por ella á su futura fama, á sus progresivos adelantos, y dejan abandonados á sus clientes, y miran á sus enfermos morir á manos de la ignorancia.

*¡Tengo lo que me basta!* prorumpen el artista, el poeta, que vieron al pueblo entusiasmado aplaudir sus producciones. Y se duermen al lisonjero ruido de los aplausos, y dejan marchitar sus laureles por no acudir á renovarlos alguna vez.

*¡Tengo lo que me basta!* decía, en fin, *don Modesto Sobrado*, antiguo compañero de mis mocedades, tipo verdadero de la moderación y desdeñosa indolencia castellanas.

Nacido y criado en una miserable aldea de tierra de Burgos, hubiera trascurrido el resto de sus días tan

unido á su pais natal como los robustos y frondosos robles que adornaban su término, sin cuidarse de saber si el mundo se estendia ó no mas allá de donde alcanzaba su vista.

Una modesta casa de labranza que contaba heredar de sus padres, y en que se habian sucedido cuatro generaciones anteriores, unas viñas y tierras de pan llevar, un caballejo y cuatro perros para la caza, y los domingos y fiestas de guardar una barra para ejercitar las fuerzas y una bandurria descordada con que llevar el compás á las mozas del pueblo cuando se juntaban á bailar.— Tales eran las circunstancias de nuestro mozo, y tan satisfechas hallábanse con ellas todas sus necesidades, que no hubiera podido comprender al que le hubiese hablado de otras mayores; tanto mas, cuanto que ya sus padres, calculando anticipadamente los primeros deseos de la naturaleza, habianle preparado objeto conveniente y contratado de antemano su futuro matrimonio con una prima suya, de edad proporcionada, y de la misma clase y vecindad.

Quiso, empero, la mala suerte, que no bien cumplidos por Modesto los diez y ocho años, y cuando ya el señor cura de la aldea tomaba conocimiento del consanguíneo, y solicitaba del provisor la correspondiente licencia para celebrar *in facie Ecclesiæ* aquella pacífica union; quiso el diablo, vuelvo á decir, que la publicacion de una quinta viniese á interrumpir tan santos proyectos, y á sembrar la consternacion en aquellos corazones que se amaban necesariamente, porque

no podian figurarse que pudiesen hacer nada mejor.

En vano los padres respectivos de ambos consortes emplearon su influjo con el señor alcalde para darle á conocer la próxima y sagrada obligacion en que estaban; en vano hicieron un viage á la ciudad para consultar con el abogado don Pedancio, é interponer ante la comision de agravios la correspondiente escepcion; no hubo remedio; el abogado cobró sus derechos; la comision hizo su agravio; y su merced el alcalde satisfizo á la pública opinion de los otros tres mozos sorteados del pueblo, incluyendo en el cántaro el nombre de Modesto, quien como era consiguiente, y por ser el que mas falta hacia en su casa, sacó la bola negra, aunque malas lenguas contaron entonces que mas que á su signo lo debió al signo del escribano.

Ya tenemos á nuestro joven burgalés medido y fiado; ya los fisicos han reconocido su persona y declarado solemnemente que es muy á propósito para dejarse matar; ya los camaradas han colocado en su sombrero un pedazo de grana con una aleluya, retrato de la magestad reinante; ya en fin, el sargento de reclutas le arranca de sus hogares, y rie de buena fé al observar la desesperacion de los padres, el llanto de la muchacha, y el embarazo y tristura del galan.

Mirémosle, pues, cambiar repentinamente su vida apacible y tranquila por el bullicioso movimiento del cuartel; mirémosle aprender con rudos trabajos los ejercicios bélicos, y trasladarse despues á las guarniciones y campos de batalla. En todos puntos cumplió sus de-

heres como valiente y como honrado, y sus buenas cualidades le hicieron desde luego tan buen lugar en la opinion de sus gefes, que pasando sucesivamente por todos los grados inferiores llegó á merecer en pocos años ver premiados sus servicios con el grado de capitán.

A medida que la suerte le colocaba en mayor altura, hacianse mas y mas patentes su valor é inteligencia, y ya todos los gefes veian un digno sucesor en el capitán Sobrado, tratándole con aquella consideracion que el mérito superior sabe grangearse aunque se halle encubierto bajo las insignias de un subalterno.

Mas la estremada moderacion de su caracter vino á interrumpir tan brillantes esperanzas, inspirándole un tédio invencible por la agitacion de la carrera militar; despertando sus ideas de reposo, y subyugando su imaginacion con el vehemente deseo de regresar á su pais natal.

«Ea bien (decia contristado en sus frecuentes soliloquios), ya soy capitán; ya conozco lo que valen los agitados deseos de la gloria, el envidiado oropel de los honores militares... ¿A qué engolfarme mas y mas en este mar proceloso en busca de una felicidad que tal vez me dejo á la espalda, ó á riesgo de una bala que me atravesase el pecho ó de una injusticia que me envenene el corazon? Alto allá, osados deseos, dejad de agujonear mi dormida ambicion; soy joven y honrado; he dado ya pruebas de mi valor; mi patria me agradece y cuidará de mi sosten; mi casa me espera y...

*Tengo lo que me basta*; dejemos el resto á los que vienen detras.»

Y con asombro de sus gefes y con gran sentimiento de sus subordinados, este brillante adalid en quien reposaba mas de una esperanza solicitó y obtuvo su retiro y tomó tranquilamente la vuelta de su aldea.

Ocho años eran pasados desde que habia salido de ella en servicio de la patria, y en ellos, como era de suponer, habian acaecido grandes mudanzas en el pueblo y en su familia. Sus ancianos padres habian muerto ya; sus amigos tambien habian desaparecido casi todos; su futura y ya pretérita esposa, lo era de presente de un hidalguete de las cercanías; y de su escasa fortuna, en fin, apenas quedaba sombra ya.

Reflexionó entonces nuestro héroe, y casi se arrepintió de su resolucion en haber dejado el servicio donde tan prósperamente le sonreia la fortuna. Consideró, sin embargo, que á los 26 años, con buena salud, talento y experiencia de mundo, no estaba en el caso de desesperar de aquella, por lo que haciendo un esfuerzo su natural repugnancia, arregló como pudo sus negocios (que muy poco tenian que arreglar), y se trasladó á la corte, donde por sus buenas relaciones y mejor suerte, pudo al fin obtener un modesto empleo en la administracion de rentas de una ciudad subalterna.

En este destino su entendimiento despejado y su esquisito celo le hicieron mostrar tal aptitud, que muy en breve logró verse ascendido á mayores empleos y propuesto como modelo á los demas empleados del ramo.

Pero en el punto y hora en que se halló colocado en una administracion medianamente dotada, alli hizo alto á sus progresos, y descansando apaciblemente en su tranquila posesion, repetia á los que le hablaban de futuros adelantamientos.—«¿ Y por qué los he de procurar? Soy feliz, *tengo lo que me basta*, dejemos á los otros que trabajen para sí.»

Un empleo, sin embargo, ya sabe todo el mundo que no es un censo vitalicio, y que son por consecuencia harto falsos los cálculos que se pueden fundar en él; sobre todo, cuando el que calcula no es intrigante y no está siempre dispuesto á dar asalto á la plaza superior y defender la brecha que la codicia y la envidia abren en la suya. El empleado, pues, que se estaciona, esté seguro de caer, porque es cosa imposible conservar la inmovilidad en medio de la general agitacion, y en tales casos el no ganar es perder, y el permanecer tranquilo, equivale á quedarse atrás.

Nuestro don Modesto lo era demasiado para seguir tan agitado sistema, y parapetado (pareciale á el) suficientemente en la estricta observancia de su deber, no cuidaba de saber las mudanzas de gabinete, ni leia las declamaciones periodísticas, ni daba alguna vuelta por las antesalas de la corte, ni tenia esposa bella que recibiese visitas de los amigos y protectores.

Vése por lo dicho que nuestro hombre era mas propio para los tiempos añejos y poco ilustrados en que no se habia llevado tan á cabo *la perfectibilidad social*; y déjase inferir que á pesar de sus merecimien-

tos muy pronto habia de ser condecorado con el titulo de *cesante*, y trasladado como otros miles al inmenso *pan-teon*.

Cuando esta calamidad llega á los cincuenta ó sesenta de la edad, no tiene cura, y acaba naturalmente con el individuo atacado; mas cuando (como aconteció en el presente caso) el accidente se manifiesta y acomete en la fuerza de la juventud, todavía la naturaleza halla medios de sacudir el ataque, y suele mostrarse mas enérgica como para desmentir la parálisis á que quiso sujetarla.

Así ni mas ni menos sucedió á nuestro joven ex-administrador; por lo que en vez de trabajar de nuevo con sus gefes para solicitar una reparacion de aquella injusticia, ó tal vez tomar pretesto de ella para darse á luz como la víctima de un partido, y órgano natural del otro, recurrió únicamente á sus propios medios; entabló un pequeño giro mercantil; hizo largos viajes por mar y por tierra para estender sus especulaciones; y llegó á conseguir por fin al cabo de algunos años una situacion regular, debida á la fama de su probidad é inteligencia.

En casos tales, cuando la señora fortuna gusta de sonreír á un genio laborioso y emprendedor, es lo natural que el favorecido mortal se deje arrastrar de la corriente, y crezcan con el suceso las alas de su ambicion, sacrificando á ella su libertad, su reposo y su conciencia misma.

Esto es sin duda un extremo vituperable; nuestro pro-

tagonista inclinaba, como hemos ya visto, al lado opuesto. Establecido una vez con regularidad, y calculando prudentialmente cubiertas sus modestas necesidades, cesó de todo punto en sus trabajos; compró una casita de campo, y se retiró del bullicio de la ciudad; y dando las gracias á sus corresponsales, se despidió cortesmente de ellos para entregarse de buena fe á esta tranquilidad de vida, á este *dolce far niente* á que siempre habia aspirado como el término posible de la humana felicidad.

Acaso parecerá increíble á mis lectores; pero este hombre, cuya existencia parecen varias diferentes, aunque sometidas á un mismo influjo, habia sabido estudiar durante su larga carrera en el gran libro del mundo (libro abierto para todos, aunque muy pocos sean los que alcancen á leer en él), y luego que se vió tranquilo y reposado en el interior de su estudio, tomó la pluma, escribió sencillamente y sin reflexion sus propias ideas; y cuando á empeño de varios amigos dejó salir á luz algunas de sus producciones, el general entusiasmo saludó al que de improviso y como contra su propia voluntad se colocaba desde luego entre los primeros escritores del país. Pero en vano el público esperó algunos años á que nuevas publicaciones viniesen á justificar mas y mas su brillante aparicion en el orbe literario; el descuidado autor, constante en su sistema de indiferencia, escuchó aquellos elogios, recogió aquellos laureles, y colgándolos como trofeos á la cabecera de su lecho, se volvió del otro lado, y dijo: «*Tengo lo que me basta, no quiero ni debo trabajar mas.*»

Llegó, sin embargo, un día en que nuestro hombre hubo de reconocer que ni sus riquezas, ni sus laureles, ni su egoísmo, eran bastantes á llenar un vacío que empezó á sospechar en su corazón. ¿Y dónde dirán VV. que miró escrita esta verdad aquel filósofo práctico, aquel ser aislado é indiferente? Pues fue nada mas que en unos ojos negros, en un lindo talle, en una niña, en fin de veinte abriles que la casualidad le puso delante.

Nuestro protagonista rayaba ya en los cuarenta y cinco, y aquella enorme desproporcion de edades le inspiraba respeto. Además habiale siempre tenido á las severas condiciones del matrimonio, y seguro como estaba de bastarse á sí propio, recelaba justamente de poder bastar á un capricho ageno. Sin embargo, yo no sé que aguijon que se le habia clavado en el alma, no sé que hastio producido nuevamente hasta de su misma saciedad, pudo mas que todas las misantrópicas reflexiones; y echando, como suele decirse, pecho á la mar, se resolvió en fin á dar su mano á aquella niña sin cuya amable sonrisa no podia ya vivir.

Ligado una vez á ella con los sagrados vínculos conyugales, todo su conato se convirtió á inspirarla sus propias inclinaciones, lo cual no le parecia imposible en una niña casi sin ideas propias, y agena de los caprichos y de la exigencia del mundo. No obstante, pareciéndole no ser bastante amado de su esposa, quiso á fuerza de obsequios hacerla olvidar la diferencia de edades; y apresurándose á adivinar sus pensamientos para luego satisfacerlos, compró una casa en Madrid y

se trasladó á vivir á ella. Las necesidades nuevas crearon otras mayores; la comodidad trajo el lujo; la casa nueva trajo los muebles nuevos; la frecuencia de la sociedad agena trajo la sociedad al hogar propio; con ella vinieron el lujo y las modas, los caprichos y la vanidad. No paró aquí, sino que el amor, que habia traído á la muger, trajo al fin del primer año á una hermosa criatura, y al año siguiente otra, y otros dos al tercero; y con ella vinieron las nodrizas pasiegas, y las enfermedades y los médicos; y luego los ayos y preceptores; y mas adelante los novios de las niñas y las calaveradas de los muchachos; con lo cual don Modesto, llegado á la edad sexagenaria, reconoció al fin que *no le bastaba lo que tenia*, ó que solo tenia lo suficiente para ofrecer á Dios en desagravio de su indolencia.

Tarde era ya para que este hombre que con un poco mas de constancia hubiera podido llegar á ser un buen general, un gran funcionario, un poderoso comerciante, ó un distinguido literato, recuperase el tiempo perdido, cuando ya le faltaban las fuerzas y el hábito del trabajo. Reconoció la imprudencia con que habia confiado en el porvenir; vió claramente que no habia tomado en cuenta la larga cadena de necesidades que el hombre va eslabonando durante su vida, y que no le es lícito desperdiciar un dia solo sin que no haya despues de lamentarle. Por último, de su misma desgracia, y de su triste y miserable fin, dedujo él entonces y reproduzco yo aquí la consecuencia de lo imprudente

que suele ser este «*Tengo lo que me basta*» que hace renunciar muchas veces á los hombres y á las naciones á su vitalidad é inteligencia, condenándoles á una voluntaria parálisis, y acaso acaso á su cierta é inevitable ruina.

(Junio de 1838.)

EL MARTES DE CARNAVAL  
Y  
EL ENTIERRO DE LA SARDINA.

---

I.

NOCHE DEL MARTES.

**L**as locuras del Carnaval tocan á su fin ; la hora suprema del Martes ha sonado ya en todos los relojes de la Capital; la poblacion, sin embargo, ensordecida con el bullicioso ruido de las músicas y festines , no escucha la fatal campana que le advierte grata y sonora que todo tiene término, que la mano severa de la razon acaba de arrancar la máscara á la locura. Esta , empero, tenaz y resistente, todavía pretende prolongar su dominio, y no contenta con algunas semanas de tolerada adoracion; cambia mil disfraces , y hasta se atreve á profanar el de

la religion misma, para continuar arrastrando en pos de su carroza á los desatentados mortales.

¡Qué horas tan pródidas de sucesos aquellas en que la noche del Martes lucha tenazmente con la aurora del día santo...! ¡Qué extravagancia de escenas, qué vértigo de pasiones, en los últimos instantes del reinado del placer! ¡Qué contraste ominoso con la tranquila calma de la religion y de la filosofía! Ellas, sin embargo, vencerán con sus naturales atractivos, con su envidiable reposo, y apoderándose de los corazones embriagados de placer y de voluptuosidad, restituirán la calma á los sentidos, el bálsamo de la paz á los corazones agitados. Tal la voz pura y sublime del redentor del mundo, cual rayo de viva lumbre penetró en las bacanales del pueblo rey, y á su aspecto se deshicieron como sombras los ídolos del paganismo.

Pero ¿quién detiene su imaginacion en estas consideraciones, cuando se halla instalado en un rico salon, dorado y fulgente á la luz de mil antorchas, sonoro á la vibracion de los músicos instrumentos, henchido de vida y movimiento en mil grupos vistosos de figuras estrañas, que con sus variados ropages, sus disfraces caprichosos, sus agudos diálogos, ofrecen un traslado fiel de la vida animada, de los diversos matices de la humana sociedad?

Austero filósofo, que estudias y lamentas las debilidades del hombre; dirige entonces tus severos preceptos al joven animoso que por primera vez se mira en aquel momento coronado con una dulce mirada, con

un *si* lisongero del envidiado objeto de su amor... Te mirará con ceño ó acaso no reparará en tí; pero si insistes en aconsejarle, en mostrarle el fiel espejo de la razon, en hacerle adivinar un porvenir doloroso tras de aquella mirada, tras de aquel dulce y halagüeño *si*; te volverá la espalda, ó frunciendo los labios ante tu grave y mesurada faz, te dirá con sonrisa desdeñosa... «*Máscara, no te conozco, déjame bailar.*»

Pura y cándida Virtud, que ceñida de blanco lino, la sien coronada de laurel, apareces de repente á los deslumbrados ojos de la noble cortesana, que envuelta en seda y pedrerías apenas acierta á divisarte, por entre la nube de incienso que sus adoradores tributan á sus pies... Dila entonces lo falaz de sus promesas y juramentos; la mentida ficcion de las grandezas humanas; los cándidos placeres de un corazon sencillo é inocente;—«*Apártate de mi, Beata* (te replicará con imperio), *no pises los bordados de mi manto, no deshojes con tu aliento de mal tono la frescura de las rosas que ciñen mi frente. Ea, márchate...*

Y vosotros tambien, grande y noble Sabiduría, austero Deber, dulce y tranquilo Amor conyugal, apareced de repente ante el descuidado autor que emplea en aquellos instantes todo su talento en seducir á una niña inocente ó en dejarse engañar por una astuta cortesana; ante el noble magistrado que trueca la severa toga de la justicia por el callado y maligno *dominó*; ante el marido mundanal, ante la esposa terrena, que se separan voluntariamente en busca de aventuras, y vuelven á encon-

trarse á la hora convenida haciendo alarde de su mútua infidelidad. Apareced , digo , entonces de repente ante esos grupos bulliciosos; cortad de improviso sus diálogos animados, reflejaos en su mente como un recuerdo instantáneo de sus respectivos deberes... Vereis fruncirse sus frentes , despertarse su arrogancia , y pretender arrancaros la careta (que no teneis) diciéndoos con indignacion:—«¿Quién sois, máscaras insolentes, ó qué venis á hacer aqui?»

Todo es, en fin, placer y movimiento , y risa y algazara, y cuadros halagüeños, sin pasado y sin porvenir; la capital entera resuena con las músicas armoniosas : por las anchas ventanas se desprenden torrentes de luz, y el confuso sonido de la conversacion y de la danza; mil carruages precipitados surcan en todos sentidos las calles, para conducir á los respectivos saraos á los alegres bailadores; la plateada luna refleja sus luces en los mantos recamados de oro , en las trenzas entretegidias de pedrerías; yacen desocupados los lechos conyugales , el opulento palacio, y el elevado zaquizami; todos sus moradores déjanlos precipitados, y corriendo en pos del tirso de la locura, acuden de mil partes á las bulliciosas mansiones del placer, á los innumerables templos de aquella Diosa del Carnaval.

¡Qué importa que á la mañana siguiente, el sol terrible alumbre la desesperacion del cortesano, la miseria del indigente, la enfermedad del cuerpo, ó el horrible tormento de un engañado amor...! ¡Qué importa...! Hoy han hecho una tregua los dolores; el hambre y

la guerra han cubierto un instante su horrorosa faz; los recuerdos de lo pasado, los temores de lo futuro, han cedido á la mágica esponja que la locura pasó por nuestras frentes... ¡Se acaba el Carnavall! ¡Es preciso disfrutarle...! Y marchan y se cruzan las parejas precipitadas, y retiemblan las altas columnas, y gimen las modestas vigas, al confuso movimiento que empezando en los sótanos sombríos adonde tiene su oscura mansion el pordiosero, concluye bajo los techos artesonados y de inestimable valor...

La luz del sol, pura y radiante como en los dias anteriores, penetra descuidadamente en lo interior de esta escena, y pintando de mil matices los empañados cristales de las ventanas, viene á herir las descuidadas frentes, los macilentos ojos de las hermosas; á su terrible y mágico talisman aparecen tambien las enojosas arrugas de los años, los estudiados afeites de la fingida beldad; rásgase el velo de la ilusion á los ojos del amante; hiélanse las palabras en los labios del cortesano; en vano la incansable locura quiere prolongar por mas tiempo su dominio; sus adoradores ven clara á la luz del sol su desencajada y mortecina faz... y envolviéndose avergonzados de sí mismos, en sus falsos ropages, y ocultando su semblante en el fondo de sus carrozas, tornan á sus respectivas habitaciones donde á la cabecera de su lecho les espera la triste realidad...

## II.

## EL MIERCOLES DE CENIZA.

Suena cercano el monótono clamor de una modesta campana que llama á los fieles á la ceremonia religiosa que va á empezar en el templo. Cruzan desapercibidas por delante de sus puertas las bulliciosas parejas, los elegantes carruages, sin que apenas ninguno de aquellos dichosos mortales se dignen parar un instante su imaginacion en el saludable aviso envuelto en el sonido de aquella campana... Alguno, sin embargo, ó mas dichado ó mas prudente, recoge animoso su inspiracion, y deseoso de aprovecharla, pisa los sagrados umbrales, y entra en el templo en el momento mismo en que va á principiarse la sagrada ceremonia...

¡Qué apacible tranquilidad, qué solemne reposo bajo aquellas santas y encumbradas bóvedas! ¡Qué misterioso silencio en la piadosa concurrencia! ¡Qué noble sencillez en el sacrificio santo! ¡Qué contraste, en fin, sublime y magestuoso, con el cansado bullicio, con el mentido aparato de la mansion de la locura...! Los

fieles concurrentes no son muchos en verdad; pero tampoco el templo se halla tan desocupado como era de temer de las escenas de la pasada noche... Refléjase en los semblantes ya la tranquilidad de una conciencia pura, ya la tregua religiosa de un profundo dolor; ora la rápida luz de una esperanza; ora la animada espresion de un ardiente y noble deseo...

¡Vosotros, pintores apasionados de las debilidades humanas, pretendidos moralistas modernos, novelistas y dramaturgos, escritores de conveniencia, que os atreveis á fulminar el dardo envenenado de vuestra pluma contra la sociedad entera pretendiendo negar hasta la existencia de la virtud... ¿La habeis buscado acaso en el sagrado recinto de la religion; en el modesto hogar del tierno padre de familias; en el taller del artesano; en el lecho hospitalario del infeliz? ¿O acaso desdeñando indiferentes estos cuadros, reflejais solo en vuestra imaginacion y vuestras obras, los que os presentan vuestros dorados salones, vuestros impúdicos gabinetes, vuestras inmundas orgías, vuestros embriagantes cafés..? ¡Y pretendéis ser pintores de la naturaleza, cuando solo la contemplais por su aspecto repugnante...? ¿Crecis conocer al hombre, cuando solo pintais sus escepciones? Os atreveis á retratar á la sociedad, cuando solo haceis vuestro retrato ó el de vuestros semejantes? Temeridad, por cierto, sería la de aquel que pretendiera juzgar de la impureza de las aguas de un magestuoso rio, por las escorias y el légamo que sobrenadan en su superficie, sin reparar que allá en el fondo de su lecho, y entre las

menudas arenas, corre tranquilo y gusta de permanecer escondido lo mas puro y limpio de su raudal.

Concluido el santo sacrificio, el sacerdote baja las gradas del altar, y pronunciando las sublimes palabras del rito, va imprimiendo en todas las frentes la señal del polvo en que algun dia han de ser convertidas. Ni un suspiro, ni una lágrima, aparecen á tan fúnebre aviso en aquellos semblantes, en que solo se ven retratadas la conformidad y la esperanza; y tan apacible alegría, contraste sublime con la triste señal, sin duda sorprendiera á aquel desgraciado que no siente en su pecho el balsamo consolador de la religion.

Entre los varios grupos interesantes que se ofrecen á la vista por todo el templo, uno sobre todos llama la atención en este momento... Un venerable anciano, cuya blanca cabellera se confunde naturalmente con la mancha de la ceniza que lleva en la frente, trabaja y se afana ayudado de su muleta, para incorporarse y poner en pie... Sus débiles esfuerzos serian insuficientes si no contase con otro ausiliar mas poderoso... Una figura angelical de muger, en cuyas hermosas facciones se pinta toda la pureza de un corazon tierno é inocente, corre á sostener al impedido, y confundir sus blanquísimas manos con las secas y arrugadas del anciano. Mírala éste lleno de gratitud, y sus lágrimas de ternura parecen dar nuevas fuerzas á la tierna criatura, que prestando sus débiles hombros al pobre viejo, le conduce lentamente hasta la puerta del templo

entregándole al mismo tiempo una moneda, única que en su bolsillo existe...

Aquella joven era su hija, aquella moneda el premio mezquino del trabajo de su costura en toda la noche anterior...! ¡Y aquella noche habia sido la noche dichosa del Carnaval...! Y los alegres libertinos que regresaban de los bailes, al pasar por la puerta del templo, y viendo salir de él á aquella modesta beldad, se detienen un momento, sorprendidos de su hermosura, y calmadas sus risas por un involuntario respeto, miranse mutuamente prorumpiendo en esta exclamacion: «¡Qué diablos! ¡y creiamos que habian estado en el baile todas las hermosas de Madrid!»

### III.

#### EL ENTIERRO DE LA SARDINA.

**H**ay una calle en alguno de los barrios meridionales de esta corte, que encierra en su breve recinto mas aventuras que un drama moderno, y mas procesos que el archivo de la Audiencia. Esta calle, conocida harto



EL ENTIERRO DE LA SARDINA.

AYUNTAMIENTO DE MADRID

bien de la policía civil, descuidada demasiado por la urbana, cuenta entre sus moradores cantidad considerable de profesores industriales y manufactureros, modestos paladines, músicos guitarristas, cantadores en falsete, matronas benéficas, doncellas re-catadas, viajeros berberiscos, viejas mitradas, mozos despiertos, maridos dormidos, y muchachos del comun.

No sabré decir á cuántos grados longitudinales se estiende el dominio é influjo de la tal calle, pero bien podremos considerarla como el centro y emporio del Madrid meridional, que se dilata (segun la opinion de los mas acreditados geógrafos), desde las *vistillas de San Francisco* á la iglesia de *San Lorenzo*, comprendiendo en su estenso dominio multitud de pequeños estados mas ó menos independientes ó feudatarios, en que varian tambien las leyes, usos y costumbres de sus respectivos moradores.

Ahora, pues, no es del caso fijar la estadística, ni hacer el deslinde de tan considerable agrupacion de pueblos; y bastará para nuestro propósito suponernos llegados al centro capital (la calle ya referida), en la mañana del Miércoles de ceniza del año de gracia de mil ochocientos treinta y nueve.

De contado, podemos asegurar que á la hora que corre, duerme y descansa de sus fatigas de la pasada noche el *Madrid-Norte* y *Centro-Madrid*, pero ve-la y pestaña en toda su actividad el *Madrid-Sur*; á la manera de aquel gigante de que nos habla Homero

que mientras dormía con la mitad de sus ojos, velaba con la otra mitad. A este Madrid, pues, agitado y bullicioso, á este ojo del gigante despierto y animado, es á donde hoy dirigimos nuestro rumbo, al traves de los vientos y á bordo de un menguado y azaroso calesin.

Fuerte cosa es que la maldita política que todo lo invade (menos mi pluma) nos vaya empobreciendo continuamente el diccionario, ó como decia el médico Bartolo, *secuestrando la facultad de hablar*. Sino fuera por ello, no hubiera salido la voz *programa* de sus modestos límites, de simple anuncio, ó segun la define el diccionario de la academia «el tema que se da para un discurso ó cuadro.»

Pudiera yo entonces á mansalva usar aqui de esta voz, sin riesgo de alusiones de ninguna especie; mas ya que la fuerza de los usos contemporáneos nos traigan á término que sean necesarias estas continuas salvedades en el lenguaje comun, debo decir en descargo de mi conciencia, que aqui solo trato de un anuncio, ó *vademecum* que me entregó el calesero á tiempo de darnos á la vela, y en menguado papel asqueroso y mugriento, y con trazos de pluma un si es no es inesperta y vacilante decia:

*Programa de la solene juncion y estupenda asonaa que á é celebrarse el miercoles de ceniza de esta corte, como es uso y de-bota costumbre en toa la cristiandá de estos barrios, saliendo la procision den ca el tio Chispas el taernero, crosfade mayor de la sardi-*

na con el entierro de este animal y too lo demas que aqui se relata.»

Dejo sospechar al piadoso lector lo grato que para un asistente al espectáculo habia de ser encontrarse á dos por tres *formulado* el espectáculo mismo, y tener en la mano sin ulteriores esplicaciones la clave de aquella cifra. Seríalo empero todavia para muchos de mis lectores, si me contentase con estampar aqui punto por coma (ó por mejor decir, sin unos y sin otras, porque de ambos carecia) el tal *programa*; pero en cumplimiento de mi propósito y para edificacion del auditorio, habré de trasladarle del idioma de Germania, al comun castellano; de los límites de letra muerta al animado espectáculo de cuadro en accion.

Esto supuesto, y supuestos tambien los oyentes en el punto término necesario para disfrutar de tan halagüeña vista, procederemos en la descripcion por el orden siguiente.

Rompian la marcha bailando hácia atras y abriendo paso con sendas estacas y carretillas disparadas á los pies de las viejas, hasta una docena de docenas de picaros en agraz, fruta temprana y de grandes esperanzas, en quienes la elocuencia del foro funda su futura causa de gloria, y los caminos y canales su inmediata prosperidad.

Seguian en pos otros ciento ó doscientos mozallones, ya mas cariacontecidos y con diversos disfraces, cuáles de ruedos y esteras en forma de monaguillos; cuáles con cabezas postizas de carneros (figurando ir disfrazados);

cuáles de encorizados y penitentes; cuáles de berberiscos y soldados romanos.

Entonaban los unos un cántico endiablado no sujeta su letra á ningun diccionario, ni su música á ningun diapason; mojaban los otros sendos escobones en calderos de vino con que hacian un profundo asperges en la devota concurrencia, y retozaban bestialmente los de mas allá disparando al aire soberbios garrotazos, manotadas y pescozones. Amenizaban el conjunto de este grato episodio cuatro ó seis gatazos negros atados por la cola ó por las patas en la punta de un palo y enarbolados en alto á guisa de pendones; cinco docenas de esquilones de todos tamaños, movidos por robustos puños, y en pugna con otros tantos collarines de campanillas y cascabeles puestos igualmente en palos ó en los pacientes cuellos de los hermanos de la cofradía *de S. Marcos*, que en union con la otra *de la Sardinia* celebraba igualmente tan estupenda funcion.

Descollaba despues un gran coro de virgenes des-envueltas, de sonrosadas megillas, ojos rasgados, nariz chata, labio retorcido, cesto de trenzas, mantilla al hombro, brazos en jarras, y colorado guardapiés. Estas tales con aventadores de esparto dirigian sus expresivos saludos á una y otra fila de concurrentes; mascaban higos ó mondaban naranjas, y arrojaban las cáscaras á las narices del mas inmediato; bailaban y se pinchaban con alfileres, ó repicaban las castañuelas y cantaban el ¡ay ay ay!

Seguian luego los maestros de la ceremonia; caras

rugosas y monumentales; páginas elocuentes de la humana depravacion; pliego de aleluyas de la *vida del hombre malo*; *fac simile* de los caprichos de *Alenza*; y original, en fin, de los sainetes de *Cruz*.

Allí, como si dijéramos, se hallaba el núcleo del drama, el primer término del cuadro, el fondo de la cuestion principal. Allí el *tio Chispas*, director de la escena, ostentaba su grande inteligencia ante los taimados ojos de la *Chusca*, moza de siete cuartas, aventurada y resuelta, con mas desenfado de accion que un molino de viento, y mas sal en el cuerpo que la montaña de Cardona. Allí *Juanillo* (alias *Vinagre*) con un pañuelo en la cabeza y una manta pendiente del hombro, miraba á entrambos con ojos amenazadores, y su feroz espresion y su atezado rostro, ofrecian un fiel trasunto del celoso amante de *Desdemona*. Otros grupos mas ó menos interesantes retrataban todos los grados posibles del amor carnal, desde la primera mirada incentiva, hasta el último desdeñoso puntapié. Allí, en fin, los maridos de aquellas deidades, último término del cuadro, formaban una gruesa falange, y seguian apresurados el trote de los delanteros, todos revueltos, mansos y bravios, como en el camino de *Abroñigal*.

Sostenida en hombros de los mas autorizados, y en un grotesco ataud, se elevaba una figura bamboche formada de paja y con vestido completo, el cual pelele era una *vera efigies* por su trage y hasta sus facciones del *señor Marcos*, marido y conjunta persona de la

*Chusca*, á cuya ventana habia estado espuesto de cuerpo presente en los tres dias de carnes-tolendas; ofrenda dirigida por sus propias manos, en obsequio del fauate de la fiesta, su predilecto y osado *Chirlo*, y emblema harto claro para él y para los circunstantes, y únicamente mudo para el cándido original de aquella ingeniosa mistificacion.

En la boca del pelele, y casi sin que nadie lo echase de ver, una misera *sardina* iba destinada á la fatal huesa, sucediendo en esta fiesta como en otras mas importantes, en que la multitud de accesorios cubren y hacen olvidar el objeto principal.

Precedian, seguian, ó esperaban á tan régia comitiva en todos los puntos de la fiesta, diversos *Coros* ó estaciones, por lo regular delante de los puestos de licores ó de las calderas de buñuelos, en estos términos.

*Coro de doncellas.*

Las que envuelven cigarros en la fábrica del Portillo de Embajadores.

Las que pasean entre dos luces desde la red de San Luis á la plazuela de Santa Ana, dedicadas al comercio por menor.

Las que hacian de Madre España, y de Virtudes teologales y de Diosas del olimpo en las funciones de la jura.

Las que venden rábanos en verano, ó avellanas en feria, ó naranjas en primavera, ó castañas en invierno.

Las que vinieron de su pueblo á servir á un amo, y acabó su humildad por servir á muchos, barro fragil de Alcorcon, sujeto á golpes y quebraduras.

*Coro de mancebos.*

Todos los que asisten al encierro del domingo; los que pueblan la cuerda de la plaza, los que venden bollos ó truecan por vino agua de naranja ó café.

Los que hicieron el paseo de Recoletos, ó prestaron iguales servicios al estado en puentes y calzadas.

Los que forman las diversas comisiones de industria de esta capital; comision de pañuelos; comision de relojes; comision de cuarenta horas; comision de posadas y forasteros.

Los que juegan á la barra en las tapias de Chamberí, ó cantan amores á las ninfas del Manzanares, ó cobran el barato en la virgen del Puerto, ó venden caballos en el portillo de Lavapies.

Todos los estropeados de los ojos ó piernas, que los tienen buenos para huir de S. Bernardino; ó los que rascan guitarras á las puertas del jubileo ó sanan de sus accidentes epilépticos á la vista de un alguacil.

*Coro de inocentes.*

Todos los que venden fósforos y libritos de papel en la Puerta del Sol y sus adyacentes.

Los que cargan arena en los altos de San Isidro,

ó juegan á las aleluyas en el campo de los Guardias.

Los que arrojan carretillas ó garbanzos de pega á las faldas de las mugeres, ó apalean los perros, ó cogen la fruta de los puestos y echan á correr.

Los que vocean por las calles, «el papel que ha salido nuevo,» ó acompañan á los héroes en sus triunfos y á los reos en su suplicio; órganos destemplados de la pública opinion, fuelles del aura popular.

Todas estas y otras muchas clases que seria harto prolijo enumerar, alternaban confusamente con los enjaezados caballos, las campanillentas calesas, los perros ahulladores, máscaras espantosas, fuegos y petardos disparados al viento.

En tan amable desorden y con la progresion que es consiguiente al continuo trasiego del mosto desde las botas á los estómagos, descendió la imponente comitiva hácia la puente toledana, siguiendo á lo largo por las frondosas orillas del canal, y dándosele una higa asi de la elegante capital que dejaba á la espalda, como del fúnebre cementerio que miraba á su frente.

La burlesca y profana parodia se verificó en fin con toda solemnidad; ni se economizaron los cánticos burlescos, ni las religiosas ceremonias; el misero pececillo quedó sepultado, cerca del tercer molino, en una profunda huesa y dentro de una caja de turrón: el pelele *Marcos* ardió ostentosamente encima de una elevada pira; y creciendo con las sombras de la noche el bullicio y la embriaguez, agitáronse mas y mas los áni-

mos, callaron las lenguas, hablaron los garrotes, y para que nada faltase á la propiedad de aquellas profanas exequias, diversos combatientes á la luz de las llamas se entregaban mutuamente á la mas encarnizada pelea...

A la mañana siguiente la gente se agrupaba á mirar por la reja que hay debajo de la escalerilla del hospital... Dos cadáveres mutilados y desconocidos, espuestos hasta que algun pasagero pudiese declarar sus nombres y la causa de su muerte... ¡Sus nombres!... ¡la causa de su muerte!... la Chusca los sabia, y todo el barrio, menos el tio Marcos, los adivinó.

(Marzo de 1839.)

## LA POSADA

6

### ESPAÑA EN MADRID.

«La patria mas natural  
es aquella que recibe  
con amor al forastero;  
que si todos cuantos viven  
son de la vida correos,  
la posada donde asisten  
con mas agasajo, es patria  
mas digna de que se estime.»

*El Maestro Tirso de Molina.*

## I.

No hace muchas semanas que en el DIARIO DE MADRID y su penúltima página, en aquella parte destinada á las habitaciones, nodrizas, viudas *de circunstancias*, y demas objetos de alquiler, se leia uno, dos, y hasta tres dias consecutivos el siguiente anuncio:

«Se traspasa la posada número      de la calle de Toledo, con todos los enseres correspondientes. Es establecimiento conocido hace mas de cien años bajo el nombre del *Parador de la Higuera*. Su parroquia se extiende mas allá de los puertos, y sirve de posada á los ordinarios mas famosos de nuestras provincias. En cuanto á instruccion sobre precio y condiciones, el mozo de paja y cebada dará uno y otro á quien le convenga; teniendo entendido que el miércoles 9 del corriente á las 10 de la mañana se adjudicará al mejor postor.»

No fue menester mas que estas cuatro líneas para que todos los tragneros y especuladores provinciales, estantes y transeuntes, que de ordinario asisten en esta muy heroica villa, acudiesen al reclamo en el dia y hora señalados, como si llamados fueran á son de campana comunal.

Y el caso, á decir verdad, no era para menos. Tratóbase (como quien nada dice) de aprovechar la mas bella ocasion de echar los cimientos á una sólida fortuna; de arraigar en un suelo fructífero y sazonado; de continuar una historia y fama seculares; y dar á conocer á la corte y á la villa, á las provincias de aquende y allende puertos, que el famoso parador de *la Higuera* habia variado de dueño, y lo que el pais podia esperar de su nueva administracion.

Nacia tan importante como súbita variacion, de un suceso de aquellos grandes, y para siempre memorables, que marcan la historia de los imperios y de las posa-

das; y este suceso que iba á formar época en la del establecimiento que hoy nos ocupa, era la abdicacion espontánea y espresa del *tio Cabezal II*, anciano venerable de los buenos tiempos, hijo y sucesor de *Cabezal I*, fundador que fue del parador de la Trinidad en los arranques del puerto de Guadarrama; ascendido despues á uno de los centrales de la carretera de Andalucía, en el Real sitio de Aranjuez; y dueño, en fin, hasta su muerte del gran parador de *la Higuera*, cuya sucesion transmitió naturalmente á su hijo primogénito, el mismo que hoy fijaba sobre sí la atencion de la posteridad por su espontánea y magnánima resolucion.

No era esta hija de un momento de irreflexion ni de un capricho pasagero, como es de suponerse, sabiendo que nuestro *tio Cabezal* frisaba ya en los ochenta eneros, y podia alcanzar todo el grado de madurez de que era capaz su organizacion cerebral. Pero hay sucesos en la vida que dan origen á aquellas peripecias que marcan sus diversas fases, y hay objetos, que por separados que aparezcan entre sí, mantienen con nuestro espiritu cierta oculta relacion que una grave circunstancia viene tal vez á descubrir. Aquel suceso, pues, y aquel objeto, ligados tan estrecha é indisolublemente con el ánimo del *tio Cabezal*, era la muerte del *Endino*, soberbio macho, natural de Villatobas, que prematuramente y á los treinta y siete años de su edad, habia dejado de existir, privando de su motor agente é inteligente á la noria del parador; porque conviene á saber, que el parador tenia noria, en uno como patio,

que en los tiempos atras sirvió de huerta, de que aun se conserva una higuera, por donde le vino el nombre al establecimiento.

En esta circunstancia desgraciada, en esta muerte natural, *lógica*, y consiguiente, que cualquiera hubiera tomado bajo el punto de vista material, vió nuestro Cabezal esplicado el fin de una emblemática parábola, que de largos años atras gustaba esplicar á sus comensales; á saber: que la noria era su posada; el macho su persona; los arcaduces los tragineros que venian á verter en su regazo el fruto de sus acarreos; y que en el punto y hora en que el macho dejase de existir, la noria dejaria de dar vueltas, el agua de llenar los arcaduces, el pilon de recibir su manantial. Y llegaba á tal extremo su supersticiosa creencia, y de tal suerte creia identificada su existencia con la existencia del macho, que le mimaba y bendecia con mas celo que el hechizado D. Claudio á su *lámpara descomunal*; y faltó poco para que realizando su profecía le ahogase su dolor á la primera nueva de la muerte de su compañero. El ánima, empero resistió á tan violenta comparacion, y pudo sobrevivir á aquel terrible impulso de pesar; pero agotadas por él todas las fuerzas de la resistencia, cortó las alas al albedrío, y dejó al infeliz Cabezal condenado á vegetar estérilmente y sin amor á la gloria, ni esperanza en el porvenir. Esta fue la razon por que desengañado del mundo, determinó poner un término á sus negocios, y dejar las riendas de aquel gobierno á manos mas ágiles y bien templadas.

## II.

A misa mayor repicaban las campanas de San Millañ, cuando por la calle abajo de Toledo, entre el tráfago de carromatos y calesas, tragineros y paseantes, veíanse adelantar agitadamente y con rostros meditabundos, reveladores de una preocupacion mental mas ó menos profunda, diferentes figuras, cuyos trages y modales daban luego á conocer su diversa procedencia. Y puesto que la relacion haya de padecer algun estravio, no podemos dispensarnos de hacer tal cual ligero rasguño de las principales de aquellas figuras, siquiera no sea mas que por poner al lector en conocimiento de los personajes de la escena, dándole de paso alguna indicacion sobre las diversas inclinaciones y peculiar modo de vivir de los naturales de nuestras provincias en este emporio central de España, á donde vienen á concurrir en busca de mas próspera fortuna.

El primero que llegó al lugar de la cita fue, si mal no recordamos, el señor *Juan de Manzanares* (alias el tío *Azumbres*), honrado propietario y traficante de la vi-

lla de Yepes, ex-cuadrillero de la ex-santa hermandad de Toledo, arrendador de diezmos del partido, y persona notable por su buen humor, por el nombre de sus bodegas, y por los catorce pollinos que le servían para el acarreo.

Este tal, montado en ellos, y en las nueve leguas que dista de Madrid, su villa natal, habia hecho el camino de la fortuna, con mejor resultado que Sebastian Elcano dando la vuelta al globo, ó que Miguel de Cervantes encaramado sobre los lomos del Pegaso; y era porque no habia tenido la necia arrogancia de echarse como aquel á descubrir mares incógnitos, ni como este á proclamar verdades añejas; sino que dejando á un lado la region de las ideas, se habia internado en la de los hechos, limitándose á establecer una sólida comunicacion entre sus tinajas y las ochocientas y diez y seis tabernas públicas que cuenta nuestra noble capital. Por lo demas, eso le daba á él de los tratados de los economistas célebres sobre las relaciones de los productos con el consumo, como de la guerra próxima del Sultan con el virey de Egipto; y asi entendia la teoría de la sociedad de templanza de Nueva-York, como el alfabeto de la China; sin que esto sea decir tampoco que en punto á alfabeto conociese siquiera el vulgar castellano, y con respecto á aritmética tuviese otra tabla pitagórica que los diez dedos que en ambas mancs fue servido de darle el Señor, con los cuales y su natural perspicacia tenia lo bastante para arreglar sus cuentas con sus infinitos comensales, y era fama en el pueblo que todavia no

habia ninguno conseguido eludir ni burlar su vigilancia.

La idea de un establecimiento en Madrid á cuyo frente pensaba colocar á su yerno *Chupa-cuartillos*, recientemente enlazado con su hija única (alias la *Moscatela*), habia hallado acogida en el bien templado cerebro de nuestro Azumbres, y en silencioso recogimiento meditó largo rato sobre ella, la una mano en el pecho, la otra á la espalda, sostenido en un pie sobre el suelo, y el otro casi reposando encima de uno de los pellejos, simbolo de su gloria y prosperidad; hasta que por fin se decidió á acudir al remate del parador, seguro de que sus antiguas relaciones con el poseedor dimisionario, y mas que todo, la fama de su gran responsabilidad y gallardía, le daba de antemano por vencidas todas las dificultades que pudieran oponérsele.

Contraste singular y antítesis verdadera del ricachon de Azumbres, formaba el mísero *Farruco Bragado*, hijo natural de la parroquia de San Martín de Figueiras, provincia de Mondoñedo, reino de Galicia. Este infeliz ser casi humano, en cuyo rostro averiado del viento y ennegrecido del sol no era fácil descubrir su fecha, hacia tres semanas que habia arribado á estas cercanías de Madrid, á bordo de sus zuecos de madera, y en compañía de una columna de compañeros de armas que con sus grandes hoces, y el saco al hombro suspendido de un respetable palo, venian desde 100 leguas al son de la *muñeira* á brindar su indispensable ministerio agostizo á todos los señores terratenientes y arrendatarios de nuestra comarca; escepto, empero, el término del

lugar de Meco, á donde ningun gallego honrado segaría una espiga, siquiera le diesen por ello mas oro que arrastra el Sil en sus celebradas arenas.

Mas la señora fortuna, que á las veces tiene toda la maliciosa intencion de una dama caprichosa y coqueta, quiso probar la envidiable tranquilidad de nuestro segador, y permitió que guiado de aquel instinto con que el gato busca la cocina, el raton el granero, el mosquito la cuba, y el hombre la tesorería, reparase nuestro Farruco en una puerta de cierta tienda de la calle de Hortaleza, á cuya parte exterior alumbraban dos reverberos, con sendas letras, que aunque para él eran griegas, bien pronto fueron cristianas, oyendo pregonar á un ciego, que sentado en el umbral de la dicha puerta exclamaba de vez en cuando: — *« La fortuna vendo ; esta noche se cierra el juego ; el terno tengo en la mano ; á real la cédula. »*

Farruco á la vista de la fortuna (porque la vió, no hay que dudarlo, la vió, fantástica, aérea y calva por detrás, como la pintaban los poetas clásicos), hizo alto repentino como acometido de súbita aparicion. Miró al ciego chillador ; miró á la puerta ; escudriñó el interior de aquella mansión de la deidad ; vió relucir el oro sobre su altar ; clavó los ojos en el suelo ; y sin ser dueño á contenerse, metió dos largas uñas en el bolsillo, y con heroica resolucion y no meditado movimiento, sacó uno á uno hasta ocho cuartos y medio que dentro de él habia, entre diversas migajas de pan y puntas de cigarro, y los puso sobre el mostrador á cambio de una

cédula incorpórea, fugaz, transparente, al través de la cual vió con los ojos de la fe un tesoro de veinte pesos.

Pero no fue esto lo mejor, sino que Farruco habia visto bien, y al cabo de los pocos dias llegó un lunes, ¡dichoso lunes! en que la fortuna acudió á la cita; quiero decir, que los números del billete respondieron exactamente á los que proclamaban los agudos chillidos de los pilluelos de Madrid. Con que mi honrado segador por aquella atrevida operacion, se vió, como quien nada dice, al frente de un capital de cuatrocientos reales; desde cuyo punto empezó para él una existencia nueva, que si no mas feliz, era por lo menos mas interesante y animada.

Altos y gigantescos proyectos eran los que habian despertado en la imaginacion del buen Farruco aquellos veinte pesos, inverosimil tesoro, superior á sus mas dorados ensueños. Con ellos y por ellos creíase ya señor de la mas alta fortuna, y ni los elevados palacios, ni las brillantes carrozas, parecíanle ya reñidas perpetuamente con su persona.

Bien, sin embargo, echó de ver que le era forzoso buscar con el auxilio de su ingenio, útil empleo y provechosa colocacion á aquella suma; y aqui de los desvelos y cavilaciones del pobre segador que estuvieron á pique de dar con él en los orates de Toledo. ¡Trabajo ordinario y pension obligada de las riquezas, el venir acompañadas de los graves cuidados que alteran la salud y quitan el sueño!

Parecióle primero, como la cosa mas natural, el regresar á su pais natal, donde compraria algunas tierras, prados y bacorriños; item mas, una moza garrida que sirvió tres años de doncella al cura de la parroquia, y que era la que le sujetaba el ánima y hacia darle brinco el corazon. Pero el miedo natural del largo camino y peligros consiguientes le detenian en su resolucion. Hubo, pues, de tratar de asegurar su capital por estos contornos, y como nada le parecia demasiado para aquel tesoro, todo se le volvia informarse con reserva de si estaban de venta la Casa de Campo ó los bosques del Pardo; otras veces hallábase inclinado al comercio y queria tomar por su cuenta el Peso Real, ó el nuevo mercado de san Felipe. En vano su amigo y compatriocio Toribio Mogrobejo, alumno de Diana en la fuente de Puerta Cerrada, haciale ver las ventajas del oficio, la solidez y seguridad de sus rendimientos, el líquido producto de la cuba, y el sólido de la esportilla ó del carteo; y ofreciale asegurarle media plaza (1) y salir su *responsable* para el pago de la cubeta. Farruco sonreia desdeñoso como compadeciendo la ignorancia en que suponía á Toribio de su nueva fortuna, y proseguía sus castillos en el aire, hasta que teniendo noticia del arriendo del parador de la Higuera, parecióle que nada le iria tan bien como emplear en esto sus

(1) Nombre que dan los aguadores de Madrid al derecho que compran ó transmiten de unos en otros, de llenar sus cubas en ciertas fuentes; derecho que muchas veces hacen subir hasta diez, doce y mas onzas de oro.

monedas, y para ello acudió á la cita á hora prefijada.

En pos de él se descolgó un valenciano ligero y frescachon, con sus zaragüelles y agujetas, manta al hombro izquierdo y pañuelo de colores en la cabeza. Llamábase *Vicente Rusafa*, y era natural de Algemesi, camino de Játiva. Inconstante por condicion, movil por instinto, agitado y resuelto por necesidad; una mañanita de mayo por no sé que quimeras, de que resultaron dos *cruces* mas en el camino de la Albufera, abandonó sus pintados arrozales por estos secos llanos de Castilla, dijo «á Dios» por un año al *Miguelete*, y se vino á colocar un puesto de horchata de chufas por bajo de la torre de Santa Cruz. Pero pasó el Estio y pasaron con él la horchata de chufas, y las elecciones; y vino el Otoño, y con él vinieron los frios y los muñecos de pasta; y nuestro industrial tuvo que acogerse á vender sandías por las calles hasta que ya entrado el invierno se colocó en un portal donde estableció su depósito de estera de pleita fina, que le produjo lo bastante para abrir en la primavera comercio de loza de Alcora, y pan de higos de Villena.

Detras de él, y por el mismo camino se adelantó un robusto mancebo, alto de seis pies, formas atléticas, facciones ásperas, gruesas y pronunciadas, voz estentórea, y desapacible acento gritador. Su nombre *Gaspar Forcalls*; su patria Cambrils; su acento provenzal; su profesion traginante carromatero. Llevaba alpargates de cáñamo y medias de estambre azul, calzon abierto de pana verde, y tan corto por la delantera que á no ser por la

faja que la sujetaba , corria peligro su enorme barriga de salir al sol. La chaqueta era de la misma pana verdosa, y el gorro de tres cuartas que llevaba en la cabeza, de punto doble de estambre colorado; ocupando ambas manos, una con un látigo que le servia de puntal, y la otra con una pipa de tierra en que fumaba negrilla de la fábrica de Barcelona.

Este tal, mayoral en su tiempo de la diligencia de Reus á Tarragona, ordinario periódico despues de aquella capital á Madrid , habia calculado lo bien que á sus intereses estaria el establecer en esta un depósito de mensagerias con que poder abarcar gran parte del comercio de Madrid con el Principado; y parapetado con buenos presupuestos, y con no escasa dosis de inteligencia y suspicacia, se presentaba al concurso á la hora prefijada.

Del género trashumante tambien, y ocupado igualmente en el trasporte interior, aunque por los caminos de herradura, el honrado *Alfonso Barrientos*, natural de Murias de Rechivaldo en la Maragatería, se presentó tambien con sus anchas bragas del siglo XV, su sombrero cónico de ala tendida, su colete de cuero, y su fardo bajo el brazo. Hábil conocedor de las necesidades mercantiles de Madrid, relacionado con sus casas de comercio principales, que no tenían reparo en fiar á su honradez la conducta de sus caudales, gefe de una escuadra de parientes, amigos y convecinos, que desde los puntos de la costa cantábrica sostenian hace veinte años la comunicacion regular con la capital, hallábase el buen

Alfonso en la absoluta necesidad de establecer en esta una factoría principal donde esponder sus lienzos Vive-ros, jamones de Candelas, y truchas del Barco de Avila, amen de las expediciones de caudales de la hacienda pública y particulares, víveres de los ejércitos, y provisiones de las plazas; y estaba seguro de que con su presencia y antigua fama, no podia largo tiempo disputarle la preferencia ningun competidor.

Alegre, vivaracho y correton, guarnecido de realitos el chupetin, con mas colores que un prisma, y mas borlas que un pabellon, *Currillo el de Utrera*, mozo despierto y aventajado de ingenio, rico de ardidés y de esperanzas, aunque de bolsa pobre y escasa de realidades, se asomó como jugando al lugar del concurso, con la esperanza de que acaso le fuera adjudicada la posada, bajo la palabra de fianza de un sobrino del compadre de la muger del cuñado de su mayoral; y todo con el objeto de dejar su vida nómada y aventurera, porque se hallaba prendado de amores por una mozuela de estos contornos, que encontró un dia vendiendo rábanos en la calle del Peñon, con un *aquel*, que desde el mismo instante se le quedó atravesada en el alma su caricatura y no acertó á volver á encontrar otro camino que el del Peñon.

La nobilísima Cantabria, cuna y rincon de las alcur-nias góticas, de la gravedad y de la honradez, contri-buyó tambien á aquel concurso con uno de esos esquina-zos móviles, á cuyos anchos y férreos lomos no seria im-possible el trasportar á Madrid la campana toledana ó el

cimborrio del Escorial. Desconfiado, sin embargo, de sus posibles, mas como espectador que como actor, se colocó en la puja con ánimo tranquilo y angustiado semblante, como quien estaba diciendo en su interior—*¡Ah Virgen! Si no costára mas de dos riales, eu tamen votaba una empujadura!*

«A los ricos melocotones de Aragon, de Aragon, de Aragon»—Venian gritando por la calle abajo *Francho el Moro y Lorenzo Moncayo*, vecinos de la Almunia, y abastecedores inmemoriables de las ferias matritenses. La rosada y rotunda faz del primero, imagen fiel de la fruta que pregonaba, su aspecto marcial, su voz grave y entera, su risa verdaderamente espontánea, y el grave aspecto y la formal arrogancia del segundo, inspiraban confianza á los compradores y brindaban de antemano al paladar la seguridad de los goces mas deliciosos. Colocados muchos años á la puerta de la posada de la Encomienda, calle de Alcalá, ó caminando á duo por las calles con su banasta á medias agarrada por las asas, habian logrado establecer tan sólidamente su reputacion, que estaban ya en el caso de aspirar á mayor solidez, teniendo en esta un depósito central donde poder recibir sus variadas cosechas y hacer su periódica esposicion.

Si no dulces y regalados frutos naturales, por lo menos picantes y sabrosos artificios era lo que ofrecer podia en el nuevo establecimiento el amable *Juan Farinato*, vecino del lugar de Candelario en Estremadura, célebre villa por los esquisitos chorizos que desde la inven-

cion de la olla castellana han vinculado á su nombre una reputacion colosal. Farinato, descendiente por linea recta del inventor de la salchicha, y vástago aprovechado de una larga série de notabilidades de la tripa y del embudo, habia traído por primera vez á Madrid á su hijo y sucesor, verdadera litografía de su padre en facciones, trage y apostura, y despues de introducirle con el sin número de amas de casa, despenseros y fondistas, de cuyos mas picantes placeres estaba encargado, pensó en fijar en esta su establecimiento, dejando al joven Farinaitillo el cuidado de ir y volver á Candelario por las remesas sucesivas.

Por último, para que nada faltase á aquel general é improvisado cónclave provincial, no habian sonado las diez todavía, cuando espoleando su rucío, compungida la faz, la nariz al viento, y las piernas encogidas por el cansancio, llegó á entrar por la posada adelante el buen *Juan Cochura*, el castellano viejo, aquel mozo cuitado y acontecido, de cuyas desgraciadas andanzas en su primer viage á la corte tienen ya conocimiento mis lectores (1). Con que se completó aquel animado cuadro, y pudo empezarse la solemne operacion del *traspaso*; pero antes que pasemos á describirla, bueno será pasear la vista un rato por el lugar de la escena, si es que lo desabrido de la narracion no ha conciliado el sueño de los benévolos lectores.

(1) Véase el artículo titulado El Recien-venido.

### III.

**E**n el comedio del último trozo de la calle de Toledo, comprendido entre la puerta del mismo nombre y la famosa plazuela de la Cebada, teatro un tiempo de los dramas mas románticos, ahora *de las musas* mas clásicas y pedestres, conforme bajamos ó subimos (que esto no está bien averiguado) á la izquierda ó derecha, entre una taberna y una barberia, álzase á duras penas el vetusto edificio que desde su primitiva fundacion fue conocido con el nombre del *Parador de la Higuera*, el mismo á que nos dejamos referidos en la narracion anterior.

Su fachada exterior, de no mas altura que la de unos 30 pies, se ve interrumpida en su estension por algunos balcones y ventanas de irregular y raquítica proporcion faltos de simetría y correspondencia, y ofrece como es de presumir, pocos atractivos al pincel del artista ó las investigaciones del arqueólogo. Su color primitivo, oscuro y monótono, la solidez de su construccion de argamasa de fuerte pedernal y grueso ladrillo, las mezquinas proporciones de los arriba nombrados balconillos, el enorme alero del tejado, y la altísima puerta de entrada, cuyas jambas de silleria aparecen ya un sí es no es

desquiciadas, merced al continuo pasar de carromatos y galeras, dan á conocer desde el primer aspecto la fecha de aquel edificio, si ya no la revelase espresamente una inscripcion esculpida en el dintel de la dicha puerta; la cual incripcion alternada con la que sirve de insignia al Parador, viene á formar un todo bastante heterogéneo y difícil de comentar; dice pues así.

PARADOR.

JHS. 16. MRA. 22. JHE. DE LA

*Se yerra á fuego y en frío.*



Que segun los inteligentes se reduce á declarar (despues de los respetables nombres de la sacra familia y del emblemático título del parador) que aquella casa fue construida en el año de gracia de 1622; con que es cosa averiguada sus dos siglos y pico de antigüedad.

En el ancho y cuadrilongo vestíbulo que sirve de ingreso, no se mira cosa que de contar sea, supuesto que á aquella hora todavia no trabajaba el herrador de la parte afuera de la calle, y los mozos y ordinarios no habian colocado aun el banco temblador sobre que suelen pasar las siestas jugando al truquiflor y á la *se-cansa*.

Pásase desde el citado ingreso á un gran patio cuadrilátero cercado por su mayor parte de un cobertizo que sirve para colocar las galeras y otros carruages, y sobre el que sustentan los pasillos y ventanas de las habitaciones interiores de la casa. A su entrada el in-

dispensable pozo con su alto brocal y pila de berroqueña, y en ambos lados, por bajo del cobertizo, las cuerdas y pajares con la suficiente comodidad y desahogo.

La habitacion alta está dividida en sendos compartimentos, adornados cada uno con su tablado de cama verde, jergon de paja, sábanas choriceras y manta segoviana; su mesilla de pino, con un jarro y candil y una estampa del Dos de mayo ó del Juicio final, pegada con miga de pan en el comedio de la pared; amen de los diversos adornos que alternativamente aparecen y desaparecen, tales como albardas, colleras, esquilonos y otros, propios de los traginantes, que suelen ocupar aquellos aposentos.

Unicos habitantes permanentes de tan estenso recinto, y ruedas fijas de su complicada máquina eran: primero, el dueño propietario *Pedro Cabezal*, anciano respetable de que queda hecha mencion; cuya estampa lozana y crecida en sus años juveniles, aparecia ya un si es no es encorvada por el transcurso del tiempo y los cuidados que pesaban sobre su despoblada frente; segundo, *Anselma Ordoñez*, hija putativa de *Diego Ordoñez*, difunto mozo de mulas, mayordomo y dispenserero que fue de la casa en los primeros años del siglo actual, y esposo de *Dominga Lopez*, tambien difunta, ama de llaves del *Cabezal*. Esta tal *Anselma* era una moza rolliza de veinte abriles poco mas ó menos, cuya fecha no muy conforme con la muerte del padre *Diego*, que falleció heróicamente de hambre en el año 12, se esplicaba mas naturalmente por las ma-

las lenguas que atribuian al tio Cabezal algunas relaciones en su tiempo con la viuda Dominga, y creian descubrir entre las facciones de aquel y las de la moza, mayor relacion y concomitancia que con las del difunto mozo de mulas. Pero sea de esto lo que quiera, y la verdad no salga de su lugar, es lo cierto que el famoso dueño del parador de la Higuera la tenia por ahijada, y en los últimos años de su edad, desprovisto como estaba desgraciadamente de sucesion directa, varonil y ostensible, manifestaba cierta predileccion y deferencia hácia la muchacha, y aun daba á entender claramente que aquel feliz mortal que lograrse interesar su asperanza, seria dueño de su mano, item mas, del consabido parador con todas sus consecuencias. Razon de mas para atraer á su posada crecido número de parroquianos gallardos y merecedores.

El tercer personaje de la casa era *Faco el herrador*, poderoso atleta de medio siglo de data, cojo como Vulcano, y señalado en la frente con una U vocal, insignia de su profesion, que le fue impuesta por un macho ceruil de Asturias con quien habrá quince años sostuvo formidable y singular combate. Gesto duro y avinagrado; manos férreas y cerdosas; alto pecho; cuello corto, y cabeza bien templada. Este tal era el consejero áulico, el amigo de las confianzas del Cabezal; era el que imprimia, digámoslo asi, *su sello*, á todas las determinaciones de aquel, que no tenian, como suele decirse, fuerza de ley, hasta despues de bien clave:eadas por el señor Faco, y pasadas por el yunque de su criterio.

Ultimo miembro de aquella cuádruple alianza venia á ser *Periquillo el Chato*, joven alcarreño hasta de diez y nueve primaveras, mozo de paja y tintero, que así enristraba la pluma como rascaba la guitarra; mas amigo del movimiento rápido y de la vida nómada, propia de su antiguo oficio de acarreador de yeso, que del quietismo y trabajo mental á que le obligaba el arcon de la cebada y el grasiento cuaderno de la paja, de que estaba hoy encargado, gracias á su notable habilidad para trazar algunos rasgos, que segun el maestro de su pueblo podian pasar por letras y por guarismos siempre que abajo se esplicase en otros mas claros lo que aquellos querian decir.

#### IV.

**S**entados, pues, magestuosamente en un ancho escaño, colocado á la espalda del vestibulo de entrada, el famoso Cabezal y su adjunto el herrador; aquel á la diestra mano, y este al costado izquierdo; el primero embozado en su manta de Palencia y el segundo apoyado en su baston de fresno con remates de Vizcaya; colocados en pie en respetuoso grupo circular todos los as-

pirantes y mantenedores de aquella lid, y asomando, en fin, por el balconcillo que daba encima del cobertizo la rosada faz de la jóven Anselma, premio casi indudable y última perspectiva del afortunado vencedor, dejase conocer la importancia del acto, y su completa semejanza con los antiguos torneos y justas de la edad media, en que los osados caballeros venian desde luegas tierras á punto donde poder manifestar su garbosi- dad y arrojo ante los ojos de la hermosura.

Dió principio á la ceremonia un sentido razonamien- to del buen Cabezal, en que hizo presentes las razo- nes que le asistian para retirarse de los negocios públi- cos, y envolverse en la tranquilidad de la vida privada, con todos aquellos considerandos que en igualdad de cir- cunstancias hubiera esplanado un Séneca, y que nuestras costumbres político-modernas suelen poner en boca de los magnates dimisionarios, y que quieren ser reelegi- dos. Con la diferencia de que el honrado Cabezal, que ignoraba quien fuera Séneca, asi como tambien el len- guage político cortesano, procedia en ello con la mayor sinceridad, siguiendo solo los impulsos de su concien- cia, y bien convencido de que desde la muerte del *En- dino*, sus débiles manos no eran ya á propósito para regir debidamente las riendas de aquel estado.

Seguidamente el herrador Facó, en calidad de su- perintendente y juez de alzadas del establecimiento, dió cuenta á la junta de su estado *financiero*; del presu- puesto eventual de sus beneficios y gastos, y del *balan- ce* de sus almacenes, y moviliario; no tratando, empero,

de la propiedad de la finca, cuyo dominio se reservaba Cabezal, y concluyendo con animarles á presentar incontinenti sus proposiciones de traspaso, á fin de proceder en su vista á la definitiva adjudicacion.

Aqui del rascar de las orejas de los circunstantes; aqui el hacer círculos en la arena con las varas; aqui el atar y desatar de las fajas y de los botones de la pretina; aqui el arquear de las cejas, tragar saliva, mirar á un lado y á otro, como tomando en cuenta hasta las mas mínimas partes de aquel conjunto; aqui el mirarse mutuamente con desconfianza y aparente deferencia, instándose los unos á los otros á romper el silencio, sin que ninguno se atreviese á ser el primero. Aqui, en fin, el balbuciar algunas palabras, aventurar tal cual pregunta, rectificar varias indicaciones, y volverse á recoger en lo mas hondo de una profunda meditacion.

Por último, despues de media hora larga de escena muda, en que solo se oia el pausado compás de las campanillas de los machos que retozaban en las cuadras, y el silbido de Periquillo que servia de reclamo para atraer á la puerta del parador algunas aves trashumantes de las que tienen sus nidos hácia la calle de la Arganzuela, se oyó en fin entre los concurrentes un gruñido semejante al último ¡ay! del infeliz marranillo cuando cede la existencia al formidable impulso de la cuchilla. Y siguiendo acústicamente la procedencia del tal sonido, volvieron todos los ojos hácia un extremo del círculo, y conocieron que aquel habia sido lanzado por la agostada

garganta del segador Farruco, quien alzando magestuosamente la cabeza, y como hombre seguro de sostener lo que propone, exclamó:—

—«En Dios y en mi ánima, iba á decir, que si vustedes non risuellan, yu risullaré.»—

—«¡Bravo, Farruco, bien por el segador!» exclamaron todos, como admirados de esta brusca interpelacion de parte de quien menos la esperaban.

—Silencio, señores (dijo el herrador); Farruco tiene la palabra.

—Es el casu (prosiguió Farruco), que yo non sé como icirlu; peru, si ma dan el edificiu, y toudo lu que en él se contien, ainda mais, la moza, para mí sulitu, pudiera ser que yu meta de traspasu hasta duscientus riales, pagadus en cuatro plazus dende aqui hasta la virgen del outru agostu.—

—Bravo, bravo (volvió á resonar por el concurso en medio de estrepitosas carcajadas); bien por Farruco el segador. ¡Doscientos reales en cuatro plazos! Vamos, señores, animarse, que si no queda el campo por Galicia. ¡Viva Santiago! ¡uff...!—Con otros alegres dichos y demostraciones que para todos eran claras menos para el honrado y paciente segador.

*Ira de Deu* (gritó á este tiempo el catalan, blandiendo el látigo por encima de las cabezas del amotinado concurso). ¿Será ya hor que nos antandams en formalidat, y prudensia? ¡Les diables carguen con este Castilla en que tot se hace riendo como les carrers de Hostalrich! Poqs rasons, pues, y al negocio, que se va haciendo

tard, y á mí me aspern mis galers á les ports de la siudat. Vean ells si les acomod trasients librs per tot, pagaders en Granollers, en cas de mi sosio Alberto Blanquets de la matrícula de San Feliú de Guixols.

—Otra, otra (dijo gravemente el aragones); aguarda, aguarda, con lo que sale media lengua. Yo adelanto trescientos pesos mundos y redondos; con mas, toda la fruta que gaste el señor amo, y la estameña franciscana que necesite para la mortaja; y ofrezco icir tres misas á las ánimas por mor de la señá Cabezala que Dios tenga allá abajo; y endiñale un risponso en el Pilar, que la virgen se hà é reir de gusto.—

—«¡Que viva el aragonés!» (gritó el concurso alborozado), y á los ojos del anciano Cabezal se asomó una lágrima tributo del amor conyugal, cuyo recuerdo habia despertado Francho *el moro*.

—A que si valen seis taullas de tierra de buen arros, orilla del Grao, y como hasta dies libras de seda en el Cañamelar para la próxima cosecha, aqui hay un valensiano que dará todo esto y las gracias si el señor amo quiere sederle el parador.—

—¿Qué eztan uzteez hablando ahí, compaez? Aqui hay un hombre, tio Cabezal; y detraz dezte hombre hay un compae que zale por mí, y ez primo der cuñado de la zobrina der regidor de Moron, que tiene parte con otros sinco en er macho conque trage la carga de aseite pa el compae Cabezal en la pazcua anterior; el cual zi zale (que zi zaldrá), por mi honor y juramento, esde luego pedirá á zu prima que le diga ar cuñado, que

pia á la sobrina der regidor que haga que zu tío ponga por hipoteca la parte trazera der macho, pa servir ar señor Cabelal y á toda la buena gente que moz ezcucha.

—¡Que viva Utrera! (esclamaron todos con algazara) y arriba Currillo que nos ha ganado la palmeta prontito y bien; ¡dichoso el que tiene compadres para sacarle de un ahogo! ¡que viva Carro y el cuarto trasero del macho de su compadre, que son tal para cual!

—Grazias, señorez (repetia Carro); pero bien zabe Dios que no lo desia por tanto.—

—Basta ya de bromas, señores, si ustedes gustan, que la mañana se pasa, y todavia tengo que llegar á Valdemoro á comer. Veo por lo visto que aqui todo son dimes y diretes, y el amo, á lo que entiendo, no nos ha llamado para oirnos ladrar.—Esto dijo con importante gravedad el manchego, y adelantándose un paso en medio del corro:—Yo (continuó con valentia) voy á tomar la gaita por otro lado, y creo que vuestas mercedes habrán de llevar el paso con el sonsonete. Aqui mismo, al contado, todo en doblones de á ocho, corrientes y pasados por estas manos que se ha de comer la tierra, aqui está mi argumento, y mi elocuencia está aqui. (Y lo decia por un taleguillo de cordellate que alzaba con la diestra mano.) A ver, á ver, si hay alguien que me le empuje, porque sino mio queda el parador; y cuenta, herrador, á ver si me equivoco; mil pesos dobles, justos y limpios, hay dentro del taleguillo; esos doy, y pues que no hay ni puede haber competencia, señores, pueden vuestas mercedes si gustan llegarse á oir

misa, que ahora poco estaban repicando en San Millan.—

Un confuso rumor de desaprobacion, y algunas interjecciones espresivas dieron á conocer el enojo que semejante arrogancia habia inspirado á la asamblea; el opulento Azumbres no por eso desconcertó su continente, antes bien sacando pausadamente la vara del cinto tomóla con la diestra mano, y pasando á la izquierda el taleguillo de los doblones, paseó sus insultantes miradas por toda la concurrencia, como aquel que está seguro de no encontrar enemigos dignos de combatir con él.

Sin embargo, no habia calculado con la mayor exactitud, porque adelantándose al interior del círculo el honrado maragato, hecha la señal de la cruz, como aquel antiguo paladin que se disponia á temerosa liza, tosió dos veces, escupió, miró en derredor, y quitándose modestamente el sombrero, prorumpió en estas razones.

—Con el permiso del señor manchego y de toda la honrada concurrencia; yo Alfonso Barrientos, natural y vecino de Murias de Rechivaldo, en el obispado de Astorga, parezco de cuerpo presente y digo; que aunque no vengo tan prevenido para el caso como el señor que acaba de hablar, todavia traigo, sin embargo, otro argumento que no le va en zaga á su saquillo de arpillera; y este argumento, y este tesoro, que no le cambiaria por toda la tierra llana que se encuentra comprendida entre la mesa de Ocaña, y las escabrosidades de Sierra Morena, es mi palabra, nunca desmen-

tida ni desfigurada; es mi crédito, harto conocido entre las gentes que se ocupan en el tráfico interior. Saque el señor herrero un papelillo de los que le sirven para envolver su cigarro, y déjeme poner en él tan solo mi rúbrica, y ella acreditará y hará buena la palabra que Alfonso Barrientos da de entregar mil y doscientos pesos por el traspaso del parador.—

—¡Viva el reino de Leon! ¡viva la honradez de la Montaña! (esclamaron estrepitosamente todos los concurrentes); y al diablo sea dada la arrogancia de la tierra llana!—

—Que me place (replicó sonriéndose el manchego), encontrar con un competidor digno por todos títulos de habérselas con Azumbres, el cosechero de Yepes; pero como no es justo darse por vencido á la primera vuelta, y como tampoco soy hombre á quien asustan todas las firmas leonesas, aqui traigo prevenidas para el caso nuevas municiones con que hacer la guerra á todos los créditos del mundo, aunque entren en corro los billetes del tesoro y las sisas de la villa de Madrid.—Sepan, pues, que en este otro saquillo (y esto dijo sacando á relucir del cinto un nuevo proyectil de mediano volumen) se encierran hasta doscientos doblones mas, los mismos que ofrezco al señor Cabezal por su traspaso, y punto concluido, y buena pro le haga al rematante.—

—Apunte vuesa merced, señor herrador (dijo con calma el maragato), que Alfonso Barrientos da dos mil pesos fuertes, si no hay quien diga mas.—

Aqui la algazara y el entusiasmo de los concurrentes llegó á su colmo, viendo embestirse con aquel ahinco á

los dos poderosos rivales, que mirándose recelosos á par que prevenidos, como que dudaban ellos mismos toda la estension de sus fuerzas y el punto término á que los llevaria el combate. Pero la mayoria de los pujadores, que conocian muy á su pesar, que solo podian servir de testigos en lucha tan formidable, iban descartándose del círculo, y abandonando con sentimiento el palenque. De este número fueron el choricero Farinato, el gallego y el asturiano, los aragoneses y el andaluz, los cuales sin embargo se mantenian á distancia respetuosa, como para mejor observar el efecto de los golpes y los quites respectivos.

Uno solo de los concurrentes no habia dicho aun «esta boca es mia,» y parecia como extraño á aquel movimiento, sin duda midiendo en su imaginacion la pequeñez y mal temple de sus armas para tan lucido y árduo empeño; y este ser infeliz y casi olvidado de los demas, no era otro que nuestro *Juan Cochura*, el castellano viejo, el cual con aparentes señales de distraccion, paseaba sus miradas por las alturas, como quien busca y no encuentra inspiracion ni mandato á su albedrío. Pero á decir verdad, si nuestro anteojo escudriñador hubiera podido penetrar en aquel recinto, no hay duda que muy luego hubiera observado que lo que aparecia desden é indiferencia de parte del Juan, no era sino cálculo refinado, y que sus miradas, al parecer estúpidas é indecisas, no iban dirigidas nada menos que á otro traspaso que le pusiera en posesion omnimoda y absoluta del parador.

Tal vez nuestros lectores habrán olvidado en el curso de esta estéril y cansada relacion, que sobre el círculo de los famosos mantenedores del torneo, y asomada en un balconcillo de madera que apenas se distinguia, ofuscado entre el humo que salia de la cocina inmediata, se hallaba presenciando aquella animada escena la robusta Anselma, la hija adoptiva del señor del castillo, la estrella polar de aquellos navegantes, y el puerto y seguro término de sus arriesgadas aventuras. Verdad es (sea dicho de paso) que casi todos ellos navegaban como Ulises sin saber por donde, ignorantes del faro que sobre sus cabezas relucia, y á merced de los escollos é incertidumbres de tan dudoso mar; mas por fortuna nuestro Juan Cochura tenia un amigo... ¡y qué amigo!... práctico y conocedor de aquel derrotero, playa saludable en medio de tan intrincado laberinto; el cual amigo no era otro que Faco el herrero, quien por un movimiento indefinible de simpatía hácia nuestro mozo castellano, le habia secretamente instruido sobre el rumbo cierto que tomar debía, diciéndole que si lograba interesar el amor de la joven Anselma, él y no otro seria el dueño del parador.

La gramática de Juan, parda como su vestido, no hubo menester mas reglas para comprender aquel idioma; y así desde el principio de la refriega dirigió sus baterías al punto mas importante y descuidado del combate; hasta que viendo que este se empeñaba con la artillería gruesa, y escaso él de municiones para sostener con decoro el castellano pendon, apeló á la estratage-

ma de la fuga; pero fuga armónica, cadenciosa y bien entendida, que ni el mismo *Bellini* hubiera ideado otra mejor.

Echó, pues, sus alforjas al hombro, y confiado en su buena estrella y en sus gracias naturales, de que ya tiene conocimiento el lector, subió poquito á poquito la escalera de la cocina; se llegó al balconcillo; tiró del sayal á la moza, como quien algo tenia que pedirla, y ella le siguió, como quien algo le tenia que dar.

Lo que al amor de la lumbre pasó, los coloquios y razonamientos que mediarían entre ambos, en los pocos minutos que inadvertidamente desaparecieron de la vista del concurso, son cosas de que solo los pucheros que hervían y el gato que dormitaba á la lumbre pudieran darnos razon; y es lástima sin duda que no quieran hacerlo, pues acaso por este medio vendriamos en conocimiento de una de las escenas de mas romántico efecto que ningun dramaturgo pudiera inventar.

Ello es lo cierto, que por resultas de este desenlace de bastidores (muy conforme tambien con la escuela moderna), dió fin el drama, volviendo de allí á poco á salir la dueña y el mancebo al balconcillo, asidos de las manos, y con los ojos brilladores de alegría; y oyéndose prorumpir á la heróica Anselma en estas palabras:

—«Padrino, padrino, que se suspenda el remate, que ya queda concluido el *traspaso*. Juan Algarrobo (alias Cochura), natural de Fontiveros, ha de ser mi esposo, que asi lo ha querido Dios.»—

Alzaron todos la vista con estrañeza al escuchar es-

:

tas razones, y el anciano Cabezal hizo un ademan violento que parecia como preludio de alguna gran catástrofe. Miró al balconcillo con ojos encendidos, y alzándose de repente, y desembozándose de la manta;—«¡Ah perra!» (esclamó); y ya se disponia á asaltar la escalera, cuando el buen Facó el herrador, el alma de sus movimientos, le detuvo fuertemente, trató de desarmar su cólera, y en pocas y bien sentidas razones, le hizo ver la alcurnia del mozo, y lo bien que le estaria admitirle por marido de su ahijada.

Todos los concurrentes conocieron entonces que habian sido víctimas de una intriga concertada de antemano, y dieron por de todo punto perdido su viage, con lo cual fueron desapareciendo uno en pos de otro, despues de felicitar al Cabezal por la astucia de los novios.

Estos, pues, despues de solicitar la bendicion paternal, quedaron instalados en sus nuevas funciones; y nuestro Juan Cochura, á quien en su primer viage á Madrid vimos burlado, escarnecido y preso por su ignorancia, llegó en el segundo á ser burlador ageno, y á ponerse al frente de un establecimiento respetable.

La fortuna es loca, y gusta las mas veces de favorecer á quien menos acaso es digno de ella... ¿Quién sabe...? Todavía quizás le reserva una contrata de vestuario, ó una empresa de víveres, y al que vimos entrar ayer cruzado en un pollino, preguntando los nombres de las calles, tal vez le miraremos mañana pasearlas en dorada carretela, y adornado su pecho con bandas y placas que nos deslumbren y oculten á nuestros ojos

la pequeñez del origen de su posesor. Espectáculo frecuente en el veleidoso teatro cortesano, y grato pasatiempo del observador filósofo que contempla con sonrisa tan mágico movimiento.

(Julio de 1839.)

## EL ESPIRITU DE ASOCIACION.

**E**l siglo XIX corre que vuela, y eso que ya no es ningún rapaz que digamos, sino antes bien entrado en años, como que para la próxima venitura ha de contar, si no miente el calendario, sus cuarenta navidades debajo del peluquin; pero él siempre tieso y rozagante, como aquellos señores mal criados, que empezaron á los doce años á hacer calaveradas, y que pretenden prolongar todavía su juventud á despecho de las arrugas que vienen á sorprenderles sin haberse fijado en nada, ni sin poder llegar á decir *esto me está bien*.

Y aconteció, pues, con este señor siglo en sus primeros años, lo que de ordinario acontece con todos los muchachos traviosos y vivarachos, que no bien se les ve inclinados á jugar con el tambor, luego al punto suelen calificarlos de futuros héroes; y si tal vez aciertan á aprender de memoria y á recitar con desparpajo una fá-

bula de Iriarte, de contado son y quedan clasificados en el catálogo de los sabios verosímiles.

Lo mismo nuestro siglo en cuestion; en sus primeros hervores hubo quien al verle quimerista y pendenciero profetizó de él gigantescas empresas y asombrosas hazañas; y luego vimos que todo era puro ruido y nada mas. Asi que mas grandecito le miramos recitar coplas, y manotear fuerte, le apellidamos el siglo *de las luces* y de la filosofía. Aficionóse despues á las cosas sólidas, como los caminos de hierro, y las monedas de oro, y luego le bautizamos de siglo material y amigo de la *positividad*. Pero en seguida le dió por aplicarse al gas y á las cerillas fosfóricas, y héteme aqui á mi siglo calificado de inflamable, volátil y fantástico; siglo de la poesía craneoscópica y de las cartas de pega.

¿Quién, pues, no se ha dado de calabazadas por comprender y fijar el verdadero espíritu de este siglo proteo, indefinible, incomparable; tronera de niño, pausado de joven, y mas entrado en años saltarin y brincador? Muchas y muy buenas obras se han escrito para definirle; muchos y buenos pinceles se han empeñado en dibujarle; pero él á lo mejor se ha tornado de espaldas al retratante, ó hale dejado caer el tintero encima al atareado escritor.

Váyanle VV. con estos ejemplitos al margen á tomar la medida al tal nene; quiero decir, á ponerle apellido que bien le cuadre, y hacer colar por exclusivamente suya cualquiera de las infinitas cualidades que adornan á este autor de *remedion*, á este cómico de la legua. No,

sino llámenle negro al mancebo, y en aquel punto y hora dará una voltereta, y veréisle tornado en blanco como un armiño.

Pero nadie podrá negarme que hay siempre en toda época alguna ó algunas cualidades mas especiales que otras; sin que al reconocerlas hayamos por eso de crearlas exclusivas ni echarlas, como quien dice, á reñir con las demas. Del mismo modo que en cada semblante humano se advierten una ó mas señales que le distinguen de los otros; como por ejemplo; una berruga en la nariz; lo cual es suficiente para poder apellidar á su dueño *el hombre de la berruga*; sin que esto sea decir que aquel hombre sea todo berruga, sino es ya que la berruga existe en el hombre aquel.

Pues bien; entre estas cualidades fisionómicas (no la berruga) de nuestro siglo, coloco yo, y otros habian adivinado antes, la mancomunidad en las ideas y en las acciones de los hombres, ó para hablar en términos mas cultos, *el espíritu de asociacion*.

Con efecto, por poco que observemos, veremos luego que esta es la cualidad primordial, el humor dominante de nuestra época; y asi como en otras se han refundido y representado, digámoslo asi, en un solo hombre, esta se multiplica y subdivide por millonésimas partes, átomos imperceptibles, entre todos los seres contemporáneos; de suerte que no parece sino que todos nacemos faltos de alguna cosa, y que nos buscamos é incorporamos por instinto, para formar entre todos un juicio completo, ó una verdadera y sólida voluntad.

De aquí tantas asociaciones políticas, científicas y literarias; de aquí tantas discusiones y controversias; tantas obras enciclopédicas; tantas compañías de seguros mútuos; tanta gloria por acciones; tanto matrimonio á partir gastos.

«Cuatro ojos ven mas que dos» dice un refran.—Refranes hay para todo; y tambien otro que dice, «A menos bultos mas claridad.» Si lo que han de ver los cuatro ojos es una cosa sola, y en un punto fijo, claro es que los cuatro verán la misma cosa que los dos.—Ejemplo.—Reunan VV. muchos sabios en una junta, y sumen luego las cantidades de sabiduria... ¿Cuánto me dan VV. si sacan menos que la que solia tener un sabio solo?

—«Dispare V. una bala á ese buque, señor sargento.»

—«El buque no está á tiro, mi general.»

—«Pues dispare V. toda la bateria.»

No es esto decir que el espíritu de asociacion no tenga y mucho de bueno; no señores: esto lo que quiere decir es que la asociacion suele á veces estar reñida con el espíritu; por lo demas, ¿quién niega que es susceptible de mil aplicaciones á cual mas importantes? — Por ejemplo.

Llega en estos afortunados tiempos á cumplir catorce abriles un mancebo... ¿A qué se ha de aplicar? ¿Ha de ir á llenarse las manos de callos para aprender un oficio mecánico con que ganar su subsistencia...? ¿Atestará su calletre de *infolios* para adquirir una profesion honrosa...? ¿O viajará, y revolverá mares y tierra en busca é investigacion de la verdad?

Nada menos que eso ; reúnese con otros compañeros todos de su edad, y declárase como ellos sabio y literato. (Esto es ya de cajon, y literato en el lenguaje moderno quiere decir que conoce las letras, ó sea el alfabeto; la poesía es una planta natural de suyo que crece con las barbas.)

Reunidos *en comandita* traducen entre seis ó siete una comedia en un acto, ó disuelven sus ideas en un periódico por *tomas* semanales, ó bien cortan trozos y páginas enteras de acá y acullá, y lo zurcen y planchan de nuevo en su laboratorio, y hágote original. Y los que no estan de servicio, fórmanse en comision de aplausos, y repiten en coro las glorias del compañero, y chillan y rabian, predicando su entusiasmo al pobre público, que en todo habia pensado menos en sospechar que tenia un genio mas á quien adorar; y le mira y remira, y abre tanta boca, y dice como sorprendido. —«¡Vean VV., quien lo habia de decir ! ; y le teniamos por un fátuo!»—Hé aqui el espíritu de asociacion útilmente aplicado al ingenio.

Sueña un pobre tendero que su vara se ha convertido en la de Moysés, que hacia saltar torrentes de gracia de las duras peñas; mira á su paisano y antiguo compañero manejando grandes capitales, y dando la cara á formidables empresas. Hay, sin embargo una diferencia; y es que el tal paisano es efectivamente poderoso, mientras que nuestro hombre no tiene mas capital que su activa imaginacion... No importa... ¿Quién dijo miedo?—Asóciase para esplotar aquella con un tonto (que

nunca faltan para bien de la humanidad), y á dos por tres da con él en tierra, y luego con otros y otros, y salta por encima de todos, y se va elevando, elevando, hasta que de asociacion en asociacion, pára en asociarse con un magnate; y luego con un ejército; y despues con un gobierno; y alza y baja los fondos del estado; y hace y deshace paces y guerras; y forma oposiciones; y levanta ministerios y... vayan VV. á decirle al tal que el espíritu de asociacion no es cosa buena.

¡Pobra viuda! tu contabas con el dia treinta del mes, y hace muchos ya que los meses en España no tienen treinta; llamaste á la tesoreria y la tesoreria te respondió en hueco; hasta el perro guardador dejó de ladrar por falta de motivo; no tienes mas remedio, pobre viuda, que arrimar tu lumbre á la de tu vecino el cesante, ó traerte á tu celda al exclaustrado, ó rezar con las monjas por vuestros difuntos bienes; y aplicar á la puchera el espíritu del siglo, el *espíritu de asociacion*.

Otra de las mas ingeniosas aplicaciones de esta *sociabilidad* es la que suelen hacer los inquilinos con sus caseros, declarándose dueños *in partibus* de la finca alquilada y usufructuarios *in integrum* de su propiedad.

Las damas de gran tono suelen celebrar tambien esta especie de *contrato social* con los mercaderes de calle Mayor, pagándoles en sonrisas y amabilidad las blondas y rasos con que aquellos cuidan de proveerlas.

Los elegantes rigoristas tienen por *asociado* al sastre, y abierto permanentemente en su libro el registro de la sociedad; y los parásitos y aduladores de pandilla, se

asocian á los poderosos, poniendo en fondo comun sus loores y simpatías, mientras que por la contraria se ofrecen los palcos abonados, las doradas carretelas, y las salsas del cocinero.

Pero el adelantamiento mas positivo, lo que califica de grande al espíritu de asociacion de nuestro siglo, es su aplicacion al matrimonio; á este doble contrato de nuestra santa madre Iglesia, ya convertido en triple por la moderna filosofia.

Con efecto, desde que todos los galanes se han vuelto barbas, ya no hay drama posible; desde que los poetas modernos han renegado de la mitologia, huyeron de su imaginacion todas las deidades imaginarias, y en la muger no miran mas que un mueble de uso comun, y en el amor nada mas que un sentimiento de orgullo ó de comodidad. En vez de pintarle niño y alado, hácenle marchar barbudo y con pies de plomo; quitáronle la venda de los ojos, y aplicaron á ellos el catalejo de la investigacion y del cálculo; arrancáronle de las manos el arco y las flechas, y pusieronle en su lugar un bolsillo y una pistola.

Vayan VV. con anacreónticas y cartas en vitela á estos señores *amargos*, que á los veinte años tienen ya *carcomida la existencia*; que no hallan posible el amor sin el ribetito del crimen, ó por lo menos sin peligro de muerte; que entienden, por otro lado, que los sentidos pueden marchar muy bien sin el auxilio del corazon, y que el suyo, en fin, vale mucha plata para entregarle á dos por tres.

Váyanles VV., digo, señoras doncellas, con las indirectas que antes eran de uso comun entre vosotras de... *¿Qué malo es V...! ¿Quién le creyera...? ¿Lo dice V. de veras...? Dígalo V. á mamá...* A ellos, que no reconocen intimaciones ni proclamas, ni hijos ni padres posibles; ni categorías ni fórmulas; que empiezan por aprear el tratamiento á la persona á quien se dignan dirigirse, y por llamarla *Muger* á secas, como en otro tiempo decian los patriarcas de la ley antigua á la primera moza garrida que encontraban espigando en el desierto. «*Muger, vente conmigo, y partirás mi tienda y mi lecho,*» y ellas cogian el cántaro bajo el brazo y echaban á andar tras ellos á partir lo arriba dicho.

Pero ellos (los nuestros) ni siquiera hacen caso de vosotras, espigaderas virginales, que salís á espigar en el campo de la sociedad; y si os dicen por acaso que les sigais, cuenta, que no es la tienda lo que quieren con vosotras repartir.

Pero no; en vano sois sus sombras; en vano os les presentais á todas horas, y bajo las formas mas fantásticas y análogas á su indefinible voluntad; en vano seguis sus gustos, sus inspiraciones, sus manías; en vano remedais sus acciones y apostura; y si ellos dejan crecer sus cabellos hasta la espalda, vosotras los dejais colgar hasta la cintura; y si ellos procuran *triangulizar* su frente, vosotras seguis en la vuestra la misma geométrica proporcion; en vano palideceis como ellos; en vano sonreís amargamente; en vano cantais llorando, y bosteis en el baile; en vano quisiérais morir para pare-

cerles mejor. Ellos ni os reparan siquiera, porque su corazon... ¡oh! su corazon está *lanzado en las etéreas é insondables ilusiones de un fatídico porvenir*, y ni han observado vuestras lágrimas, ni vuestras ardientes ojeadas, ni vuestras gracias seductoras, ni vuestro trage sentimental.

Pero al fin son hombres, y al traves de esta fantástica existencia, tienen sus horas de *positivismo*; horas en que la materia se revela contra el espíritu, y lo deja como quien dice arrinconado y sin poder chistar; y en estas horas y en estos dias (ó sean noches) en que la flaca humanidad llama á la puerta, es cuando recuerdan que les falta una cosa.—¿Qué cosa es esta?—*La muger*.—Y échanse por esos salones á buscar las mugeres del prójimo, con una seguridad que no parecen sino hermanos de la Mesta que dan suelta al ganado en cualquier prado concejil.—

Porque pensar que estos señores *escépticos* han de dudar de que las doncellas no les convienen, es pensar en lo escusado; y las razones son claras; 1.<sup>a</sup> porque las doncellas se pagan mucho de esto del corazon, y el suyo ya queda espresado que es inenagenable; 2.<sup>a</sup> porque ellas (las muchachas) si se las da un pie, luego piden la mano, y ya queda dicho arriba que su mano está armada para estos casos de un agudo puñal; 3.<sup>a</sup> porque una soltera es una muger completa, y á ellos para su objeto les basta con un *fragmento*; porque aquellas en fin aspiran á un lazo terrible y duradero, y ellos no á otra cosa que á un desenlace pronto y feliz.

Por estas razones y otras muchas que yo me sé, igualmente materiales y tangibles, dijeron y dicen para su capote.—¿Muger?—La del prójimo.—Uno... dos... tres... trinidad perfecta.—¡Ah del espíritu del siglo!—Y aparecióseles el *espíritu de asociacion*.

Y el *marido* desde entonces tuvo un esclavo mas á quien mandar, y la muger un dueño mas á quien servir.

Aquel dijo:—«Quiero ser ministro,» y su siervo se constituyó en adulador.—«Quiero ser diputado;» y su cliente se convirtió en candidatura ambulante.—«Quiero ser periodista;» y el amigo colaboró con él la pública opinion.—«Quiero ser poeta;» y el amante se obligó á entusiasmar al patio.—«Quiero ser tonto;» y el tercero en concordia fue tonto como él.—«Quiero ser pobre;» y el protector se encargó de pagar al casero.

En cambio de todos estos servicios, por premio de tantos sinsabores el vice-marido pudo contar... ¡ahí que no es nada! ... ¡*con media muger!*...—¡Y qué muger!... ¡Y habrá todavía quien se ria de los maridos?

No hay, pues, que estrañarse de que en el estado actual de nuestras costumbres, el matrimonio, sagrado vínculo que en tiempos atrasados confundia en uno dos corazones, se haya convertido en un triángulo equilátero, y que sean homogéneos el marido y el amante. Ambos tienen á la muger; ambos la engañan, ambos la desprecian. El ídolo dorado se derritió, y quedó el barro tosco y material: lo que antes exigia justa adoracion, es ya por su culpa objeto de burla y menosprecio.

Tal sin duda es el raciociuio de muchos maridos, y

tal era tambien el que formaba respeto á su esposa el joven don...

Pero respetemos la memoria de un desgraciado; y hagamos gracia á nuestros lectores del ejemplo práctico; basta por hoy haberles impuesto en la teoría del espíritu del siglo, el *espíritu de asociacion*.

(Diciembre de 1839.)

AYUNTAMIENTO DE MADRID



UNA JUNTA DE COFRADIA.

## UNA JUNTA DE COFRADIA. (1)

*Ne sutor ultra crepidam...*

**A**l glorioso San Crispin,  
protector de la *obra prima*,  
consagra solemnes cultos  
su devota cofradía.

Por cédulas *ante diem*  
y á la hora *de nocte prima*,

(1) El objeto de esta composición déjase ver que es atacar el abuso que en reuniones insignificantes y para tratar los asuntos de menos valía, suele actualmente hacerse del language y fórmulas parlamentarias. Bajo tal aspecto, entra este ridículo en la jurisdicción del escritor que festivamente y sin acrimonia pretende corregir pintando las costumbres de la sociedad contemporánea. Este es, pues, su verdadero punto de vista, y por lo tanto, trabajo será escusado el de aquel lector suspicaz que intenta andar buscando en este escrito alusiones mas hondas. El autor protesta de antemano contra toda maligna aplicación y repite aqui lo que varias ocasiones ha dicho en los ocho años que hace que escribe de costumbres, á saber: que *no es política su mision sobre la tierra.*

todas las capacidades  
guarda-piernas de la villa,  
Convocados á este fin,  
ocupan bancos y sillas  
en un honrado desvan  
con honores de buhardilla.

De la sala en el comedio  
y pendiente de una viga  
campa al aire el oriflama,  
del santo patrono insignia;

Y encima de una gran mesa,  
alhaja de sacristía,  
lucen un candil y un jarro  
que alegran ojos y tripas.

Tras la mesa, en un sitial  
de baqueta moscovita,  
con mas clavos que una rueda  
y mas años que una encina,

El cofrade mas antiguo  
por derecho de conquista  
se encarama y se sepulta,  
diciendo: «Ya hay quien presida.»

Con esto, y un avechucho  
entre mico y sabandija  
que ocupa el siniestro lado  
y el candil y el jarro atiza,

Los restantes pies-de-banco  
á sus puestos se retiran,

ya que vieron que dejaban  
la mesa constituida.

«Escomienza la sesion,»  
grita el presidente *Blas*;  
y reclama la atencion  
con un enorme esquilon  
que le sirve de compas.

Tose y bebe el secretario,  
y bebe y vuelve á toser,  
y sacando del armario  
un roñoso formulario  
que apenas sabe leer,

Toma á todos juramento  
por el jarro y el candil,  
de que beberán con tiento,  
mirando por el aumento  
del gremio zapateril.

En relacion nominal  
de todos los congregados  
va llamando á cada cual;  
y todos hacen señal  
de saber que son llamados.

:

«*Perico Cerote negro.*»—  
 —«Despacio, voto va Dios,  
 que ese mote es de mi suegro,  
 y digo que no me alegro  
 de responder por los dos.»—

«*Juan Lesnas.*»—«Presente soy  
 para mal de algun endino  
 que habrá de escucharme hoy;  
 y declaro que me voy  
 si no se escomienza el vino.»—

«*Diego Punzon Cabritilla.*»—  
 «De cuerpo presente está.»—  
 «*Domingo Cachas.*»—«Cuchilla  
 me llamo en toda la villa,  
 que bien me conoce ya.»—

«*Benito Chancelas.*»—«Amen.»  
 «*Dionisio Correa.*»—«Soy.»  
 «*Leonardo Mandiles.*»—«Bien.»  
 «*El hijo del Cacho.*»—«¿Quién?»  
 «*El Cacho del hijo.*»—«Voy.»

Prosigue asi relatando  
 otros nombres mas de mil,  
 y su blason escuchando  
 van respondiendo y jurando  
 los cofrades del mandil.

Por último, el presidente meneando el esquilon, grita con voz de aguardiente: —«El que esté en pie, que se siente; ábrese la discusion.»

---

«Al fin, ilustre asamblea, restablecido el silencio, improvisaré el discurso que hace tres meses y medio me está enseñando don Braulio, el domine de Toledo.

Prestadme, pues, atencion, y no os durmais por lo menos, que es música celestial cuanto deciros intento.

*Señores...* (aqui me dijo que hiciera pausa, el maestro)  
*Señores...* (vuelvo á decir si no lo dije primero)

*Señores...* (y va de tres)  
¡Qué espectáculo tan bello, qué cuadro tan animado ante mis ojos contemplo!

## ESCENAS MATRITENSES.

Todas las capacidades  
de la hermandad del becerro  
pendientes de mi discurso...  
(ya he dicho que es del maestro)

Y yo, el último de todos  
los que ilustran este gremio,  
colocado á su cabeza  
en el encumbrado puesto

Donde, ayudándome yo,  
vuestros votos me ascendieron.  
Tiempo es ya que dominando  
mi modesto atrevimiento,

Os haga escuchar mi voz,  
y que repitan sus ecos  
las tapias de este Santuario  
y las vigas de estos techos.

La Europa, que nos contempla  
atónita, cuando menos,  
espera, escucha, medita  
nuestras palabras y gestos,

Y prepara á nuestras sienes  
el merecido trofeo  
en cien tempranas coronas  
de achicorias y de berros.

Señores... ¿de qué se trata?  
vengamos á mi argumento,  
antes que alguno de Usias  
me diga que soy un necio.

Se trata pues... ¡friolera!

en esta junta modelo,  
de abortar alguna cosa,  
de reconstruir el gremio,

De reformar la Ordenanza  
que hicieron nuestros abuelos,  
y tornar su gloria antigua  
al nombre de zapatero.

Largos años de desdichas  
tal, señores, nos han puesto,  
que lo que antes fue *obra prima*,  
*obra póstuma* se ha vuelto.

Yacen por tierra olvidados  
nuestros magníficos fueros,  
usos, armas, regalías,  
imprescriptibles derechos.

¿Quién hay que al ver este cuadro  
horrisonífico, negro,  
no sude ardiente betun,  
no se le curta el pellejo?

Nosotros, con cuyo auxilio  
corren y marchan los pueblos,  
y de civilización  
somos la causa y efecto;

Nosotros, cuya prosapia  
data de Adán cuando menos,  
que según varios autores  
fue el que inventó andar en-cueros;

Nosotros, que por capricho  
al hombre más altanero

metiéndole en un zapato  
aplicamos el tormento;

Nosotros, que á la beldad  
de rodillas ofreciendo  
adoracion y medida,  
qué puntos calza, sabemos;

Nosotros, que de los héroes  
somos sólido cimiento,  
testigo el gran Federico,  
y el héroe de Marengo;

Nosotros que... pero callo  
porque desde aqui estoy viendo  
mil señales de impaciencia  
que espresan vuestro ardimiento.

Ello, en fin, es cosa clara  
que somos un noble cuerpo,  
y que debemos osados  
conquistar nuestros trofeos.

Cuarenta siglos nos miran,  
y aunque diga mas de ciento,  
flechándonos el antejo  
para observar lo que hacemos.

Y lo haremos, si señores,  
y sabrán los venideros  
que fuimos hombres de pró  
y gente de pelo en pecho.

Jurad conmigo entre tanto  
de este sitio no movernos  
hasta haber consolidado

nuestra Ordenanza.»—

—«Juremos.»—

Y al pronunciar esta voz  
entre gritos y reniegos,  
todos se estrechan las manos  
hasta quebrarse los huesos.

—«Pido la palabra, hermano.»—

—¿Y para qué?

—«Para hablar.»

—«*Juan Lesnas* tiene el embudo:»

dijo el presidente Blas.

*Juan Lesnas* estornudó;  
miró adelante y atrás,  
púsose sobre el pie izquierdo  
y dijo: «Voy á empezar.»

«Protesto ante todas cosas  
que mi discurso será  
de poco mas de tres horas,  
pues me habré de concretar.

Digo tambien que no haré  
la *oposicion* al tio Blas,  
pues reconozco sus prendas,  
talentos y probidad,  
y fuimos catorce meses

compañeros de hospital.

Pero al fin ¿quién le ha metido  
en venir á predicar  
y echárnosla de doctor  
á los que sabemos mas?

Y sino, vamos á cuentas.  
¿Sus señorías podrán  
decirme qué es lo que dijo  
con tanto disparatar?

Dijo que estamos en junta....  
dijo la pura verdad;  
pero despues se perdió,  
y olvidó lo principal.

Porque la junta solene  
que hoy vamos á celebrar,  
está, señores, prescripta  
en nuestro ceremonial,

Ni tiene otros tiquis-miquis  
que el haber de celebrar  
la funcion de san Crispin,  
que presto se acerca ya:

Yo que he sido mayordomo,  
mandadero y sacristan  
de esta santa Cofradía  
diez y siete años y mas,

Os propondré mi *programa*,  
que pienso habrá de gustar;  
y á fin de llevarlo á cabo  
me concedereis no mas

Que un *voto de confianza*  
Para que pueda gastar  
cuanto juzgue conveniente,  
y no esté gastado ya.

Esto es, pues, lo mas sencillo...»

—«Pido la palabra, Blas.»—

—«Perico Cerote negro  
hable, y que se siente Juan.»—

---

«El señor preopinante  
preopina ; ya se ve!  
que se le de á su mercé  
licencia de echar el guante;

Pero falta averiguar  
con qué títulos la pide,  
y al hermano que hoy preside  
intenta asi destronar.

Porque segun yo me fundo,  
los notables que aqui estamos  
creo que representamos  
los zapateros del mundo;

Y por mas que un animal  
se oponga aqui, es cosa clara...»

—«Pido la palabra, para  
una alusion personal.»—

«Consigno, en fin , mi opinion  
 contra todo gatuperio ;  
 y al que haga de menisterio  
 yo le haré la oposicion.

De la cuestion en el fondo  
 pudiera estenderme mas ;  
 pero pues lo dijo Blas ,  
 hagamos punto redondo.

Guerra, señores, al bicho  
 que siempre quiere bullir ;  
 mucho pudiera decir...  
 pero... Señores, *he dicho.*»

—«Mi digno amigo *Cerote*  
 ha dicho, si mal no oí,  
 que yo soy un animal,  
 yo respondo que es un ruin,  
 y quedamos tan amigos  
 y podemos proseguir.

Voy á hacer la descripcion  
 de la fiesta, y podrá asi  
 la asamblea conocer  
 si es merecimiento en mi  
 el ser ministro perpetuo  
 del glorioso san Crispin.

Lo primero que prevengo  
es, señores, un pernil  
asado por estas manos  
que la tierra ha de cubrir.

Vendrá luego de callos  
la fuente Geronimil,  
y el inevitable arroz  
con guindilla y con anis.

Aquestos son mis *principios*,  
y los sostendré hasta el fin,  
con los consabidos *medios*  
del tintillo y chacoli,

Hasta que todos usias  
queden hartos de engullir,  
y puedan cantar los gozos  
del invicto san Crispin.»

—«Bien, por Juan el mayordomo.»—

—«Bravo.»—(Aplauso.)—(Sensacion.)—

—«¡Escuchad!»—«¡Oid!»—«Ya basta.»—

—«Yo pido la votacion.»—

—«Que se vote.»—«La palabra.»—

—«No hay palabra.»—«¿Y por qué no?»—

—«¿Para que?»—«Para el almuerzo.»—

—«Yo para la procesion.»—

—«Y yo para el juramento.»—

—«Para la Ordenanza yo.»—

—«Que diga.»—«Que calle.»—«Fuera.»

—«Orden, hermano mayor.»—

—«Su señoría es un burro.»—

—«Su señoría un lechon.»—

—«Que se lea el reglamento.»—

—«Orden, señores, por Dios.»—

Y el jarro de mano en mano  
corria que era un primor,  
y el esquilon á todo esto  
sonaba *dilin,-dolón*.

---

«Hable el presidente.»

—«Hablo,

si me dejan, pues ya veo  
que aqui á fuerza de pulmones  
se hace bueno el argumento.

— Por desgracia me persuado

de que no entendió el concejo

la intencion de mi discurso

*monumental, deletéreo;*

(Dos palabrillas de moda

que me encargó con empeño

la *practicabilidad*

del dómine de Toledo.)

Quise, pues, decir...

—«Tio Blas,

lo que quiso lo sabemos,  
Quiso echarla de leido  
porque es suscriptor al Eco.»—

—«Quise hablar de la Ordenanza.»—  
quise...

—«Bien está todo eso,  
pero Juan tiene razon,  
lo primero es lo primero.»

—«Entonces es otra cosa;  
señores, vamos con tiento;  
¿se trata de san Crispin  
ó se trata del almuerzo?»

—«Del almuerzo, si señor.»—

—«Pues voto por los torreznos,  
y dejemos la Ordenanza  
que la masquen nuestros nietos.»

—«¡Viva el presidentel!»

—«¡Viva!»—

—«¡Y viva Juan!»—

—«Me enternezco

de ver, señores, las honras  
que me haceis sin merecerlo.»—

—«Vámonos, que son las diez.»—

—«Es preciso que acordemos.»—

—«¡Qué acordar ni qué demonios!»—

—«A mí me espera mi suegro.»—

—«Y á mí la Paca.»—

—«Pues yo  
estoy de hambre que no veo.»—

—«¿Con que estamos?»—

—«A la calle.»—

—«Cuidado con el almuerzo.»—

---

Juan subió á la presidencia  
y en un programa verbal  
dió una práctica señal  
de su grande inteligencia.

Y dijo con entrecejo  
meneando el esquilon:—

*«Se levanta la sesion  
que va á dormir el concejo.»*

(Marzo de 1839.)

## LOS JARDINES DEL RETIRO.

La primera época del reinado de Fernando VII, á contar desde su regreso de Francia en 1814 hasta la muerte de su segunda esposa doña María Isabel de Braganza a fines de 1817, fue señalada para Madrid por una predileccion singular que tanto el rey como la reina mostraban hácia su heroica capital; complaciéndose en permanecer constantemente en ella, visitando todos los establecimientos públicos y particulares, pasando revistas lucidísimas, asistiendo á pie y sin ceremonia á los teatros, paseos y demas puntos de reunion, y poniendo, en fin, especial cuidado en reparar los deterioros que la guerra con los franceses habia originado en la villa del *Dos de mayo*. Especialmente el breve tiempo que duró el reinado de doña María Isabel, se distinguió notablemente por aquella predileccion á Madrid, datando de dicha época muchos proyectos para su embellecimiento, de los cuales el mas útil fue el de la

reparacion del Museo del Prado, y su destino á galería de pintura y escultura; proyecto que seguido despues con el mayor teson por Fernando, forma hoy sin duda alguna la mas bella página de su reinado.

Los monarcas anteriores habian cada cual manifestado alternativamente su inclinacion y cariño á uno de los sitios reales ó residencias campestres donde suelen retirarse durante la buena estacion. Carlos I de Austria dió el primer impulso al embellecimiento de Aranjuez, y renovó el palacio de los Maestres de Santiago. A la severa y poderosa voz de su sucesor Felipe II se elevó el soberbio monumento del Escorial. El poderoso valido conde duque de Olivares supo aprisionar en su capital á Felipe IV, haciendo desplegar dentro de su recinto los magníficos jardines, las encantadas fiestas del Buen-Retiro. Felipe de Borbon, siguiendo su antipatia á su antecesora la casa de Austria, alzó sobre las ruinas del antiguo alcazar de Madrid un nuevo y magnífico palacio, y huyendo de los recuerdos de Aranjuez, el Escorial y Buen-Retiro, hizo aparecer por encanto á la falda de las escabrosas sierras carpetanas un nuevo Eden en los jardines de San Ildefonso. Su hijo y sucesor Fernando VI volvió á renovar el perdido entusiasmo por Buen-Retiro. Carlos III generalizó á Madrid y todos los sitios reales las grandiosas muestras de su proteccion; y Carlos IV continuó embelleciéndolos, hasta que á su caída del trono vino la guerra de los franceses, y todas aquellas reales mansiones tuvieron mucho que padecer. Pero ninguna en los términos que

el Buen-Retiro, que constituido por su situacion en una especie de ciudadela para tener en respeto al arrogante pueblo de Madrid, perdió de tal modo su carácter de sitio de recreo, que á la salida de los franceses, solo presentaba, donde antes sus vistosos palacios, sus jardines bosques y paseos, una inmensa multitud de escombros, parapetos, zanjas, parques de artillería, y efectos de guerra.

Fernando, á su regreso al trono, proyectó restaurar aquel hermoso recinto, y restituirle su pasado esplendor; mas desgraciadamente no se pensó en volverle su carácter de sitio real, con su animada poblacion, sus fábricas, palacio, teatro, y demas circunstancias que le dieron aquella vitalidad que disfrutó en los siglos anteriores; y guiado mas bien de consejos apocados, prefirió dividirle en dos partes; una destinada esclusivamente á paseo público; y la otra á jardines *reservados* para recreo de la familia real.

Los jardines *reservados* de S. M. se estienden desde la puerta de Alcalá hasta la esquina de la tapia sobre la que se eleva la *montaña artificial*, y luego siguiendo por la derecha todo el espacio comprendido entre dicha tapia y el estanque grande hasta la *casa de fieras*; lo cual viene á ser casi una mitad del Retiro; hallándose dividido tan dilatado espacio en varios trozos de jardín de diversos gustos, bosques, paseos y huertas, todo bastante frondoso para la escasez de aguas que experimenta este real sitio.

Hállase ademas adornado todo ello con diferentes objetos de recreo, tales como fuentes, cascadas, grutas, montañas y templetos, en lo que se han invertido cuantiosas sumas y desplegado un lujo de decoracion, á par que una puerilidad de ideas, que entretiene agradablemente, sin causar en el ánimo del observador sentimientos mas elevados; de suerte que dificilmente podria lucirse mayor empeño en sembrar el oro para dar por resultado una cosecha igual de magnificas superfluidades.

Con efecto, al ver al poderoso monarca de España é Indias (porque entonces lo era), al poseedor de los magnificos vergeles de Aranjuez y san Ildefonso, de los palacios de Madrid y el Escorial, de la Alhambra de Granada y de los alcázares de Sevilla y de Toledo, dispensando sus tesoros en manos de sus aduladores, para que estos á fuerza de diligencia improvisasen una cabaña rústica, ó una cascadilla de nacimiento; una montaña de algunas toesas de altura, ó un templete sin caracter arquitectónico; una miserable parodia de un salon oriental, ó un estanque *soi disant* chinesco, no sabe uno si reir irónicamente de los raquiticos esfuerzos de la adulacion, ó llorar con amargura la malversacion de tantos capitales en una nacion pobre y desgraciada.

«Los pueblos y los reyes (dice Victor Hugo) escriben en piedra la historia de su civilizacion, y consignan los adelantos de su época.» Carlos III la dejó sin duda impresa en los magnificos caminos de Sierra Morena, en los suntuosos edificios de Madrid. La época á que ahora nos referimos quedó escrita en el Retiro, en

techos de caña pintada, en torrecillas de cascabeles, en piedras y corales imitados, en gabinetes de talco, y en una casa de fieras.

Los forasteros provincianos, sin embargo, no dejan de contar á los jardines reservados del Retiro entre las maravillas del mundo, y acometen con ánimo sereno y decidido las mil y una diligencias indispensables para proporcionarse una targeta de entrada en aquel recinto de Armida, en aquel Oasis encantador.

Empeñarán (por ejemplo) al diputado de su provincia, para que hable al ministro, á fin de que este se interese con el mayordomo mayor, el cual dará una carta para que el gentil-hombre interponga su influjo con el conserge, con el objeto de que espida una papeleta de entrada á la orden del portador.

Madrugarán luego una mañanita, y previa la convocacion de todos sus parientes, amigos y allegados, marcharán en columna cerrada hácia el Retiro, presentándose humildemente á uno de los guardas del Santuario, el que (cumplidos que sean los requisitos del visto bueno y demas necesarios para tan solemne acto) empezará á conducir á aquel pasmado grupo por tan bello laberinto, dirigiendo su especial solicitud á las señoras mamás y hermanas de aquellos Anacharsis, las cuales no dejarán de corresponder con sus gritos y ademanes de sorpresa y satisfaccion, cada vez que el guarda les diga que en aquel banquillo acostumbra S. M. sentarse de vuelta de paseo; que en aquella piedra tropezó un dia el infante don Tal; ó en aquel arbolito cogió un nido de gor-

riones su augusto papá. Luego dará cuerda á una fuente de conchas que hay á la entrada ó á la cascadita del rincón, y retrocederán con gran algazara todos los honrados espectadores, al ver saltar el agua en dirección de sus sombreros; y los mas pequeñuelos correrán y gritarán alborozados, preguntando por donde salió el chorro, y como es que se han mojado; con otras varias interpe-laciones que no podrán menos de lisongear la vanidad de los directores de aquella magnífica sorpresa. Mas adelante entrarán en las grutas silvestres, y encontrarán grandes simpatías con su rústica naturalidad; ó alargarán los juncos y bastones por entre las rejas de la pajarera, admirándose de ver como vuelan todos los pajaritos, ó echarán miguitas de pan á los cisnes del charco, y al escuchar su graznido, bajo la fe de los poetas, creerán oírlos cantar.

A todo esto el guarda encargado de la enseñanza, habrá ya endosado como letra de cambio á nuestro grupo provincial, poniéndolo á la orden de otro segundo guarda para continuar su curso, y recibiendo á su despedida una moneda argentada por vía de quebranto; el segundo guarda les continuará la esplicacion otros cuantos pasos mas, y despues la misma operacion de trasiego, el mismo endoso á un tercero; y luego este á un cuarto; y luego á otro y á otro; todo con una precision de movimientos admirable, aunque no sin grave deterioro de las bolsitas de seda ó de abalorio de los señores visitantes.

De vez en cuando se interrumpe la monotonía de los jardines por algunos edificios aislados, reducidos por la

mayor parte á gabinetes de descanso, en todos los cuales se echa de ver la predileccion que el director de la obra (que sin duda debia de ser romántico) tenia por los contrastes; pues todo se reduce á cabañitas rústicas de troncos y peñascos por fuera, y que en su parte interior se convierten en lindos retretes alhajados con todos los adornos y menesteres necesarios para descansar agradablemente del paseo, y... ¡oh prevision admirable!... hasta para pagar tributo (si necesario fuese), á una facil y terminada digestion.—Recintos misteriosos y fatídicos, que reproducidos con profusion en semejantes sitios y destinados á tan elevados personajes, vienen á ser, á pesar de sus primores en espejos y argenteria, un recuerdo continuo de su flaca naturaleza, un *Memento homo*, muy filosófico, aunque no del mejor olor.

Preciso es hacer un grato descanso en el bello *salon oriental*, que siguiendo el mismo sistema de contraste ofrece en su exterior un tosco edificio de troncos y cañas, al paso que en su interior ostenta una elegante decoracion al gusto persa; que aunque pudierá achacarse de algo hiperbólica en sus detalles (puesto que no hayamos estado en Ispahan para saber si los salones del Shaa se hallan revestidos de perlas como nueces, ó de rubies como melones), sin embargo, produce un conjunto verdaderamente alhagüeño, original y sorprendente. Tiene además este salon un tanto mas de comparacion con las pirámides de Egipto; y es que á pesar de las eruditas controversias, todavia no se ha podido averiguar de cierto cuál fue el objeto de su construccion.

Al menos, en la *montaña artificial* que se mira de allí á algunos pasos, ya se infiere que el levantar allí á costa de espuertas de tierra y de onzas de oro una elevacion semejante, fue con el objeto (á todas luces razonable) de cubrir con una bellissima bóveda una noria (que por mas señas se hundió á poco tiempo) y elevar sobre su altiva cresta una especie de mirador de forma ambigua, desde donde se dominan los tejados de Madrid y las deliciosas tierras de pan llevar del camino de Alcalá.

Esta montaña que por entonces hizo mucho ruido sobre cuál seria su objeto, suponiendo algunos nada menos que la edificacion de un castillo ó ciudadela insuperable donde poder retirarse en caso de ataque toda la poblacion de Madrid y sitios reales, quedó desde entonces conocida por el nombre de la *montaña rusa*, y á la verdad que ignoramos la razon, pues que mas que de Rusia tiene cierto sabor de la Alcarria; y nadie hasta ahora que sepamos ha pretendido resbalar por ella en *treneaux*. En cuanto al edificio que la corona, la opinion general ha sido mas justa, y ya que no ha podido hallarle objeto, se ha atendido á la forma, cometiendo una figura retórica que llamamos comparacion, y apellidándole por simil *La Escribania*.

Hay otra *casita de pescador* con su pequeña ria, bastante pintoresca; otra *del pobre*, con sus diversos compartimentos, lindamente imitados á la verdad, alhajada con rústicos utensilios, y hasta con rústicos dueños, figuras graciosas de movimiento, que consisten en

una muger que hila y mece la cuna donde duerme un chiquillo, y un pobre enfermo en su cama; los cuales saludan cortesmente al que entra á visitarlos, no sin asombro de nuestro ya olvidado grupo recién venido, que no puede comprender que todo aquello no sea arte del diablo. En otro tiempo estaba aumentada esta pobre familia con un bello granadero de realistas, hijo de la casa, el cual sin duda marcharía á batirse á las facciones, y sabe Dios cuál habrá sido su suerte, si no se ha dado prisa á convertirse en patriota.

El *embarcadero* chinesco al frente del estanque grande, es de lo mas bello y digno de elogio, no solo por su linda proporcion y elegante adorno, sino porque al fin tiene su objeto; si bien no ha cumplido *su mision sobre el agua*, sino alguna que otra vez, y eso hace muchos años, y solo en la época á que nos referimos, cuando Fernando VII y su esposa doña Isabel se andaban surcando las pacíficas ondas del estanque en una bella góndola, que se conserva en el astillero, como testimonio de la última de nuestras glorias marítimas.

Frente por frente, ó por mejor decir, frente de las espaldas del *embarcadero*, al fin de una hermosa calle de álamos, se estiende una placeta en cuyo término medio se halla colocada sobre un mezquino pedestal la magnífica estatua ecuestre de Felipe IV conocida en el pueblo de Madrid un poco prosáicamente con el título de *El caballo de bronce*. Todo el mundo sabe, y por si acaso no, se lo diremos ahora, que esta hermosísima estatua, una de las primeras de su género en Eu-

ropa, fue ejecutada por el célebre escultor florentino Pedro Tacca, con arreglo al dibujo que de orden del rey le envió su primer pintor de cámara don Diego Velazquez. La actitud del caballo en situacion de hacer una corbeta, y sosteniéndose sobre sus dos pies, ofrecia una inmensa dificultad que parecia imposible de combinar con el enorme peso y volumen de la estatua; pero el escultor supo vencerla, con asombro de los inteligentes, dando al caballo todo el brio de que es susceptible, y al ademan del rey la mayor magestad y nobleza, y no descuidando ninguno de los detalles. Esta magnífica estatua, que tiene pocas semejantes, es colosal, pesa 18000 libras, y está estimada en 40,000 doblones. En lo antiguo estuvo colocada á la entrada del Retiro; hasta que luego lo ha sido á donde se halla, siendo de lamentar que tan bella obra no se halle en un sitio mas frecuentado, ofrecida á las miradas del público, y á la admiracion de los inteligentes.

Concluye la parte reservada con la *casa de fieras*, último término del visitador, y *non plus ultra* de su entusiasmo y admiracion. El edificio es bello, elegante y bien dispuesto para el objeto, y no tendrán motivo de quejarse los exóticos huéspedes de este filantrópico establecimiento, de que se haya escaseado aquella comodidad conciliable con su áspera y desabrida condicion. Espaciosas y cómodas jaulas, bien ventiladas y cerradas con dobles y fuertes rejas y trampas; largos y hermosos corredores; guardas diligentes y serviciales; comida abundante y grata; baños para la salud, y un sa-

lon ó enverjado de recreo (sala de compañía). Todo esto y mas tienen las señoras fieras; y ¡ojalá pudieran decir otro tanto los muchos desgraciados acogidos á los establecimientos de mendicidad en nuestra heroica capital!

Los susodichos huéspedes fueron comprados *ex profeso* para dotar esta casa, y traídos, no sin compromiso y grandes costos, de lueñas tierras; y aunque eran en mayor número, ya por efecto del clima, ya por el trascurso de tiempo han desaparecido en gran parte, ó se ostentan inmóviles en los salones del gabinete de historia natural. Quedan todavía para consuelo de los aficionados, diversos animales de distintas formas y condiciones, aunque todos comprendidos bajo el nombre un poco poético de *fieras*; por ejemplo:—Primera fiera;—un *avestruz* raquíptico y cascado que huirá de un raton si le ve pasar á cien varas.—Segunda fiera;—un *dro-medario* que apenas puede moverse con el peso de los años.—Tercera fiera;—un *mandril* jugueton y revoltoso que todo se le vuelve saltar y jugar con la cola. Hay además un *elefante*, un *leon* y una *leona*, varios *osos* extranjeros y del reino, una linda *zebra*, una *hiena*, una *pantera*, y algunas aves de rapiña, un *águila*, un *casuario* &c. &c. &c. Véase por lo dicho que no somos tan pobres como era de suponer en fieras y estrañas alimañas; y esto siempre es un consuelo para los amantes de las glorias del pais.

(Julio de 1840.)

UNA BELDAD PARISTENSE. (1)

En la plaza de la Bolsa  
de la tarde entre una y dos,  
salon de públicas ventas,  
del comisario á la voz;

Una de aquestas *figuras*  
que de retórica son,

(1) Este juguete satirico, que no tiene de comun con las *Escenas Matritenses* mas que ser del mismo autor y pertenecer al mismo género, aunque aplicado á distinta sociedad y pueblo diverso, se inserta aqui por marcar con su fecha la laguna que resulta en esta obrita, de un año, empleado por el autor en un viaje cuyos *Recuerdos* ha publicado por separado.

hipérboles por su adorno,  
síncopes por su valor ;

En banquillo de justicia  
y pública esposicion  
se resigna á la sentencia  
que ha pronunciado el Prebost.

«En la villa de Paris  
»y en el año del Señor  
»mil ochocientos cuarenta,  
»se ha presentado ante nos  
»Mademoiselle *Heloise*  
»de *Sans-devant et Sans-dos*,  
»hija de padres anónimos,  
»natural de *Cote d' or* ;  
»y vista la insuficiencia  
»en que el tribunal la halló  
»para pagar sus empeños  
»con el concurso acreedor,  
»el tribunal la declara  
»insolvente, y ordenó  
»que reunida la junta  
»y previa declaracion,  
»se proceda al inventario

»de los restos de valor  
 »para entregar á sus dueños  
 »por via de transaccion.»

Empieza la diligencia...  
 «A la una... á las dos...  
 á las tres...»—y el martinete  
 á este tiempo resonó.—

Un schal dicho de las Indias  
 y en el hecho de Lyon,  
 que ha reclamado en su tiempo  
 monsieur *Gagelin* mayor.—

Un albornoz africano  
 con patente de invencion,  
 que falto de pagamento  
 reclama *La Barbe d'or*.—

Un sombrero *fantasia*  
 y un vestido *satin gros*,  
 que á madama *Alexandrina*  
 deben la tela y *façon*.—

(1) Estas gruesas perlas de Ceylan  
 en figura y en color,  
 un camafeo egipciaco  
 premiado en la esposicion,

Peines de concha... de ciervo,  
diges, marfil... de *mouton*,  
y otras diversas preseas  
de tan sólido valor,  
adjudicanse á su dueño  
el joyero *Bourguignon*.—

Diez encajes de Bruselas—  
tejidos en Charenton;  
ricas camisas de Holanda  
con la marca de Cretonne;

Abanicos de la China  
inventados por *Giraud*;  
pieles de marta y armiño  
cazados en Montfaucon;

Indianas pañolerías  
de la fábrica de Sceaux;  
aderezos de oro-simil;  
sederías de algodón;  
y anascotes, con el nombre  
de *merinos* español;

Con otros muchos objetos  
de equívoca produccion  
que forman el moviliario

de *mademoiselle Sans-dos*,  
entréganse y se adjudican  
al respectivo acreedor:  
si hubiese quien mas reclame,  
que se presente ante nos.—

—Yo reclamo de *Madama*  
(saló á este punto una voz)  
el zapato de dos metros  
*brodequin de pied mignon*.—

El *fourniseur* de la ópera  
reclama *les mollets faux*  
(en español *pantorrillas*)  
con tres libras de algodón.—

Guantes pide *monsieur Mayer*  
y pellizas *Pellevreault*,  
falsas flores *Constantino*,  
rasos bordados *Chapron*.—

*Mademoiselle Victorina*  
pide el corsé *juste-corps*,  
con mas hierro en su armadura  
que la del *Cid Campeador*.—

La *tournure* voluptuosa

que á tanto necio embaucó  
obra es de mi *Crinolina*,  
replica monsieur *Oudinot*.—

El director del gimnasio  
el coronel *Amorós*,  
reclama de aquellos miembros  
la ortopédica leccion ;

Item mas; diez almohadillas  
que oportunas colocó  
para llenar diez vacíos  
que no negará *Newton*.—

Esos dientes no son tuyos,  
(esclama *Desirabode*),  
que se los he colocado  
con mis propias manos yo.—

Pido á mi vez, (dijo entonces  
el perfumista *Defaux*)  
cuatro libras semanales  
de blanquete y bermellon ,

Espuma de *Venus*, parches,  
esencias de coliflor,  
y ¡el prodigio de la química  
la pomada del leon !

Ademas traigo una nota  
de bucles, trenza y *bandeaux*  
que dice haberla fiado  
el segundo *Michalon* (1).

—

—Llegamos á los cabellos  
Y la dama se acabó.  
¿Hay quien pida mas? pregunta  
el juez adjudicador.—

—

—Sí señor (responde al punto  
una hermafrodita voz,  
con su cigarro en la boca  
y abanico en el bolsón).—

Yo reclamo las ideas  
que esa dama prohió  
y son de una cierta *LELIA*  
de que soy madre y autor.—

Vayan tambien las ideas,  
y hasta el metal de la voz,

(1) Este peluquero encabezaba así sus anuncios «*Michalon II*,  
hijo y sucesor de *Michalon I*, tiene el honor de ofrecer á V. &c.

que creo le han reclamado  
la Dorus-Gras ó la Nau.

— Solo queda el esqueleto...

— Ese le reclamo yo,  
Dijo el español *Orfila*  
para hacer la diseccion.

De esta atmósfera mentida  
en donde no es día el sol;  
donde la verdad se viste  
para parecer mejor;

Donde lo blanco no es blanco;  
donde el cuerpo es ilusion;  
donde el alma una mentira,  
y la palabra un error;

Donde el engaño preside  
y reina tan solo el *yo*;  
donde el que no es instrumento  
por fuerza es contradiccion;

Donde obliga el *s'il vous plait*  
para mandaros mejor;  
donde el interés os pisa  
y luego os pide *pardon*;

Donde el amor va sin venda

delante del amador ,  
y con billetes de banco  
hace su declaracion ;

Donde la fachada es todo ;  
donde nada el interior ;  
donde reina la cabeza  
y obedece el corazon ;

¡Cuántas y cuántas bellezas,  
cuantos autores de pro ,  
cuántas famas prestameras,  
cuánto heroismo ficcion ,

En la plaza de la bolsa ,  
de la tarde entre una y dos ,  
salon de públicas ventas  
y ante el concurso acreedor ,

En miseros esqueletos  
transformados á su voz ,  
para hacer la anatomía  
reclamará otro Español!

(*Paris enero de 1841.*)

## AL AMOR DE LA LUMBRE,

ó

## EL BRASERO.

**H**é aquí un objeto puramente español, y para hablar del cual de poco nos serviría tener á la mano los diccionarios de Taboada ó Newman. Afortunadamente somos poco diestros en achaque de traducciones, y aspiramos mas bien al título de originales, aunque indignos. Verdad es que segun van las cosas en la patria del Cid, dentro de muy poco tiempo acaso no tengamos ya objetos indigenas de que ocuparnos; cuando leyes, administracion, ciencias, literatura, usos, costumbres y monumentos que nos legaron nuestros padres, acaben completamente de desaparecer, que á Dios las gracias, no falta mucho ya.

Entonces desaparecerá tambien *el brasero*, como mueble añejo, retrógrado y mal sonante; y será sustituido por la *chimenea* francesa, suiza ó de Albion; y la badila

dará lugar al fuelle, y soplaremos en vez de escarbar.

Pero mientras esto sucede (y por si acaso sucediere mañana) no nos parece fuera del caso dejar aqui consignado un uso próximo á huir con tantos otros; á la manera que el diestro escultor imprime en cera (ó sea en yeso) la mascarilla del cadáver que va á desaparecer de la superficie de la tierra para ocultarse en su interior.

Si fuéramos etimologistas ó rebuscadores de alcur-nias, meteríamos el montante entre Cobarrubias que quiere que *brasa* y por consecuencia *brasero* vengan del griego *Bras*, que equivale en latin á *Ebullio* y *Efervio*; y los otros autores heráldicos, que creen buenamente que la voz española *brasa* sea hija legítima y de legitimo matrimonio de la latina *Urasa*, descendiente línea recta del verbo *Urere*; pero como á Dios gracias estamos lejos de estas (como decia el buen Sancho) sotilezas, y nos inclinamos mas bien á las demostraciones materiales y tangibles, suponemos que el brasero reconoce por caus y origen la notoria costumbre del frio, y por consecuencia creemos y confesamos por cosa cierta, que si no hubiera invierno, regularmente no se hubieran inventado los braseros.

Ahora bien,—¿quién los inventó?—se nos preguntará: y nosotros responderemos cándidamente.—El primero que tuvo frio.—Echarémosla aqui de escolásticos, y continuaremos el argumento.—Es asi, que Adan en cuanto hombre quedó sujeto á todas las miserias humanas, desde aquella desgraciada golosina que compartió con Eva; es asi, que una de estas miserias fue sin duda el

frio, *ergo* nuestro padre Adan, el primero que tuvo frio, fue, sin género de duda, el inventor del brasero.

Este descubrimiento, como todos los demas, tuvo despues su sucesivo desarrollo, y asi como vemos la hoja de parra y la piel de leon de aquel hombre primitivo, transformada despues en la púrpura romana, ó la casaca francesa; del mismo modo el brasero, que empezaria por ser probablemente una piedra agujereada ó cosa tal, acabó por ser un mueble de elegante forma; y tanto, que ya en el siglo XVI hay una ley española que salia al encuentro de este abuso diciendo. «Mandamos que de aqui adelante no se pueda labrar en estos nuestros reinos brasero ni bufete alguno de plata de ninguna hechura que sea.» (Recop. lib. 7, tit. 12 l. 2.) Esta ley por supuesto ha caido en olvido por haber cesado el motivo que la causó.—No está en el dia el alcacer para zamponas; quiero decir, que no se halla hoy la plata tan de sobra para hacer de ella braseros.

Andando, pues los tiempos, esta primitiva costumbre se subdividió, y varió hasta lo infinito, segun los diversos paises, clima y leyes que disfrutaban los hombres; pero en el fondo siempre fue la misma la verdad reconocida en ella, esto es; que para no sentir el frio, nada hay tan seguro como quemar combustible de esta ó la otra manera. En esto todos estaban conformes; pero en cuanto á la aplicacion variaron infinito, quemando los unos ramas de encina, los otros los troncos; cuáles leña carbonizada, cuáles el carbon mineral; en fin, cada uno quemó lo que tenia á mano, desde Neron que quemó á

Roma para templarse al calorcito, hasta el labriego de nuestros días, que quema estiercol y retama con un olor-cillo que déjelo usted estar; desde los Numantinos que incendiaron á su ciudad por no enfriarse, hasta el secretario del concejo ó el fiel de fechos que á falta de otro combustible queman las candidaturas venidas por el correo, las alocuciones estereotípicas de los gefes políticos, ó la coleccion inmaculada del Boletin oficial.

Esto en cuanto á la materia; por lo que dice relacion á la forma, seria cuento de nunca acabar el intentar describir las infinitas que tomaron los caloriferos; pero de ellas las mas principales pueden reducirse á cuatro, á saber; *el fogon, la chimenea, la estufa y el brasero.*

Si nos hubiéramos propuesto abrazar la fisiologia de estos cuatro medios de calefaccion, seguramente que necesitábamos enviar por otro cuadernillo de papel al almacen de la esquina; pero desgraciadamente no contamos mas que con las cuartillas necesarias para tratar del último de aquellos menesteres, esto es, del *brasero.* Esto no obsta para que asi, como por incidencia, demos un vistazo sobre los demas, y los saquemos á colacion como por via de coro ú acompañamiento de nuestro héroe principal.

El Fogon,—la Chimenea,—la Estufa.—Hé aqui tres voces que seguramente se avergüenzan de verse juntas, perteneciendo á tan diversas clases y gerarquias, á tan opuestos polos, á tan sucesivas *civilizaciones*, como ahora se dice.

El humilde fogon, propiedad del gato y de la cocinera, laboratorio estomacal de la familia, abeja obrera de la casa, arrastrando por el suelo su baja condicion en las sencillas aldeas, levantando tres palmos en la ciudad, á la altura del brazo de la criada ó del pinche. Pero aqui no hablamos del fogon como oficina de las salsas alimenticias; ni tenemos nada que ver con los gorros blancos, ni con las ollas humanitarias. Aqui solo miramos el fogon bajo su aspecto puramente calorifero; como el emblema patriarcal de la familia; como el *coin du feu* (diremos en frances para que nos entiendan); como el *hogar doméstico*, que diriamos cuando éramos españoles.

¡Qué cosa mas pintoresca que un hogar ó fogon castellano ú andaluz, colocado en el mismo suelo, sin mas artificio que el que forman los robustos troncos de encina que arden y chisporrotean; la formidable campana de mampostería que le asombra y recoge los humos; el caldero de agua hirviendo pendiente de una cadena; el armonioso grupo de ollas y sartenes; y los dos bancos laterales, ocupados por el alcalde y el señor cura, el escribano y el barbero, la tia Perejila y el tio Yerba-buena, el comandante del resguardo y el estanquero, el gitano y el contrabandista! Pero esto se quede para cuando dé de mano á una obrilla que me anda saltando en las mientes bajo el modesto titulo de «CRÓNICAS DEL FOGON.»

Si por una transicion brusca, saltamos desde aquel humilde sitio al suntuoso salon ó primoroso gabinete, veremos la misma necesidad, la necesidad de calentarse

y de reunirse; pero allí la hallaremos ataviada con ricos adornos de mármoles y bronces, relieves de estuco, y grupos de entalladura, con relojes y floreros, muebles y figuras doradas por acompañamiento; decorada con el nombre de *chimenea*, y servida y mimada por vaporosas damas y galantes caballeros.

O bien si penetramos en la callada oficina del funcionario, ó en el estudio del letrado, hallarémola disfrazada con una forma mas ó menos monótona y sombría, en un tubo de hierro que asciende hasta el techo, y penetra las paredes, y sube á los tejados, y busca salida al humo por encima de las buhardillas. La *estufa*, pues, es un método de calefacción estúpido, y carece de todo género de poesía.

Dénme el *brasero* español, típico y primitivo; con su sencilla caja ó *tarima*; su blanca ceniza, y sus encendidas ascuas; su badil escitante, y su tapa protectora; déme su calor suave y silencioso, su centro convergente de sociedad, su acompañamiento circular de manos y pies. Dénme la franqueza y bienestar que influye con su calor moderado, la igualdad con que le distribuye: y si es entre dos luces, déme el tranquilo resplandor ígneo que espelen sus ascuas, haciendo reflejar dulcemente el brillo de unos ojos árabes, la blancura de una tez oriental.

La aristocrática chimenea, es cierto, contribuye mas al adorno del magnífico salon; acaso estiende por todo él un temple mas subido, y no hay duda tampoco en que su llama animada, inquieta, fantástica, chispeante,

entretiene agradablemente, y alegra la vista del reposado espectador. Pero en cambio, ¡qué cansado reflejo en los ojos! ¡qué ardor desentonado en las mejillas! ¡qué frio desconsolador en el espaldar! ¿Y cuándo hace humo? ( que es las mas veces ) ¿y cuándo baja el viento ó la lluvia por el cañon? ¿y cuándo atrapa la llama las faldillas del frac, ó las guarniciones del vestido? ¿y cuándo alarma y compromete á la vecindad, subiéndose por el olin conductor á visitar las crujías de los tabiques, ó la armadura del tejado?

Ademas ¿cómo comparar á la chimenea con el brasero bajo el aspecto social, quiero decir, *sociabilitario* ó *comunista*, para que nos entendamos?

En primer lugar la chimenea es injusta y amante del privilegio, y brinda todos sus favores á los dos afortunados seres que la flaquean inmediatamente, al paso que solo envia un escaso saludo á los restantes acreedores; el brasero es Furrierista ó Sansimoniano, y distribuye por igual porcion su benéfico influjo á todos sus asociados.— La chimenea es semicircular y lunática; el brasero circular y eterno como todo circulo sin principio ni fin; la chimenea abrasa, no calienta; el brasero calienta sin abrasar; aquella necesita de todo el cortejo de los tronos modernos; con sus ministros responsables de pala y tenaza que recoja y agarre, escoba que barra, morrillos que defiendan, cañon por garantía, opinion pública que soople y atice por el órgano del fuelle, y responsabilidad que se evapore en humo; el brasero patriarcal reina y gobierna solo, ó lo mas mas con un simple

badil. Al poco mas ó menos como gobernaban Licurgo y Solon.

Aunque solo fuera mirándolo bajo el aspecto de la confianza amorosa, habria que dar, no hay duda, la preferencia al brasero.

Porque figurémonos á dos amantes en flor (quiero decir, en la primer germinacion del interés dramático), sentados el uno enfrente del otro, y ambos al lado de la reluciente chimenea; en primer lugar distan dos varas entre sí, lo cual no es lo mas cómodo para decir un secreto (y quítenle ustedes al amor el secreto, y es lo mismo que si quitaran la sal á la olla). En segundo lugar ambos se hallarán profundamente sentados en sendas butacas ó enormes sillones inamovibles (que es como si dijéramos meterse en un simon á correr liebres). En tercer lugar sus semblantes, no pudiendo sufrir el vivo reflejo de la llama, se ocultarán probablemente en la sombra de la pantalla ó á favor de la repisa de mármol; y el quitar al amor el semblante, es quitarle la mas sólida garantía, porque el semblante es el editor responsable del amor.

Luego, si hay que hincar una rodilla en tierra, pelagra el pantalon con el contacto de la plancha de plomo; si hay que sorprender una mano descuidada, tropieza la propia con las tenazas ó el fuelle; si hay que dar un billete, ó leer unas coplas de atahud, la llama inmediata es una fuerte tentacion para el desden.

En derredor de un brasero, al contrario, no hay desdenes posibles, ni posturas académicas, ni preten-

siones exageradas: alli un pie de once puntos dista de otro pie de cinco no mas que una pulgada; ¡y es tan facil saltar esta pulgada!... dos manos de nieve (estilo clásico) estendidas sobre la lumbre, estan en correcta formacion con otras dos de cabretilla anteada, ¡y es tan natural estrechar las distancias! y luego examinar la calidad de los guantes, la hechura de una sortija, una raya simbólica; ¡qué sé yo! cualquier otro pretesto plausible, y... ¡adios mano de nieve derretida al calor brasero!

El mágico influjo de este mueble que enciende y carboniza las pantorrillas y los corazones, tiene tambien de bueno cierta dosis de calidad soporifera, que obrando inmediatamente sobre las cabezas de las guardas y tutores, les fuerza é impele á reconciliarse con el dios Morfeo; y si al dicho influjo se añade la lectura de un drama venenoso, ó de las felicitaciones de la gaceta, entonces el efecto es seguro, y duermen desde la vieja abuela hasta el gato roncador.—En estos casos la labor de la almohadilla *no cunde*, las desdichas del drama ó las glorias de la gaceta *no marchan*, y los que duermen son regularmente los que mas ruido suelen hacer.

Todas estas y otras excelencias posee el brasero nacional; verdad es que nos hablan los políticos de grandes tratados y protocolos ajustados á la chimenea entre dos reverendos diplomáticos; pero á fé que no son menos importantes los planes del gefe de oficina ó los cálculos del longista, arreglando en figura piramidal las ascuas del brasero, ó pasando amorosamente el badil por sobre la ceniza; y si es un tributo de atencion entre los

pueblos de estrangis el añadir un trozo de leña á la chimenea á la llegada del forastero, el brasero tambien tiene su formulario de etiqueta, previniendo en igual caso *echar una firma*, ó digamos macarrónicamente, escarbar.

Vemos, pues, que ni social, ni política, ni humanitariamente hablando, puede compararse la benéfica influencia del brasero con la de la gálica chimenea.—En cuanto á lo económico, seguramente que tambien tiene la preferencia, por mas accesible y de mas seguro efecto; y por lo que dice relacion á la forma, tampoco teme la comparacion.

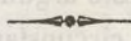
Y sin embargo de todas estas razones, el *brasero se va*, como se fueron las lechuguillas y los greguescos; y se van las capas y las mantillas, como se fue la hidalguía de nuestros abuelos, la fé de nuestros padres, y se va nuestra propia creencia nacional.—Y la chimenea estrangera, y el gorro exótico, y el paletot salvaje, y las leyes, y la literatura estrañas, y los usos, y el lenguaje de otros pueblos, se apoderan ámpliamente de esta sociedad que reniega de su historia, de esta hija ingrata que afecta desconocer el nombre de su progenitor. Asistamos, pues, al último adios del brasero; pero antes de despedirle tributaremosle un ligero panegírico, como es uso y costumbre de los que llevan á enterrar.

SÉALE LA CENIZA LEVE.

(Diciembre de 1841.)

...había en su plan de...  
...en cuenta muchos y graves accidentes que afectaban  
...la corte, y que por estas o semejantes razones tampoco  
...hubieron previst en sus tiempos los críticos juveniles.

## INCONVENIENTES DE MADRID.



...sin embargo, circunstancias especiales a Ma-  
...circunstancias propias de la época, condiciones  
...auejas a la construcción actual, que dan nueva vida y  
...pregnan interés de actualidad a un cuadro ya trazado  
...de antaño por tan hábiles pintores; y en este solo  
...a luz de cronista de  
...las costumbres, cruce así débil pinceles,  
...en el lienzo que representa la  
...noble capital.

«¡Lástima grande  
que no sea verdad tanta belleza!»  
Argensola.

**E**l fecundo é ingenioso poeta dramático, mi amigo el Sr. Breton, dió al teatro en 1828 una de sus mas aplaudidas comedias, bajo el titulo de *A Madrid me vuelvo*, y posteriormente, como para formar el contraste, escribió tambien otra no menos apreciable, titulándola *Me voy de Madrid*. En una y otra composicion desplegó el autor los recursos de su amena fantasía, y en ambas tocó ya de frente, ya por incidencia, las contrariedades y peligros de la vida matritense.

Pero la época en que escribia el Sr. Breton aquellas comedias, tan diversa de la actual, y la combinacion es-

pecial de su plan dramático, no le permitieron sin duda tomar en cuenta muchos y graves accidentes que ofrece la corte, y que por estas ó semejantes razones tampoco pudieron prever en sus tiempos los críticos Juvenal, Boileau, Quevedo, Argensola, y otros infinitos que trataron magistralmente este argumento.

Hay, sin embargo, circunstancias especiales á Madrid, circunstancias propias de la época, condiciones anejas á la generacion actual, que dan nueva vida y prestan interés de actualidad á un cuadro ya trazado de antemano por tan hábiles pintores; y en este solo sentido, permitiráseme que, á fuer de cronista de las costumbres contemporáneas, cruce mi debil pincel, ensaye mis pálidos colores, en el lienzo que representa la vida animada de nuestra noble capital.

De contado hago abstraccion de las circunstancias físicas de su clima, y de muchas de las generales inherentes á toda gran poblacion. El poder divino es inviolable, y no está sujeto á responsabilidad. Por esta razon, cuando le place enviarnos un norte mortífero, que combinado con la blanca nieve de Guadarrama, hace bajar el termómetro y subir proporcionalmente la poblacion del cementerio, no tenemos mas derecho á oponernos, que cuando tiene á bien regalarnos con una de estas semanas de enero, claras, serenas y brillantes, peculiares del hermoso cielo madrileño, y tan espléndidamente celebradas en el salon del Prado ó en los jardines del Retiro. Por eso, cuando en el segundo término de julio tuesta y achicharra nuestras débiles ca-

bezas, no le hemos de interpelar, sino aguardar humildemente á que pasada la canícula, y entrado el sol en el signo de la balanza, mida por iguales partes el término del día, y dispense con equidad su templado ardor; estación verdaderamente modelo, bello ideal de la atmósfera, que aprovechan y benefician las hermosas con sus galas y atractivos, los mercaderes con sus ferias, y los farsantes políticos con sus dramas *á grande espectáculo*.

Respetemos, pues, la Omnipotencia divina, que reina y gobierna, como en todos, en este pueblo pecador; suframos con paciencia las escarchas de enero y las tormentas de agosto; las aguas de abril y los aquilones de noviembre; y en medio de todo, demos gracias á su Providencia, porque le plugo colocarnos bajo un cielo puro, en una atmósfera halagüeña, que lleva considerables ventajas á casi todas las capitales de Europa.

Mas dejando á un lado estas circunstancias, y tomando como base de partida la de habitar constantemente en este emporio de la hispana monarquía; suponiendo á un ciudadano español, honrado vecino de ella, y en el uso de todos sus derechos naturales (incluso el de pagar los de puertas y la contribucion de frutos civiles), entremos á examinar la cuestion de si es tan envidiable su existencia como debe creerlo la inmensa falange de aficionados que de todos los ángulos de España vienen á fijar sus lares en el inmediato radio de la famosa Puerta del Sol. Cuestion eminentemente social, que nos ayudará á resolver la práctica no interrumpida de nuestro propio vivir.

Damos por sentado que el tal ciudadano, en usufructo de un empleo ó de una renta conveniente, puede soportar sin estorsion el gasto mas que mediano de su alimento, habitacion, y demas necesidades humanas. Queremos suponer que no le hace perjuicio el pagar cuatro por lo que en toda tierra de cristianos vale dos; ni el vivir reducido á los estrechos límites de un nicho poco mayorcito del que le reserva la iglesia para despues de su jornada; ni el comprar á toda costa cólicos y demas tropiezos intestinales, disfrazados con el nombre de besugos, *vivitos de hoy*; de aves y cuadrúpedos embalsamados y en conserva; de deliciosos vinos *legítimos* de Valdepeñas; de frutas regaladas *originales* de Aragon.

Todos estos son pequeños incidentes que, aunque reunidos forman la segura base de la escena matritense, quedan como eclipsados y escondidos entre telones, y aun se dan por supuestos y conllevados en gracia del interés principal.

A bien, que en cambio de estas contradicciones, tenemos el derecho de privarnos de ellas; y si queremos, por ejemplo, no adquirir un entripado con salmon *fresco* de Laredo á 30 reales la libra, nadie nos quita la facultad de no poder comprar el tal salmon; y esto entra por algo en el sistema de las compensaciones.

—Pero, aunque la vida material (se dirá) no ofrezca en la corte los mayores atractivos; aunque encerrados sus habitantes en los límites de sus muros, hayan de renunciar á los goces y placeres que por do quiera nos brinda

la naturaleza; por lo menos no puede negarse que la sociedad les ofrece un ancho campo de placeres intelectuales, y de positivas ventajas que constituyen un segundo natural.

—¡*La sociedad!*... ¿Y qué llaman VV. sociedad; señores entusiastas? ¿Acaso lo será el vivir aislado é incógnito en una vigésima parte de casa, que aunque formada con débiles tabiques, no establece menos incomunicación entre sus habitantes que las inmensas masas de hielo entre las islas del polo?

¿Estiman VV. por sociedad el saludar en la calle á un millar ó dos de personas múltiples, que llenan todos los paseos, todos los espectáculos, todas las tertulias, é ignorar por la mayor parte sus nombres y cualidades, ó solo tenerlas consignadas en sendas cartulinas, recíprocamente cambiadas en algunos dias del año?

Tal vez apreciarán algunos bastante comunicación social la que proporcionan nuestros *Liceos* y *Academias*; nuestros altos círculos y periódicas diversiones, en que reunidos algunos centenares de personas (siempre las mismas, y con la única variedad del salón) ostentan ampliamente sus gracias, su talento, sus riquezas, ó su amabilidad.

Pero no se hacen cargo los que tal aseguran, que en semejantes públicas esposiciones, cada cuadro animado busca la luz conveniente para aparecer con el colorido que le va bien; cada autor lleva naturalmente estudiado su papel para darse al público; cada intriga ú argumento estan ya preparados de antemano con todas las reglas del arte.

:

Vaya un ejemplo.—Pregunten VV. á mi vecino don Protasio ¿quién vive al lado, encima, ó debajo de su aposento? y se encogerá de hombros, y fruncirá el lábio como si le preguntáran donde está el imperio del Mogol. Lo propio nos sucede á los demas vecinos respecto á él mismo; y sin embargo, don Protasio es la flor y nata de la sociedad madrileña; y reina en los círculos elegantes; y lee versos en el Liceo; y canta en la Filarmonica; y discute en el Atenco; y representa en el Instituto; y juega en el Casino; y tiene traducidos cincuenta dramas á cuadros para irnoslos dando por entregas semanales en ambos teatros del Príncipe y de la Cruz.

Don Protasio de vuelta á casa, pasada la media noche, lleno el pecho de fuego poético, cubierta la frente de coronas inmortales de papel, abre modestamente la puerta con la llave que lleva en el bolsillo, enciende el fósforo humanitario, deposita sus laureles en una alacena, y se estiene en su no mullido y sí solitario lecho, hasta que á la mañana siguiente venga á despertarle la voz cascada y faz angustiosa de la vieja que le sirve, ó del cuervo asturiano que le lleva la acostumbrada racion.

Pues supongamos por un momento que nuestro héroe matritense, de vuelta de alguna de aquellas ovaciones, pilló una calentura, que con el auxilio del facultativo y de la vieja asistente, llegó á ser delicada, y le obligó á guardar el ya dicho lecho por el espacio de un mes; ó que, sin cansar tanto, dió con él á los quince dias en el rellano que se forma entre las puertas de Bilbao y la de Fuencarral. Pues en aquel mes, ó

en estos quince días, la sociedad (que tanto le envanece) ni siquiera echó de ver su falta; y ni se tomó la molestia de preguntar por él ni de hacerle compañía; y la primera noticia que tuvo de su muerte, fue por el anuncio que un pariente puso en el *Diario* convidando á su entierro. Verdad es que en justa compensacion de aquel olvido, quizás le condujeron al cementerio en gran aparato y al son de una marcha triunfal (letra y música de los primeros literatos y artistas); que hubo sobre su tumba discursos y endechas (en vez de respuestas y oraciones), y que aun se habló de poner su nombre en la casa que nadie sabia que habitaba mientras vivió; pero al siguiente día todo estaba olvidado, y nuestro hombre formaba ya parte de la antigüedad; con que el hablar de él era cosa de gusto añejo, clásico y mal sonante.

Pues bien; no sean VV. ninguna de estas celebridades fosfóricas, ni hagan coplas, ni traduzcan dramas (únicas habilidades que en este siglo prosáico conducen por lo visto á la inmortalidad), sino envuélvanse en una de estas modestas individualidades, cantidad insignificante acumulada como simple fraccion al capital social; avo incógnito, quebrado inapreciable de toda suma ó agregacion de personas; carta blanca en la baraja madrileña; tres de bastos que sobra en todas las manos, y que en todas las manos se encuentra; ó simple vocal honorario de toda comision de aplausos; sombra inevitable de todo cuadro, y comparsa figurante en toda escena teatral. Y mediante la modesta retribucion de 5 reales

semanales (ó sean unos seis cuartos diarios), y un frac negro ó de color indirecto, un pantalon idem, y unos guantes de estado honesto, adquieran VV. el derecho de asistir á alguno de aquellos grandes círculos, y de disfrutar por milésimas sus gratos espectáculos y su apacible reunion.

Ahora bien; ¿qué buscáis en ellas, hombres y mugeres, no humanistas, sino amantes de la humanidad, cuando sin temor á las escarchas de enero, ni al sofocante ardor de la canícula, dejáis vuestras templadas habitaciones, vuestras cariñosas familias, vuestro modesto espectáculo interior; y perfumados de mil esencias, cubiertos de sedas, diges y chucherías, marcháis periódicamente á ocupar vuestros asientos en aquellos salones que os alegran y seducen con su magnífico resplandor?

¿Buscáis por ventura el entretenido interés del drama que se representa, la armonía del canto, el poético sonido de la lira, ó los prodigios del pincel?—Nada menos que eso; porque todo ello lo miráis como un simple episodio de vuestra accion; como un pretexto para reuniros; como un mal inevitable que os resignáis á tolerar.

Y no hay que estrañarlo tampoco, señores artistas y poetas; porque no á todos es dado compartir el entusiasmo por vuestras admirables producciones; porque no todos participan de vuestras magnánimas ideas; y aquellos ciudadanos y ciudadanas de que íbamos hablando, profesan otras mas positivas ó materiales; y en

tales sociedades solo buscan la sociedad, ó sea comunicacion de los seres, prosaica y menguada si VV. quieren, pero natural, necesaria y evangélica. Y como en el estado actual de nuestras costumbres, la sociedad pública ha acabado con la privada; como la *soiree* ha enterrado á la tertulia, por eso van á aquella, como antes á esta; por eso piden al salon los mismos goces sencillos que antes les brindaba el modesto gabinete; esto es,—techo,—luz—y pareja á quien hablar.

Pero ¡insensatos! que no advierten que entre ambas sociedades, la privada y la pública, existe una gran diferencia; no sospechan siquiera que el teatro en esta empieza desde el umbral de la puerta, y que mal grado suyo, en el momento en que pisan aquel, ya se hallan constituidos en escena, ya tienen necesariamente que representar.

En estos cuadros de colosales dimensiones no hay ni puede haber unidad de interés dramático; la accion se subdivide allí en cien episodios; la individualidad desaparece en el conjunto, y la verdad de los caracteres, el tipo peculiar de cada interlocutor, queda envuelto en el misterio, ó se disfraza á la entrada por medio de una contraseña, que el amor propio cuida de repartir.

Pero basta ya de comunicacion social, que segun queda explicado entra por tan poco en los goces positivos del vecino de Madrid; la verdadera y franca amistad, el amor sólido y duradero, huyen á la luz de mil bujias, se esconden al ruido del sarao, y tienen naturalmente que ceder el puesto á los artificiosos cálculos, el sórdido

egoismo, y la exigente vanidad. Todo en semejante sociedad tiene que ser valor convencional: talento, amabilidad, gracia, riquezas, elegancia, hermosura; todo está realzado por el lente mágico del entusiasmo, todo fuera de aquel recinto aparece diverso; ó mas pálido si allí mas brillante, ó mas luminoso si allí se eclipsó mas.

Otro de los inconvenientes de esta sociedad negativa, otra de las ilusiones perdidas que limitan los goces de nuestra imaginacion, es el roce y trato continuado que ofrece la corte con las grandes notabilidades históricas, que consideradas de lejos aparecen cual astros resplandecientes, y apenas tocadas se evaporan en fuego fátuo de dudoso y pálido luminar.

Esta es, á no dudar, una de las contrariedades de la vida cortesana, la de reducir á *copelacion* (término de moda) los diversos metales argentíferos estraidos de los ricos mineros de nuestros círculos provinciales; la de ofrecer en su forma carnal, ostensible y palpable, tantas reputaciones mónstruos, tantos ídolos colosales, y descubrir sus pies de barro, su cabeza de viento, su cuerpo de paja ó algodón. En presencia de ellos no hay ilusion posible, y la fé y la esperanza desaparecen del pecho dotado de la mas ardiente caridad.

Como por incidencia me asalta aqui la idea de otro de los inconvenientes de Madrid, y es, que siendo la capital el gran laboratorio de la historia contemporánea, el arsenal de la política palpitante, por muy impolitico que un hombre haga profesion de ser, es imposible dejar de descuidar algunas horas sus negocios propios

por ocuparse en los públicos, ya leyendo los periódicos, ya asistiendo á una tribuna, ya conversando en un café. Y luego que, triste ha de correr su suerte (siquiera sea un memorialista de portal, ó un vendedor de fósforos) si no cuenta entre sus parientes, amigos ú allegados, uno ó mas ministros ó grandes funcionarios, de estos que se remudan á cada estacion; y basta con que un hombre haya saludado á alguno de ellos una sola vez en su vida, para que luego los del contrario bando le clasifiquen y apunten como enemigo... ; Ahora, vayan ustedes á no saludar á un ministro ó á un *ex* por lo menos, en un pueblo cuyos habitantes la mitad lo han sido, y la otra mitad lo aspiran á ser!

Pues tocando ahora el punto de las *aspiraciones*, ¿y á dónde me dejan ustedes el inconveniente grave de esta terrible mansion de la corte, que es la ambicion fatídica, el orgullo insensato, que sin voluntad propia siente cada cual inocularse en el alma, á la vista de tantas nulidades encumbradas, de tanta fantasmagórica transformacion? ¿Quién es el que permanece tranquilo observador de esta mágica linterna? ¿Quién el que se contenta con ser indiferente espectador de esta lid, cuando ve que con un poco de audacia, ¡un poquito no mas! puede ascender y brillar, y llamar por un momento hácia sí la atencion de la corte, y de la hispana monarquía?

Ni sirve encerrarse en el modesto recinto de su casa, y procurar olvidar las ascensiones improvisadas, las riquezas fingidas, las súbitas y generales transformacio-

nes, vuelos y hundimientos de esta escena cortesana; porque por muy sordo que el tal sea, alguna vez ha de interrumpir su reposo el sonoro ruido de las carrozas del magnate; alguna vez ha de detener su marcha el elegante tilburi del especulador afortunado; alguna vez ha de suspender su vista la hermosura de la muger á la moda; ó han de venir á su memoria los laureles del orador tribuno, ó del autor popular.

Pero supongamos que nuestro tipo madrileño no está unido á la corte mas que por los vínculos de vecindad; y que tranquilo en su casa, cuidando de sus negocios ó intereses privados, y aun saboreando las dulzuras de la paz conyugal, puede ver con faz serena el aparato teatral de la historia contemporánea; puede presenciar con indiferencia una discusion diaria, un ministerio al mes, una revolucion anual. Figurémosle muerto para la política, muerto para las letras, muerto para los amores, muerto en fin para la sociedad. Supongámosle la fortuna de no conocer á ningun personage; la dicha de no saber el nombre de ningun autor; la suprema felicidad de no hallar belleza comparable á la de su propia muger. Concedamos, por último, que todas sus sensaciones, todos sus placeres se reconcentren en los legajos de sus procesos, si es abogado; en el libro de caja, si es negociante; en las enfermedades de sus clientes, si es médico; en el cacao y el añil, si es mercader.

Pero este hombre inalterable, este hombre modelo, no por eso dejará de pertenecer al género humano por relaciones consanguíneas ó amicales; esta planta exótica

no podrá menos de haber dejado raíces en su suelo natal; este ingerto en la corte habrá pertenecido antes á otros climas, y será andaluz ó vascongado, catalan, aragones ó castellano, extremeño, gallego ó noble astur.

Pues no necesita mas para su diversion.—Porque en el mero hecho de ser oriundo de alguna otra provincia, ó tener simplemente cualquiera relacion en ella, el habitante de Madrid es representante nato de las necesidades de sus paisanos en la corte; corresponsal obligado de todo el que necesite su favor.

En su consecuencia, tendrá que visitar cada semana á un ministro nuevo, de parte de un cuarto primo que jugaba con él al escondite en las eras del pueblo; ó del marido de su primera querida, que arrastraba bayetas con su escelencia, cuando no era escelentísimo, ni aun mediano siquiera.

Tendrá que alhajar el cuarto, ó contar con alguna huéspedea, para recibir y colocar en su habitacion á los diputados de la provincia, que vienen por la primera vez á la corte á fabricar leyes, á razon de cuatro horas diarias;—tendrá que frecuentar las antesalas de las secretarías, para solicitar la colocacion del hijo de su antiguo convecino, ó reclamar en los tribunales el derecho del pueblo al prado concejil;—tendrá que suscribirse á las obras nuevas y estar pendiente de cuando salen las entregas, ó reclamar los periódicos que se evaporen en el correo;—tendrá que llevar una activa correspondencia para todos estos negocios, franca de lenguaje aunque no de porte;—tendrá que acompañar

al hijo de su madrina, que viene á Madrid á recibirse de literato en el café del Príncipe, ó á la familia de su compadre que conduce á las ferias á tres niñas casaderas, y de no mal parecer. Y solo esta obligacion le pondrá en el caso de visitar, por lo menos una vez dentro del año, el gabinete de Historia Natural, y la Armería, y la Casa de las fieras, y el Casino de la reina, y los jardines del Retiro, y el Museo de artillería; y solicitar esquelas para ver estos establecimientos; y pagar las propinas; y llevar luego al teatro á sus huéspedes; y tenerlos en casa un par de meses, á pretexto de no sé qué cajas de pasas, ó cantarillas de miel.

Pero aun hay en Madrid otro inconveniente todavía mayor que el de tener relaciones en provincias; y este inconveniente, ¿á que no adivinan mis lectores cuál es?—Pues es el de *ser hijo de Madrid*.

Hay un refran español que dice que «Cada gallo canta en su gallinero,» lo cual (perdóneme el refran) es una solemne falsedad, aplicado á los hijos de la imperial, ó sea heróica, corte Matritense.

Y si no échense ustedes á escuchar noche y dia, y verán quién canta aqui.

Recorran esos bancos ministeriales, esos salones legislativos, esos círculos políticos, literarios, artísticos ó financieros; escuchen la armónica algarabía de todos esos gallos humanos (*implume bipes*, que dijo Platon), y siempre que me saquen entre todos media docena de individuos indigenas, yo me encargo del gasto de la manutencion.

En su lugar verán á los naturales de las provincias ocupar esclusivamente los altos puestos de la administracion y de la magistratura, el palacio, la iglesia, los empleos secundarios, la curia, el comercio, la industria, las ciencias, la literatura y las artes.

A escepcion de S. M. la reina, apenas hay en el alcázar real ningun hijo de Madrid; en Congreso y Senado siempre estan, con muy ligera escepcion, representados los madrileños por naturales de otras provincias. Abogados gallegos, extremeños y montañeses; médicos catalanes; comerciantes idem; oradores andaluces; poetas de todas partes; artistas meridionales y levantinos; criados asturianos; sastres, peluqueros, modistas, guanteros, tahoneros franceses; músicos y danzantes italianos; taberneros manchegos; tenderos castellanos; criadas y libreros alcarreños; mercaderes ambulantes valencianos y aragoneses; y pretendientes de todas las ciudades, villas, lugares y caserios del reino. Tales son los diversos elementos de que se compone la poblacion de Madrid.

Ahora bien, ¿dónde se esconden los 6000 infantes, que año bueno con malo reciben el bautismo en las diversas parroquias de nuestra capital?—Dificil es responder.

Una buena parte, hijos acaso de la desgracia, recogidos por la caridad, llega rara vez á tocar en el segundo lustro.—Otros, nacidos en la miseria, educados con el ejemplo del crimen; alcanzan cuando mas á ser operarios en un oscuro taller, si antes no les enervaron

las fuerzas ó alteraron su caracter los placeres y seducciones de la córte que á tantos conducen á la casa común, al hospital.—En las clases medias y elevadas suele tambien esperimentarse el funesto influjo de una educacion viciada, y malograr las ventajosas disposiciones de los jóvenes, que brillando un momento por su delicado ingenio, su viva sagacidad, por su nobleza de caracter y elegancia de modales, van á eclipsarse luego en los últimos bufetes de una oficina, ó en el perfumado gabinete de una beldad.

Pero el mal principal no está en los madrileños, ni en su caracter, ni en sus medios, ni tampoco (para hablar á la antigua) en el *sino* que influye á este pueblo. Y si á *sino* fuera, feliz y privilegiado debería llamarse el de un pueblo que vió nacer en su recinto á Alonso Ercilla y á Giron; á Antonio Perez, á Zapata, Ramirez de Orena, Chumacero, y Vargas; á Lope de Vega, Calderon, Montalvan, Tirso de Molina, Quevedo, Moratin y Quintana; á Rici, Carreño, Pantoja, Toledo, Mora y Villanueva. No, no está el inconveniente en el *sino* de cada pueblo; el mal está en la misma sociedad.

«Nadie es profeta en su patria»—dice otro adagio algo mas exacto que el anterior. Y esto consiste, en que para figurar entre los demas hombres, es preciso cierto prestigio que rara vez conceden á aquel que vieron nacer. En la córte, ademas, es preciso dominar las inclinaciones, plegar los caracteres, hacer sacrificios de amor propio; y pocos son los hombres que se acostumbran á estos sacrificios en el mismo teatro en que han nacido.

Los hijos de Madrid, educados en el regalo de sus casas, acostumbrados á la vida halagüeña y al ambiente de los salones, no pueden luchar en perseverancia ni en intencion con los infinitos contendientes que de todas partes vienen á disputar un poder que ellos estan acostumbrados á mirar sin ilusion y sin deseos; poder efimero que les ofrece tan repetidas peripecias, y que suelen contemplar con la sonrisa de la sátira, ó con la mas desdeñosa indiferencia. Por eso no es de estrañar que rehuyan en general la lucha, que por otro lado les ofrecería mucha duda, como que habrian de sostenerla con los mas valientes campeones de las provincias, que á su mérito individual reunen la ventaja del interes que inspira el forastero.

Con que vemos que uno de los mas grandes inconvenientes de Madrid es el ser madrileño.

Quedan, pues, ligeramente apuntadas algunas de las principales contradicciones de la vida de la córte; tales como la escasez de la sociedad íntima y privada;— la exagerada pretension y la falsedad de la pública;— el desencantamiento de las ilusiones;— la imposibilidad del entusiasmo y aun de la fé;— el peligro inminente de la ambicion, por el ejemplo y el roce continuado con las personas influyentes;— la turbulencia de la atmósfera política;— y la necesidad de servir de patrono á los ausentes, de solicitar favor de los poderosos, de servir de timon al forastero que viene á surcar este proceloso Occéano.

Muchos y muchos mas inconvenientes subalternos

podiera aquí añadir; pero me he dilatado mas que de costumbre; y eso que no he hablado ni de los proyectistas, ni de los humanitarios;—ni de los tribunos, ni de los periodistas;—ni de los contratistas de viveres, ni de los especuladores en bolsa;—ni de los poetas barbudos, ni de los curas lampiños y galantes;—ni de los empleados cesantes, ni de los empleados para cesar;—ni de las víctimas, ni de los sacrificadores;—ni de las pulmonías, ni de los médicos;—ni de las simples coquetas, ni de las coquetas simples;—ni de los caseros que piden, ni de los inquilinos que no pagan;—ni de los pobres vergonzantes, ni de los petardistas sin vergüenza;—ni de los amigos *omnibus*, ni de los enemigos *pluribus*;—ni de las mugeres pintadas por ellas mismas, ni de los hombres que no se pueden pintar;—ni de las criadas saltarinas, ni de los criados fósiles;—ni de los prospectos de periódicos imparciales, ni de la parcialidad de los periódicos;—ni de los remedios públicos de las enfermedades secretas;—ni de los géneros de balde á precios convencionales;—ni de los jóvenes escépticos, ni de las mugeres comunistas;—ni de los genios no comprendidos, ni de las traducciones que nadie puede comprender.—Ni de otras mil y mil plagas, y á cuyo lado serian llevaras las que inventó Moisés para castigar al pueblo de Faraon.

## LA GUIA DE FORASTEROS.

Casi simultáneamente con este artículo verá la luz pública el libro oficial que lleva el mismo título, y que á la hora en que escribimos se hallará, á no dudarlo, tomando forma y consistencia en manos del encuadernador, especie de comadron literario, que faja y envuelve al infante recién-nacido.

Los habitantes de todas las Españas van, pues, á tener el indecible placer de saludar su aparicion, y saber á punto fijo, por sendos veinte reales, la larga nomenclatura de sus gobernantes en el año de gracia 1842; pero tate; que punto es este que, aunque consignado especialmente en la portada del tal librito, merece muy bien alguna reserva y un si es no es de rápida discusion.

Decia Fontenelle que el *Almanak real* de Francia era el libro que mas verdades contenia; pero Fontenelle no era español ni vivia en estos tiempos; si asi fuera, ya se hubiera guardado muy bien de decir semejante

despropósito respecto de nuestro Almanak real, ó sea *Guia de Forasteros*.

¿Pues qué, no hay en ella verdades?—Distingo.—Si se trata de la autenticidad de los nombres y empleos respecto á la época de la impresion (1841), no hay mas que hablar, y todos son hechos consumados; pero si se la juzga respecto á la época en que ha de regir (1842), perdóneme la indiscrecion, pero maldita la fê que merece. De este modo diremos que se compone, ó todo de verdades, ó todo de erratas; ó para esplicarlo mejor, de una sola verdad, ó de una errata sola. Esta errata es la portada. Donde dice 1842, léase 1841, y está salvado el resto.

Si la república periodística fuera monarquía, no hay que dudar que el cetro correspondia de derecho á este periódico anual, que se presenta al mundo con todo el aparato de la magestad, y dictando sus leyes desde el Sinai de la Imprenta Nacional.

Su origen se pierde en la noche del siglo pasado, cuando menos; y escelso é inviolable por sus opiniones y sus actos, ha dado en sus páginas (ó sean tablas) sucesiva acogida á todos los colores políticos en las personas de sus mas aventajados representantes; desde Felipe V hasta Isabel II; desde los empolvados pelucones de los gobernantes de antaño, hasta las rasas molleras de los del día; desde la guerra de sucesion, hasta la sucesion de las guerras; desde la monarquía fanática, hasta la fanática popularidad.

En los principios de su periódica aparicion (1737), se

presentó raquítica y mezquina, y al revés que toda humana criatura, que pierde sus fuerzas y enerva su valor á impulsos de la edad, un siglo y pico de vida ha bastado á esta para su desarrollo, en términos que hoy se ostenta medrada, coqueta y esplendente, conteniendo en sus páginas cuatro tantos mas de sustancia que en el siglo anterior.—Verdad es que el coste de su encarnamiento ha crecido proporcionalmente; ¡y en qué proporción! Los periódicos plebeyos, por ejemplo *el Diario de Madrid*, inserta sus anuncios á razon de 12 maravedís línea. Pues cada una de la Guia puede calcularse chicha con grande en 40,000 reales; ¡y tiene 176 páginas, y cada página 48 líneas!... Hablamos de la del año que acaba, porque la del que empieza (que aun no hemos saludado), tendrá probablemente mas. *Et sic de ceteris.*

Pero dejemos ya las cuestiones preliminares, y asistamos (si no lo ha por enojo el lector) á la magnífica aparición de este astro luminoso, á la ostentosa esposicion de esta industria nacional. Nosotros los profanos espectadores de tan mágico espectáculo, los asistentes paganos del patio y la cazuela, las masas informes, vamos al decir, que, gracias á la módica retribucion de sendos 50 por 100 de nuestras fortunas ó nuestra industria, tenemos el derecho de asistir á él, y entusiasmarnos anualmente, no dejaremos por tristes 20 reales de usar de este derecho; quiero decir, de acercarnos á la reja del despacho nacional por un ejemplar del libro venerando; y cuenta, que sea vestido con pobres pañales, y

asi como quien dice de plebeyo, no como los que en tafete y estampados de oro por *Ginesta* se reparten *gratis et amore* á los nobles funcionarios en él contenidos.

Prévia esta indispensable diligencia, lo primero que nos saldrá al paso es el *Calendario Manual* con su creacion autógrafa del mundo; su diluvio universal de tal fecha; su poblacion de España pocos dias antes, y de Madrid unas semanas despues; y demas épocas *notables*, todas sólidamente averiguadas por testigos de vista; sus cómputos eclesiásticos, sus fiestas movibles, ténporas y estaciones, dias y santos del año. Estos nombres sagrados son los únicos que no cobran del presupuesto, y no cuestan dinero al Estado; antes bien por el derecho de ponerlos pagaba anteriormente algunos miles de reales la tal Guia; porque el postor del Calendario los compraba y los compra aun por junto, para venderlos luego á la menuda.

Despues de la nota de las cuarenta horas (nota escusada para los tiempos que corren, y que sin duda se ha conservado por la forma como acompañamiento de la corte celestial), empieza el magnífico desfile ó sea evocacion de las augustas sombras de nuestros ínclitos monarcas, á contar desde Ataulfo, su decano, hasta el actual, que siempre (segun la Guia) reina *felizmente*.... ¡Y lo mismo diria la picaruela en la que hoy se llama ominosa década!—De aqui toma luego pretesto para hacernos una espléndida esposicion de todas las familias reinantes, con el nombre, apellidos, edad, patria, estado y años de servicio de cada cual; sin hacernos gra-

cia del mas mínimo principiculo de *Anhal-Cohetem*, ni de la mas oscura y remilgada Canonesa de *Schwarzbourgo-Rudólstad*; todo para entretenimiento de los lectores, los cuales no podrian dormir seguramente, si no supieran que al Elector de *Hesse* le habia nacido un tercer sobrino el año pasado, ó que la viuda de *Holstein-Augustembourgo* habia pasado á segundas nupcias con el *Margrave de Meklembourg-Strelitz*.—Verdad es que no hay que tomarlo tan á pechos; pues margrave y elector hemos visto presentar con desfachatez en la Guia su fé de vida, como si fueran viudas de Monte pio, cuando sabiamos de muy buena tinta que hacia largos años que estaban bajo de tierra; y tierno infante se nos ha dado á luz en años anteriores, que ya peinaba canas ó gastaba peluca á las orillas del Don.

A continuacion de esta monárquica nomenclatura, van tomando lugar las repúblicas americanas, que en tiempos en que no estaba tan bien impresa la Guia, ocupaban un sitio mas de casa, en la parte de ella que hacia relacion á los gobiernos de Ultramar.

Viene despues un poquito de estadística (como quien dice, para cumplir con este siglo numérico), y como hay que hablar de España, la Guia oficial, para evitar el compromiso de opinion propia, coge la primer nacion que encuentra al paso, y dice:—«*Poblacion de España*» «*segun Hassel 10.373,000 almas*» «*segun Balbi 13.500,000*;»—ustedes escojan lo que les parezca, que por tres millones mas ó menos no hemos de regañar.

Entretiéndose despues en recordarnos los días en que

se viste de gala... ¿quién?—La corte.—¡Serán los cortesanos...!—Y los días en que la miseria se viste de luto, ¿cuántos son?—*Vide Calendario*, unas hojas mas atras.

Aqui por el orden de procesion vienen las cruces y mangas bordadas, las mitras y capisayos, los cuerpos legislativos, los ministerios, diplomáticos nacionales y extranjeros, tribunales supremos, audiencias y jueces, los directores y gefes de administracion y de hacienda. Para mayor orden de esta magestuosa falange, forma en seis grandes divisiones con la denominacion y bajo el patrocinio de otros tantos ministerios, en que el de la Gobernacion del reino es el último, y el de los negocios exteriores el primero; y bajo sus respectivas enseñas despliegan su formidable aparato, estienden sus asombrosas filas, y muestran sus magníficos blasones, tantas juntas y asambleas, tantas direcciones é inspecciones, tantas secretarías y contadurías, tantas administraciones, conservadurías, comisiones, juzgados, gefaturas y dignidades, que seria imposible seguirlas con la vista ni abarcarlas con el pensamiento.—¡Ah! se me habia olvidado. Tambien hay su poquito de seccion de *Beneficencia*; pero esta aparece mas modesta, sin bordados ni relumbrones, vestida de simple frac negro como un hermano de la Paz y caridad; y coge la tal seccion por lo menos... una página, que no quiero decir cuál es.—Ella, y algunos grupos ó pelotones de paisanos mundos y lirondos con el modesto titulo de tal cual academia ó asociacion literaria vergonzante y gratis-data, son, co-

mo si dijéramos, la sombra, y forman el claro oscuro de la tal Guia. En otros tiempos terminaba la parte política de ella con varios estados demostrativos de los establecimientos de Caridad; «pero nosotros (como decía Bartolo el médico) lo hemos arreglado de otra manera» y desechado esas superfluidades.

Del estado militar que sigue despues, nada hay de nuevo, puesto que ya sea antiguo el ver en él la larga lista de 617 generales y brigadieres que, suponiendo compuesto el ejército español de 150,000 hombres, tocarian á 243 hombres á cada general; sin contar la marina, en que puede calcularse á 14 generales para cada buque.

Para todo hay gustos en este pícaro mundo; los hay bastante fuertes para digerir todas las mañanas el eterno diálogo del *Eco* con el *Correo*, ó asistir por las tardes al obligado duo del *Patriota* y el *Corresponsal*. Los hay capaces de tragarse todas las noches un drama envenenado, ó embelesarse todas las semanas con las habilidades estereotípicas de los volatines del Circo. Cuales estan por las *églogas* que huelen á requeson, y cuáles por los *fragmentos* que apestan á pólvora y cera amarilla; los unos se inclinan á los libros en fólío, los otros á las enciclopedias homeopáticas, que pueden ir en carta; y hasta hay quien goza con las novelas traducidas en 365 tomas al año, que nos suelen dar los periódicos por via de folletin. ¿Por qué, pues, estrañar que haya tambien quien encuentre el complemento de su fruicion voluptuosa en hojear y repasar, estudiar

y comentar á su modo las sustanciosas páginas de la Guia de Forasteros?

Por de pronto la parte mas sabrosa de todo escrito moderno, quiero decir, la personalidad, no ha de faltarle: porque siendo este libro compuesto todo de personalidades, es natural que escite hasta el mas alto grado el interés del lector. Añádase á esto que alli no hay artículos de fondo sin fondo, ni polémica clara como su nombre, ni principios para disfrazar fines, ni profesion de fé espontánea, ni demas tiramira de los publicistas del dia. Nada de eso; hechos, no opiniones; cosas, no palabras; resultados, no premisas; axiomas, no problemas;... ahora vayan ustedes á buscar un libro que le haga pareja.

Pero no hay que creer que es solo la curiosidad lo que trata de satisfacer el lector en la meditacion y el estudio de aquella veneranda nomenclatura; motivos mas positivos le inclinan sin duda á pasar largas horas de la noche engolfado en tan suave entretenimiento.

—«Mi hijo no tiene talento para abogado» (decia una dama de buen parecer á cierto ministro).—«Vaya (repliqué este) pues le haremos consejero.»

La lectura de la Guia, la magnífica perspectiva del coro gubernamental, es el objeto de la esperanza; la ráfaga luminosa de todo viandante, que no sabe por donde caminar.—Alli están las asesorías, las protecturías, las conservadurías, las consultas; alli las togas y judicaturas para los letrados titulares; alli las embajadas, secretarías y consulados para los legos; alli las intendencias y gefaturas para los políticos; alli las fajas y entorchados

para los militares; allí los báculos y mitras para los eclesiásticos; allí las bandas y cruces para todo el mundo sin distincion de sexo ni edad.

El abogadito mancebo , que no gusta de hacerse oír en la audiencia, busca una plaza de oidor en ella, mientras que su concólega el vetusto don Pedancio, el *fac simile* de una particion testamentaria , echa el ojo á una protectoria que tenga rentas que proteger. El tonto de sentidos y potencias aspira á ser director, y el miope sin anteojos, nada halla mas apetitoso que una plaza de Vista. No hay cura de aldea que no rece todas las noches por verse en las páginas de la Guia que dicen relacion á los ilustrísimos ; ni cadete del colegio que no se crea destinado á figurar en las primeras del estado militar.—«¿Por qué no me han de dar unos honores?» dice á sus solas el que toda su vida estuvo reñido con el honor.—«¿Por qué no he de ser yo secretario?» esclama el que jamás pudo guardar un secreto.

Hay seis líneas en la Guia, con las que sueñan, en primer lugar todos los hombres políticos; en segundo todos los militares ; en tercero todos los eclesiásticos; y en cuarto y último todos los demas que nada son.—Y estas líneas (ya lo habrán adivinado mis lectores) son las seis que ocupan los secretarios del Despacho, ó sean gefes del Gobierno y de la administracion. Hé aqui el término luminoso de las oscuras intrigas, la meta ostensible de los públicos combates , en el campo de batalla, en el parlamento, en la prensa , en los círculos y hasta en las plazas y cafés. Ellas son el punto culminante de la pi-

rámide gubernamental; punto á la verdad tan estrecho é inseguro, que ninguno de los que á él llegan puede sostener largo rato el equilibrio; y falto de fuerzas y turbado de razon, bambolea luego, y cae entre los chillidos y algazara de la multitud agolpada á la base.—Y sin embargo todo es agitarse y bullir, y trabajar para enca-ramarse; y sudar y adelantar y escurrirse y retroceder; y llegar á la cúspide; y rodar estrepitosamente al panteon.

A la verdad que no hay espectáculo gimnástico mas divertido que el que forman los Auriolos políticos, reuniendo sus esfuerzos en torno de la cucaña ministerial.

¡Qué triunfo! no veis allá arriba pendientes de sendas cadenas, otras tantas enseñas que el viento sacude y hace saltar en derredor del mástil?—Pues son las seis bolsas de terciopelo carmesí que entreabren sus bocas, y chorrean órdenes, y circulares, y proclamas, y censuras, sobre la muchedumbre que las recibe allá abajo con algazara; y los unos las pinchan y garrapatean con una pluma; los otros las destrozan con una espada; aquel las pisa con una prensa; este las envuelve entre los pliegues de su oratoria.—Y las bolsas á vomitar y llover papeles *de oficio*, escritos por mitad; y las prensas y aparatos de guerra de los sitiadores á dispararles otros *por oficio*, escritos por entero y en cerradas columnas; y los maniobrantes de arriba á caer abajo; y los de abajo á subir arriba; y las bolsas siempre atadas á las cadenas; y el pueblo pagando el espectáculo, y rie que te reirás.

Entre tanto la Guia de Forasteros (el programa de la funcion) circula de mano en mano; y unos hallan de menos un nombre, otros creen que hay muchos nombres de mas; cuales animados de un buen deseo quieren saltar á la plaza, y colocarse entre los *precisos operarios*; cuales se contentan con pagar, reir, y comprar el programa.

Con ellos me entierren. Y dejemos aqui la pluma, que parece haberse despertado hoy un si es no es abierto de picos, y como que pretende lanzarse á materias que por propia conviccion le están vedadas.

Mas no teman mis lectores que se estravie, ni que renuncie á la tranquila senda que ella misma se trazó cuando por ahora hace diez años empezó á borrar estos festivos cuadros de las costumbres contemporáneas. —Nada menos que eso; mi *mision sobre la tierra* es reir; pero reir blanda é inofensivamente de las faltas comunes, de las ridículas sociales. Quédese la apetecida palma de la sátira política unida á la memoria de mi desgraciado amigo *Figaro*. Por dos distintas sendas caminamos siempre, y ni él siguió mis huellas, ni yo pretendí nunca mas que admirar y respetar las suyas. Esto va en temperamentos y en convicciones, pues ni yo soy *Figaro*, ni veo las cosas con tan tetricos colores, ni entiendo de políticos achaques, ni estoy determinado á atentar á mis dias por fastidio y cansancio de la vida. Todo lo contrario. Mi paciencia es grande; y aunque hijo de este siglo, quisiera, si es posible, arribar al próximo, aunque no fuera mas que por satisfacer mi sabida *curiosidad*.

Y siguiendo, pues, una marcha tranquila en este breve camino, cuento morir en mi cama cuando Dios fuere servido (lo mas tarde mejor); y mas que envuelva siempre en mi capa una completa nulidad; y mas que nadie eche de ver mi falta el dia en que aquello suceda; y mas que no se derramen flores sobre mi tumba; y mas que no resuene cerca de ella la delicada lira de Zorrilla; y mas que mi nombre no figure en el Plutarco Español, ni en la *Guia de Forasteros*, quiero pasar la vida sin escitar lástima ni envidia, y que la modesta lápida que cubra mis cenizas pueda parodiar en otros términos el famoso *pas mème* de Piron, leyéndose en ella con letras bien gordas:

AQUI YACE

UN HOMBRE QUE NO FUE NADA:

ABSOLUTAMENTE NADA:

NI SIQUIERA GEFÉ POLÍTICO.

*El Curioso Parlante.*

(Enero de 1842.)

FIN DE LA SEGUNDA SERIE.

# ÍNDICE

DE

## LOS ARTÍCULOS Ó ESCENAS

QUE CONTIENE ESTE TOMO.

	<u>Pags.</u>
I. <i>Las sillas del Prado. . . . .</i>	5
II. <i>De tejas arriba. . . . .</i>	26
III. <i>El teatro por fuera. . . . .</i>	51
IV. <i>El recién-venido. . . . .</i>	65
V. <i>La esposicion de pinturas. . . . .</i>	86
VI. <i>Tengo lo que me basta. . . . .</i>	99
VII. <i>El martes de carnaval, y el entierro de la sardina. . . . .</i>	116
VIII. <i>La posada, ó España en Madrid. . . . .</i>	134
IX. <i>El espíritu de asociacion. . . . .</i>	166
X. <i>Una junta de cofradia. . . . .</i>	177
XI. <i>Los jardines del Retiro. . . . .</i>	193
XII. <i>Una beldad parisiense. . . . .</i>	204
XIII. <i>Al amor de la lumbre, ó el brasero. . . . .</i>	213
XIV. <i>Inconvenientes de Madrid. . . . .</i>	223
XV. <i>La Guia de forasteros. . . . .</i>	241



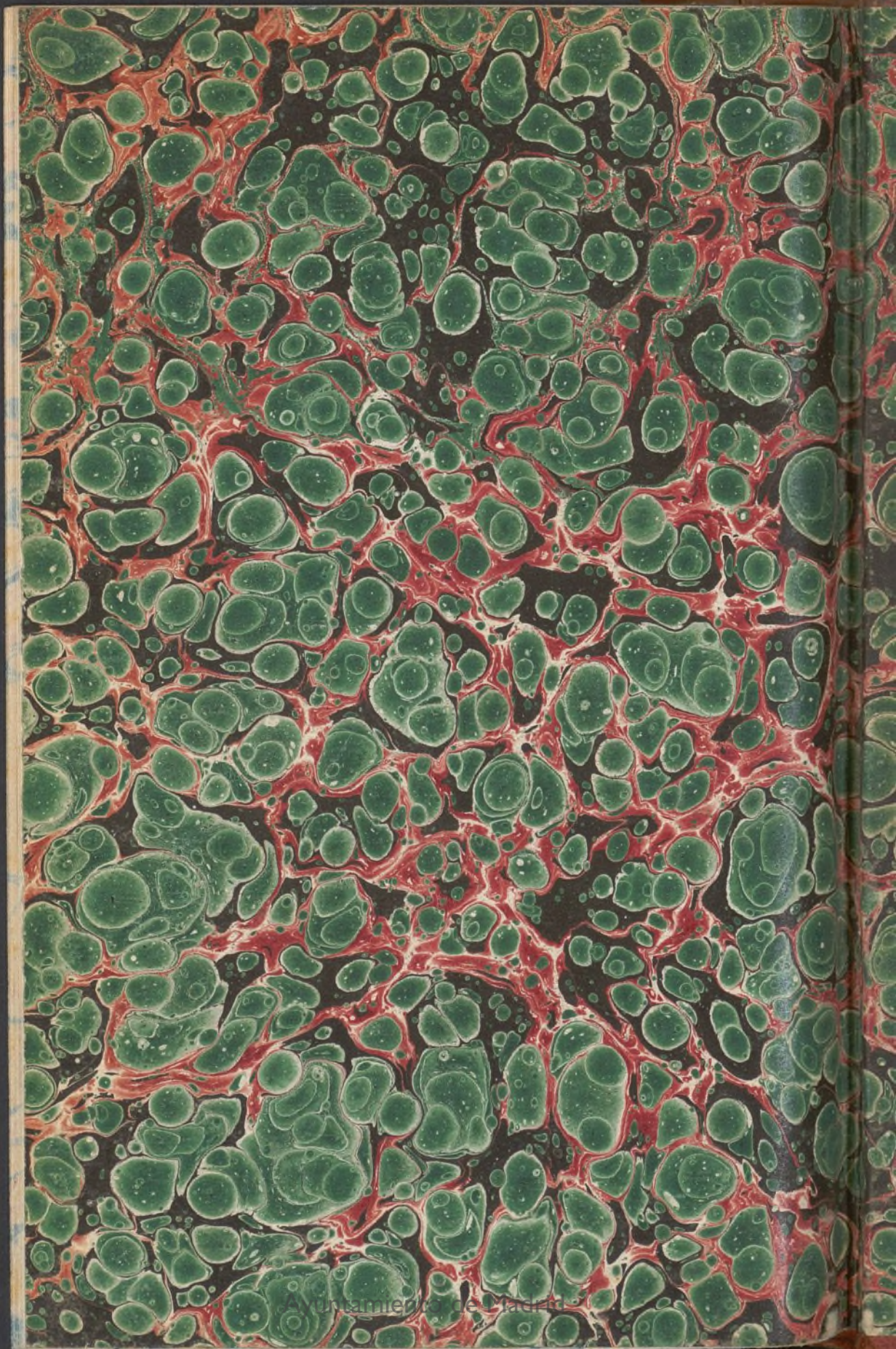


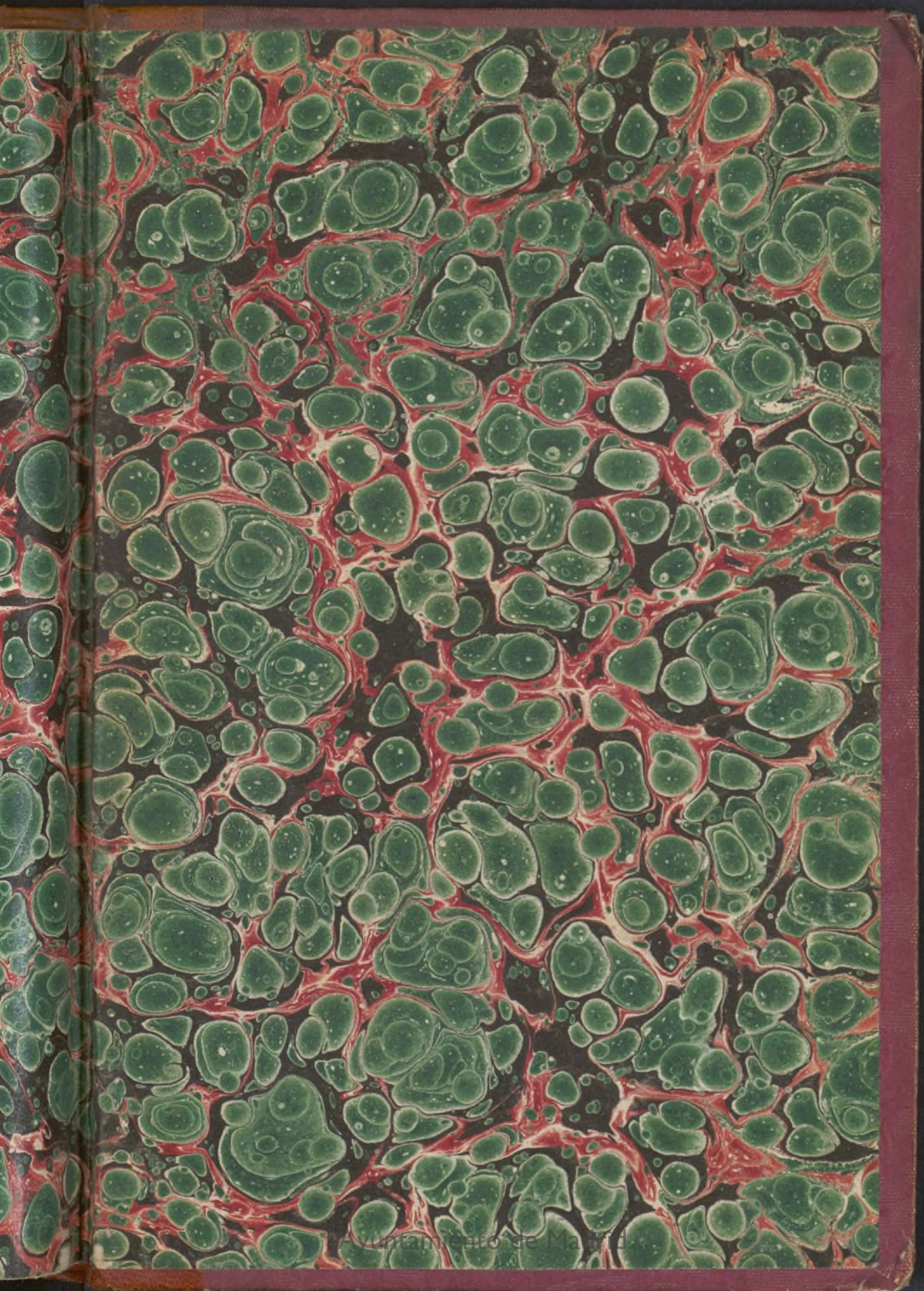
Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.











Aruntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

MISONERO.  
BSCIENAS  
MATEMATICAS

4

5072